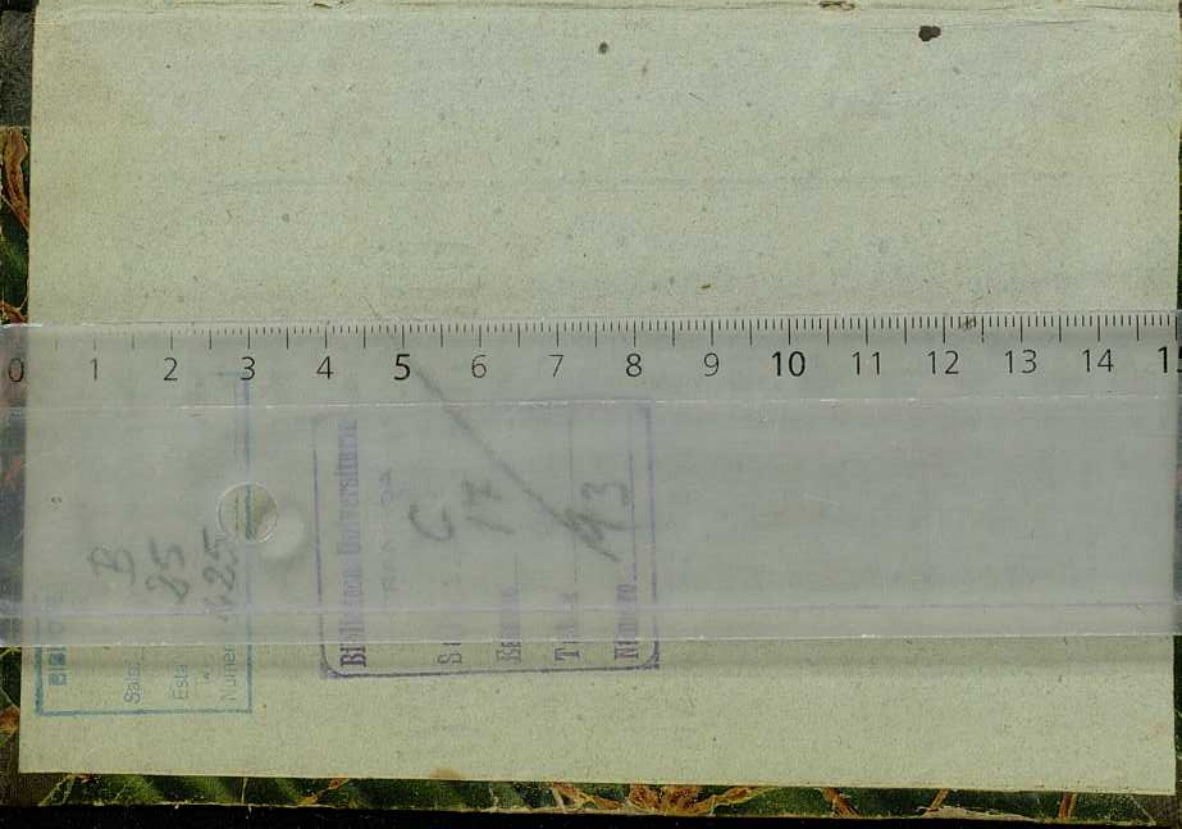

2
38-164

BIBLIOTE
C
Sala B
Esta 25
Numero 425

Biblioteca Universitaria
GRANADA
Sala C
Estante 17
Tabla
Número 193

2
38-164

2
38-164

CUENTOS FANTÁSTICOS.

(5)

ERCKMANN CHATRIAN.

CUENTOS FANTÁSTICOS,

traducidos

POR D. M. C.

MADRID.
IMPRENTA DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL.
Jesus del Valle, núm. 15.

1872.

ERCKMANN CHATRIAN.

CUENTOS FANTÁSTICOS.

traducidos

POR D. M. C.

MADRID.
IMPRENTA DE D. ANTONIO PEREZ DUBRULL.
Jesus del Valle, núm. 13.
—
1872.

UN BOSQUEJO MISTERIOSO.

UN BOSQUEJO MISTERIOSO.

I.

Enfrente de la capilla de San Sébalt, en Nuremberg, y al final de la calle de los Trabans, se levanta una pequeña hostería, estrecha y alta, con empolvados vidrios, y una Vírgen de yeso sobre la puerta. Allí fue donde pasé los dias más tristes de mi vida. Habia ido á Nuremberg para estudiar los antiguos maestros alemanes; pero faltándome eso que llaman dinero, me fue preciso hacer retratos... y ¡qué retratos! Gruesas comadres con su gata correspondiente sobre la falda, regidores con peluca, burgomaestres con tricornio, y todos iluminados con ocre y bermellon.

De los retratos descendí á los bosquejos, y de los bosquejos á la simple silueta.

Nada hay tan espantoso como tener constantemente sobre la espalda un hostelero de labios escamosos, voz chillona y aire insolente, que viene todos los dias á deciros: «¿Me pagareis pronto? ¿Sabeis á cuánto sube vuestra cuenta...? Pero, sin embargo, no tengais cuidado... Podeis comer, beber y dormir tranquilamente... Dios provee á todo... La cuenta, señor, sube á doscientos florines y diez kreutzer... pero no merece la pena de que se hable de ello.

Los que no han oido cantar á esta sirena, no pueden tener idea de lo que es: el amor al arte, la imaginacion, el sagrado entusiasmo por lo bello, se secan al soplo de semejante bribon. ¡Os volveríais tímidos, perderíais toda vuestra energía, al par que el sentimiento de vuestra dignidad personal y saludaríais de lejos, pero con mucho respeto, al burgomaestre Sr. Schnéegans!

Una noche que, como de costumbre, no tenia ni un cuarto y estaba amenazado con la cárcel por el digno Sr. Rap, resolví hacer bancarota cortándome el cuello. Con tan agradable pensamiento me recosté sobre mi desvencijada cama enfrente de la ventana, entregándome á mil reflexiones filosóficas, más ó menos risueñas.

«¿Qué es el hombre? me dije: un animal omnívoro: sus mandíbulas, provistas de caninos, de incisivos y de molares, lo prueban hasta la saciedad. Los caninos se han hecho para desgarrar las carnes, los incisivos para destrozar los frutos, y

los molares para masticar, desgarrar y triturar las sustancias animales y vegetales agradables al gusto y al olfato. Pero cuando no hay nada que masticar, este ser es un verdadero contrasentido en la naturaleza, una superfetacion, una quinta rueda en una carretela.»

Tales eran mis reflexiones. No me atrevia á abrir la caja de mis navajas, por miedo de que la fuerza invencible de mi lógica me diese el valor para concluir. Despues de haber argumentado de tal suerte, apagué la vela, dejando la resolucion para el dia siguiente.

El abominable Rap me habia embrutecido completamente. Con respecto al arte, no veia más allá de las siluetas, y mi único deseo era tener dinero para desembarazarme de su odiosa presencia. Mas aquella noche se verificó una singular revolucion en mi espíritu. Me desperté á la una, encendí la vela, y envolviéndome en un ropon viejo, tracé sobre el papel un rápido bosquejo en el género holandés... con algo de estraño, de bizarro y que no tenia relacion alguna con mis concepciones habituales.

Figuraos un patio sombrío, encajado entre altas y decrépitas murallas guarnecidas de ganchos á siete ú ocho pies del suelo. A primera vista se adivina un matadero.

A la izquierda se estiende un enrejado de barras, y á traves de él se ve un buey descuartizado y colgado de la bóveda con enormes poleas.

Grandes charcos de sangre se estienden sobre las losas, y van á reunirse en un depósito lleno de despojos informes.

La luz viene de lo alto, interceptada por las chimeneas y los tejados de las casas vecinas, estendiendo vigorosamente sus sombras de piso en piso. En el fondo de este reducto hay un cobertizo; bajo el cobertizo una leñera; sobre la leñera escalas, haces de paja, manojos de cuerdas, una jaula de gallinas, y una vieja caja de conejos, fuera de servicio.

¿Cómo se presentaron á mi imaginacion estos detalles heteróclitos...? No lo sé; pero yo no tenia reminiscencia alguna análoga, y sin embargo, cada rasgo de mi lápiz era un hecho de observacion fantástica á fuerza de ser verdadera. ¡Nada faltaba allí!

Pero á la derecha, en un rincon del bosquejo, quedaba un espacio en blanco, y no sabia qué poner... Algo, no obstante, veia yo moverse y agitarse. De repente vi un pie vuelto, que salia del suelo á la superficie. A pesar de esta posicion improbable, seguí la inspiracion, sin darme cuenta de mi propio pensamiento. Este pie, soldado á una pierna... sobre la pierna, estendida con rigidez, flotaba un pedazo de vestido... En resúmen: una anciana, pálida, destrozada y con los cabellos sueltos, apareció sucesivamente, inclinada en el borde de un pozo y luchando con el puño que le apretaba el cuello.

Era la escena de un asesinato lo que acababa de dibujar. El lápiz se cayó de mi mano.

Aquella mujer, en la más atrevida actitud, con el cuerpo plegado sobre el borde del pozo, el rostro contraido por el terror, las manos crispadas sobre el brazo del asesino, me daba miedo... No me atrevia á mirarla. Pero el hombre, la persona de aquel brazo, no la veia... y me fue imposible terminar la escena.

«Estoy cansado, me dije, limpiándome el sudor que bañaba mi frente: no me falta más que esta figura; la haré mañana; será cosa muy fácil.»

Me acosté espantado con aquella vision; cinco minutos despues dormia profundamente.

Al amanecer del dia siguiente estaba ya de pie. Me vestí, y cuando me disponia á emprender la obra interrumpida, dos golpecitos sonaron en la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió. Un hombre ya viejo, alto, flaco, vestido de negro, apareció en ella. La fisonomía de este hombre, sus ojos saltones, su gran nariz de pico de águila, coronada por una frente ancha y huesosa, tenian algo de misteriosa severidad. El desconocido me saludó, y dijo:

—¿El Sr. Cristian Venius?

—Yo soy, caballero.

Se inclinó de nuevo, y dijo:

—El baron Federico Van Spreckdal.

La aparicion en mi humilde tugurio del rico

aficionado Van Spreckdal, juez del tribunal criminal, me impresionó vivamente. No pude menos de echar una mirada de reojo á mis viejos y apolillados muebles, y á toda mi morada, bastante mal traida. Me sentí humillado ante tanta ruina... pero Van Spreckdal no parecia parar su atencion en semejantes detalles, sentándose delante de mi mesa.

—Sr. Venius, yo vengo...

Pero en el mismo instante sus ojos se detuvieron en mi bosquejo incompleto... y no terminó la frase. Me habia sentado en el borde de la cama, y la atencion repentina que aquel personaje se dignaba poner en el trabajo, hizo latir mi corazon de una manera indefinible.

Al cabo de un minuto, Van Spreckdal levantó la cabeza:

—¿Sois el autor de este bosquejo? dijo mirándome atentamente.

—Sí, señor.

—¿Cuánto quereis por él?

—No vendo mis bosquejos, y este es el proyecto de un cuadro.

—¡Ah! esclamó levantando el papel con las puntas de sus largos y amarillos dedos.

Sacó un lente del bolsillo de su chaleco, y se puso á estudiar el dibujo en silencio.

El sol caia entonces oblicuamente sobre mi habitacion. Van Spreckdal no decia una palabra: su nariz se encorvaba rápidamente, sus anchas

cejas se contraian, su barba se levantaba hácia su nariz, y mil pequeñas arrugas bordaban sus dilatadas y flacas mejillas.

El silencio era tan profundo, que oia claramente el monotono zumbido de una mosca presa en una tela de araña.

—¿Cuáles serán las dimensiones del cuadro? dijo sin mirarme.

—Tres pies por cuatro.

—¿El precio?

—Cincuenta ducados.

Van Spreckdal dejó el dibujo en la mesa, sacó una larga bolsa de seda verde, y corriendo las anillas, dijo:

—Hé aquí los cincuenta ducados.

Yo me desmayé.

El baron se habia levantado, me saludó, y oí su gran baston de puño de marfil resonar en cada uno de los peldaños de la escalera. Entonces, vuelto de mi estupor, me acordé repentinamente de que no le habia dado las gracias, y bajé los cinco pisos como el rayo; pero cuando llegué á la calle, miré á uno y otro lado, y la ví desierta.

—¡Vaya! me dije; ¡el lance es chistoso!...

Y volví á subir la escalera con precipitacion.

II.

El modo sorprendente con que Van Spreckdal acababa de aparecérseme, me dejó en un profundo éstasis.

—Ayer, me dije contemplando la pila de ducados que robaba sus rayos al sol; ayer formaba el designio culpable de cortarme el cuello por falta de algunos miserables florines, y hoy la fortuna me cae de las nubes. Decididamente hice muy bien en no abrir la caja de mis navajas, y si alguna vez vuelve la tentacion, tendré cuidado de dejar el asunto para el dia siguiente.

Despues de estas reflexiones juiciosas, me senté para terminar el bosquejo; cuatro trazos de lápiz, y negocio concluido. Pero aquí me esperaba una decepcion incomprensible. Estos cuatro trazos de lápiz me fue imposible darlos: habia perdido el hilo de la inspiracion; el personaje misterioso no aparecia en las celdillas de mi cerebro. Habia querido evocarlo, recordar-

lo, volverlo á coger; pero todo lo que se me representaba para completar la escena hubiera causado el mismo efecto que una figura de Rafael en la más grotesca de las concepciones de Teniers... Sudaba cada gota como el puño.

Cuando estaba más desesperado, Rap, siguiendo su costumbre, abrió la puerta sin llamar; sus ojos se fijaron sobre la pila de mis ducados, y con voz chillona esclamó:

—¡Ah! ¡Ya os cogí! ¿Me direis ahora, caballero pintor, que no teneis dinero...?

Y sus afilados dedos se adelantaron con ese temblor nervioso que la vista del oro produce siempre en los avaros.

Yo quedé estupefacto algunos segundos.

El recuerdo de todas las injurias que me habia inferido aquel individuo, su mirada avarienta, su sonrisa impudente, todo me exasperaba. Di un salto, le agarré, y empujándole con las dos manos fuera de la habitacion, le aplasté las narices con la puerta.

Esto lo hice con la rapidez que se abre y cierra una tabaquera.

Pero el viejo usurero empezó á gritar desde fuera:

—¡Mi dinero, ladron; mi dinero!

Los otros huéspedes salieron de sus cuartos preguntando:

—¿Qué es eso? ¿Qué ocurre?

Yo volví á abrir bruscamente la puerta, y apli-

cando á la parte posterior de Rap un tremendo puntapié, le hice rodar más de veinte escalones.

—¡Esto es lo que ocurre! esclamé fuera de mí volviendo á cerrar la puerta con doble llave, mientras las carcajadas de los vecinos saludaban el paso de Rap.

Yo estaba contento de mí mismo, y me frotaba las manos. Esta aventura me habia vuelto mi inspiracion; emprendí de nuevo el trabajo, y ya iba á terminarlo, cuando un ruido desusado llegó á mis oidos.

Culatas de fusil descansaron sobre el pavimento de la calle... Miré por la ventana, y vi tres gendarmes armados á la puerta de la casa.

—¿Le habré roto algo á ese bribon de Rap? me pregunté con espanto.

Y ved lo que son las rarezas del espíritu humano: yo, que el dia anterior queria cortarme el cuello, temblaba hasta la medula de los huesos pensando que podrian prenderme si Rap habia muerto.

La escalera se llenó de rumores confusos. Era una marea de pasos sordos, ruido de armas y palabras inconexas.

De repente probaron á abrir mi puerta, y se oyó un clamor general.

—¡Abrid en nombre de la ley!

Me levanté temblando y tambaleándome.

—¡Abrid! gritaron las mismas voces.

Tuve la idea de escaparme por los tejados;

pero apenas asomé la cabeza por la ventana, retrocedí, poseido de un vértigo. En un momento habia visto todo lo que habia debajo de mí: ventanas con tiestos y rejas; más bajo balcones; más bajo el reverbero de la calle; más bajo la muestra del *Tonel rojo* guarnecida de clavos, y al fin las tres brillantes bayonetas, que solo esperaban mi caida para ensartarme desde las plantas de los pies á la nuca.

Nadie puede imaginar qué perfeccion, qué potencia y qué rapidez tiene la vista del hombre cuando se halla estimulado por el miedo.

A la tercera intimacion de «Abrid ó derribamos la puerta,» viendo que la huida era imposible, me acerqué y di vuelta á la llave.

Dos manos se agarraron á mi cuello, y un hombre regordete, que olia á vino, me dijo:

—Daos preso.

Llevaba un gaban verde botella, abotonado hasta la barba, un sombrero en forma de tubo de estufa, y sortijas en todos sus dedos: se llamaba Passauf, y era el jefe de policía.

Cinco cabezas de alano, con sombrero aplastado, nariz de cañon de pistola y mandíbula inferior terminando en gancho, me observaban desde fuera.

—¿Qué quereis? pregunté á Passauf.

—Bajad, contestó bruscamente, haciendo seña á uno de sus hombres para que me acompañara.

Este me empujó á hacerlo más muerto que

vivo, mientras que los otros registraban mi habitacion, volviendo, como es costumbre, lo de arriba abajo.

Bajé, sostenido por sus brazos, como un tísico en tercer grado, con los cabellos sobre la cara y dando traspies á cada paso.

Me metieron en un carruaje entre dos vigorosos mozos, que me enseñaron al descuido dos robustos rompe-cabezas, sujetos á sus muñecas con un cordon de cuero... Despues el coche partió.

Yo oí detras de nosotros los pasos de todos los pilluelos de la ciudad.

—¿Qué he hecho? pregunté á uno de los que me custodiaban.

Miró al otro con una sonrisa burlona, y dijo:

—¡Hans, pregunta que qué ha hecho!

Aquella sonrisa me heló la sangre.

En el mismo momento una sombra profunda envolvió el coche; los cascos de los caballos resonaron en una bóveda. Habíamos penetrado en la Raspelhaus... de la cual se puede decir que:

Es un antro
donde se ve cómo se entra,
pero no cómo se sale.

No es todo de color de rosa en el mundo: por causa de Rap habia yo bajado á un calobozo, donde muy pocos de los que entran tienen la dicha de salir.

Grandes patios oscuros; ventanas alineadas á

estilo de hospital y guarnecidas de barras; ni un poco de verdura, ni un feston de hiedra, ni una veleta en perspectiva: hé aquí mi nueva habitacion. Razon hubiera tenido para arrancarme á puñados los cabellos; pero no lo hice.

Los agentes de policía, acompañados del carcelero, me metieron provisionalmente en un sitio de prevencion.

Si no estoy equivocado, el carcelero se llamaba Kasper Schlussel: con su gorro de lana gris, su pipa entre los dientes, y su manojo de llaves en la cintura, me produjo el efecto del dios Hibou de los caribes. Tenia grandes ojos, redondos y dorados, que veian de noche, nariz de forma de vírgula y el cuello escondido en las espaldas.

Schlussel me encerró tranquilamente, como se encierra en un armario el objeto más indiferente, y yo, con las manos cruzadas en la espalda y la cabeza inclinada, quedé más de diez minutos en el mismo sitio. Al fin de este tiempo hice la siguiente reflexion:

Al caer Rap, gritó: «¡Que me asesinan!» pero él no dijo quién. Probaré que ha sido mi vecino el antiguo comerciante en anteojos, y él será ahorcado en mi lugar.

Esta idea consoló mi corazon, y exhalé un prolongado suspiro. Despues pasé revista á mi prision. Acababa de ser blanqueada de nuevo, y sus paredes no presentaban dibujo alguno El dia entraba por un tragaluz situado á nueve ó diez pies

de altura. El mueblaje se componia de un haz de paja y un banco. Senteme en la paja, abrazado á mis rodillas, y en un estado de abatimiento increible... Apenas comprendia mi situacion; pero pensaba en que Rap, antes de morir, habria podido denunciarme, y una particular comezon se apoderó de mis piernas, y me levanté rápidamente tosiendo, como si el corbatin de cáñamo me hubiera ya apretado el cuello.

Casi en el mismo instante oí que Schlussel atravesaba el corredor: abrió la puerta, y me invitó á seguirle. Vino, como siempre, acompañado por dos rompe-cabezas, que me inducian á obedecerle sin titubear.

Atravesamos largas galerías, alumbradas de distancia en distancia por algunas ventanas interiores, y vi detras de una reja al famoso Jic-Jack, que debia ser ejecutado al dia siguiente. Estaba revestido con la camisa de fuerza y cantaba con voz ronca:

Yo soy el rey de estas montañas.

Al verme esclamó:

—¡Eh...! camarada: te guardaré un lugar á mi derecha.

Los dos agentes de policía y el dios Hibou se miraron sonriendo, mientras que un leve manto de carne de gallina se estendia por mis espaldas.

III.

Schlussel me condujo á una sala alta, muy sombría, y adornada con bancos en hemiciclo. El aspecto de esta desierta sala, sus dos altas ventanas enrejadas, su Cristo de vieja encina bruñida, con los brazos estendidos y la cabeza dolorosamente inclinada hácia la espalda, me inspiró no sé qué temor religioso, muy en armonía con mi situacion.

Todas mis ideas de falsa acusacion desaparecieron, y mis labios se agitaron murmurando una oracion.

Hacia mucho tiempo que no habia orado; pero la desgracia nos trae siempre pensamientos de sumision. ¡El hombre es tan poca cosa!

En frente de mí, y en un sitio más elevado, se hallaban sentados dos personajes, de espaldas á la luz y casi ocultos por la sombra. Sin embargo,

reconocí el perfil aguileño de Van Spreckdal alumbrado por un reflejo oblicuo de los cristales. El otro personaje era grueso: tenia las mejillas llenas y redondeadas, las manos cortas, y vestia la toga del juez, como Van Spreckdal.

Debajo estaba sentado el escribano Conrado, que escribia sobre una mesa pequeña, rascándose de tiempo en tiempo el estremo de la oreja derecha con las barbas de la pluma. Cuando entré, se paró mirándome con curiosidad.

Hicieron que me sentase, y Van Spreckdal, alzando la voz, me dijo:

—Cristian Venius, ¿de dónde procede ese dibujo?

Y me enseñó el bosquejo que yo habia hecho la noche anterior... Lo examiné con cuidado, y contesté:

—Soy el autor.

Hubo un momento de silencio: el escribano Conrado escribió mi contestacion. Veia su pluma correr sobre el papel, y me decia:

—¿Qué significa la pregunta que acaban de hacerme? Esto nada tiene que ver con el puntapié aplicado á la parte posterior de Rap.

—Si vos sois el autor, replicó Van Spreckdal, ¿cuál es el asunto?

—Es un asunto de fantasía.

—¿No habeis copiado los detalles de ninguna parte?

—No, señor: todos los he inventado.

—Acusado Cristian, dijo el juez con tono severo: os invito á reflexionar. ¡No mintais!!

Me ruboricé, y con tono exaltado contesté:

—He dicho la verdad.

—Escribid, dijo Van Spreckdal.

La pluma corrió de nuevo.

—¿Y esta mujer, prosiguió el juez, esta mujer que han asesinado al borde de un pozo, la habeis tambien inventado?

—Sin duda alguna.

—¿No la habeis visto nunca?

—Jamás.

Van Spreckdal se levantó como indignado: despues, volviéndose á sentar pausadamente, me pareció que consultaba en voz baja á su compañero.

Aquellos dos perfiles negros destacándose del fondo luminoso de la ventana, los tres hombres de pie que habia detras de mí, el silencio de la sala, todo me hacia temblar.

—¿Qué se me pregunta? ¿Qué he hecho? murmuré.

Inmediatamente, Van Spreckdal dijo á los guardias:

—Volved á llevar al coche el preso: vamos todos á Metzerstrasse.

Despues, dirigiéndose á mí:

—Cristian Venius, esclamó; estais en un camino deplorable... Recogeos, y pensad que si la justicia de los hombres es inflexible... aun os que-

da la misericordia de Dios, y podeis merecerla confesando vuestro crímen.

Estas palabras me aturdieron como si hubiera recibido un martillazo. Me eché hácia atras con los brazos estendidos, y esclamando:

—¡Ah! ¡Esto es un sueño espantoso!

Y me desvanecí.

Cuando volví en mí, el coche rodaba lentamente por la calle: otro nos precedia. Los dos agentes de seguridad iban siempre conmigo.

Durante el trayecto, uno de ellos ofreció un polvo á su compañero; maquinalmente alargué mis dedos hácia la tabaquera, y él la retiró con viveza.

El color de la vergüenza subió á mi rostro, y volví la cabeza para ocultar la emocion.

—Si mirais hácia atras, dijo el hombre de la tabaquera, nos veremos en la precision de poneros esposas.

—¡Que el demonio te estrangule, gran bribon! dije entre mí.

Como el coche acababa de pararse, uno de ellos bajó, mientras que el otro me detuvo por el cuello; despues, viendo á su camarada pronto á recibirme, me empujó como á un fardo.

Estas infinitas precauciones para asegurar mi persona no me anunciaban nada bueno; pero estaba muy lejos de creer toda la gravedad de la acusacion que pesaba sobre mi cabeza, cuando una circunstancia espantosa me abrió al fin los ojos, y me abandoné á la desesperacion.

Me habian hecho entrar en un pasillo bajo, cuyo piso era de losas rotas y desiguales: á lo largo de la pared corria una reguera amarillenta que exhalaba olor fétido. Caminaba en las tinieblas, y los dos hombres venian detras de mí. Allá á lo lejos aparecia el claro-oscuro de un patio interior.

A medida que adelantaba, el terror penetraba en mis huesos más y más. Y esto no era sentimiento natural, era ansiedad punzante, sobrenatural, como una pesadilla. A cada paso retrocedia instintivamente.

—¡Vamos, pues! gritó uno de los agentes de policía, apoyando su mano sobre mis espaldas: ¡marchad!

Pero ¡cuál no seria mi espanto, cuando al fin del corredor vi el patio que habia dibujado la noche anterior, con todos sus más pequeños detalles!

Me quedé como herido de un rayo ante tan estraña revelacion.

Detras del pozo estaban los dos jueces, Van Spreckdal y Richter. A sus pies yacia la vieja, tendida boca arriba... esparcidos sus largos cabellos grises... el rostro azulado... los ojos desmesuradamente abiertos... y la lengua cogida con los dientes.

Era un espectáculo horrible.

—Ahora bien, me dijo Van Spreckdal con acento solemne: ¿qué teneis que decir?

Yo no respondí.

—¿Confesais haber arrojado á esta mujer, Teresa Becker, en ese pozo, despues de haberla estrangulado, para robarle su dinero?

—¡No, grité; no! Yo no conozco á esa mujer; yo no la he visto nunca. Pongo á Dios por testigo.

—¡Basta! replicó con voz seca.

Y sin añadir una palabra, salió rápidamente con su compañero.

Los agentes se creyeron entonces obligados á ponerme esposas. Me volvieron á llevar á la Raspelhaus en un estado de profunda estupidez. No sabia qué pensar, y mi propia conciencia estaba perturbada. Yo mismo me preguntaba si no habia asesinado á aquella mujer.

A los ojos de mis guardianes estaba condenado. No os contaré las emociones de aquella noche en la Raspelhaus, cuando, sentado sobre mi lecho de paja, enfrente de la claraboya, y el cadalso en perspectiva, oia al watchmann gritar en el silencio:

—¡Dormid, habitantes de Nuremberg: el Señor vela! ¡La una, las dos, las tres han dado!

Cada cuál puede formarse idea de semejante noche. Se ha dicho que es mejor ser colgado inocente, que culpable. Para el alma, sí; pero para el cuerpo hay una notable diferencia: al contrario, el preso se rebela, maldice su suerte, quiere escaparse, sabiendo que su papel se acaba con una cuerda. Agregad á esto que se arre-

pienta de no haber gozado bastante de la vida, y de haber escuchado al alma que le predicaba la abstinencia.

—¡Ah! ¡si yo lo hubiera sabido! dirá el cuerpo con su natural grosería, tú no me hubieras conducido con elocuentes palabras, bellas frases y magníficas sentencias. No me hubieras engañado con tus promesas... y yo hubiera pasado buenos ratos, que ya no volverán... ¡Esto se ha concluido! Tú me decías: «Domina las pasiones.» Pues bien: ya las he dominado, y mira lo lucido que estoy... Me van á colgar, y á tí, más tarde, se te llamará alma sublime, alma estóica, mártir de los errores de la justicia... pero para mí no será lo mismo.

Tales eran las tristes reflexiones de mi pobre y grosero cuerpo.

El dia vino; primero pálido, indeciso, alumbró con vagos resplandores el tragaluz... las barras cruzadas; despues se estrelló contra la pared del fondo. Fuera, la calle estaba muy animada; habia mercado aquel dia, pues era viérnes. Oí pasar las carretas de legumbres, y los buenos campesinos cargados con sus cestos. Algunas jaulas con pollos y gallinas cacareando, y los vendedores de manteca, que hablaban unos con otros. Enfrente, el mercado cubierto acababa de abrirse, y allí se esponian otras cosas para venderse.

Por fin salió el sol; y el murmullo de la multitud, que cada momento era mayor; las cocineras

que se reunian con la cesta en el brazo, yendo y viniendo, discutiendo y regateando, me anunciaron que eran las ocho de la mañana.

Con la luz entró un poco la confianza en mi corazon. Algunas de mis negras ideas se disiparon, y sentí deseo de ver lo que pasaba afuera.

Otros presos, antes que yo, se habian encaramado al tragaluz, y habian abierto agujeros en la pared para subir con más facilidad. Yo trepé como pude, y una vez arriba, me senté con bastante trabajo en el espacio que dejaba el espesor del muro, y vi la multitud, la vida, el movimiento... Lágrimas abundantes corrieron por mis mejillas. Ya no pensaba en el suicidio, y sentia una estraordinaria necesidad de vivir, de respirar.

—¡Ah! me dije: ¡vivir, ser dichoso! ¡Que me hagan tirar de un carreton, que me pongan grilos en los pies...! ¡Qué importa, con tal que viva!

El antiguo mercado, sostenido por rudos pilares, ofrecia entonces un soberbio golpe de vista. Las viejas sentadas enfrente de sus canastos de legumbres, de sus jaulas con aves, ó sus cestos con huevos: detras los judíos, mercaderes de cosas viejas, con su cara de color de boj; los carniceros con los brazos desnudos, partiendo la carne en su tablon; los campesinos de ancho sombrero puesto sobre la nuca, calmosos y graves, con las manos á la espalda, apoyándose en fuertes varas y fumando sus pipas tranquilamente: despues los corrillos; el ruido de la mul-

titud; las palabras agudas, chillonas, graves, pausadas ó breves; los gestos espresivos; las actitudes inesperadas, que indican á los que solo las ven el giro de la discusion, y pintan tan bien el carácter del individuo... Todo esto cautivaba mi espíritu, y á pesar de mi triste posicion, me conceptué dichoso por estar todavía en el mundo.

Mientras que yo miraba esto, un hombre, un carnicero, pasó con la espalda inclinada, llevando sobre ella un enorme pedazo de vaca: tenia los brazos desnudos y la cabeza inclinada adelante. Su cabellera, que flotaba como la del Sicambro de Salvator, ocultaba su rostro, y, sin embargo, al verlo me estremecí.

—¡El es! me dije.

Toda la sangre refluyó á mi corazon. Me bajé de la ventana temblando hasta la punta de las uñas; sentí agitarse mis mejillas, estenderse la palidez por mi rostro, y balbuceé con voz ahogada:

—¡El es! ¡Allí está... allí! ¡Y yo voy á morir para expiar su crimen! ¡Dios mio! ¿qué hacer? ¿qué hacer?

Una idea repentina, una inspiracion del cielo vino á mi espíritu. Llevé la mano al bolsillo de la levita, y allí encontré mi caja de dibujo.

Entonces, lanzándome á la pared, me puse á trazar la escena del asesinato con una inspiracion desconocida. Yo conocia al hombre, le veia, estaba delante de mí.

A las diez, el carcelero entró en mi calabozo. Su impasibilidad de buho hizo lugar á la admiracion.

—¡Es posible! esclamó.

—Id á avisar á mis jueces, le contesté, prosiguiendo mi trabajo con creciente exaltacion.

Schlussel replicó:

—Os esperan en la sala de instruccion.

—¡Quiero hacerles una revelacion! grité, dando la última mano al personaje misterioso.

Parecia vivo, y era espantoso verlo. Su figura de frente, escorzada en la pared, se destacaba del fondo blanco con un vigor prodigioso.

El carcelero salió.

Algunos minutos despues, los dos jueces aparecieron, y se quedaron estupefactos.

Yo, con la mano estendida y temblando todo, les dije:

—¡Hé aquí al asesino!

Van Spreckdal, despues de algunos instantes de silencio, me preguntó:

—¿Su nombre?

—Lo ignoro; pero sé que está en este momento en el mercado, y corta la carne en el tercer cajon á la izquierda, entrando por la calle de los Trabans.

—¿Qué pensais de esto? dijo inclinándose hácia su colega.

—Que se busque á ese hombre, respondió el otro con gravedad.

Algunos de los guardias que habian quedado en el corredor obedecieron esta órden. Los jueces quedaron de pie, mirando siempre el bosquejo. Yo me revolvia sobre la paja, con la cabeza entre las rodillas, como anonadado.

Bien pronto resonaron pasos á lo lejos. Aquellos que no han esperado la hora de la libertad y contado los minutos, largos como siglos; aquellos que no han sentido las emociones punzantes de la espera... el terror, la esperanza, la duda... aquellos no sabrán concebir los temblores internos que esperimenté en este momento. Hubiera distinguido el paso del asesino, marchando con los guardias que ya se acercaban, entre otros mil: los jueces mismos parecian turbados. Yo habia levantado la cabeza, y con el corazon apretado como por una mano de hierro, no separaba la vista de la puerta. Se abrió, y apareció el hombre. Sus mejillas estaban hinchadas por la sangre; sus anchas mandíbulas contraidas hacian resaltar los músculos, que le llegaban hasta las orejas, y sus ojos pequeños, inquietos y fogosos como los del lobo, relampagueaban bajo sus espesas cejas de un rojo pronunciado.

Van Spreckdal le enseñó silenciosamente el bosquejo.

Cuando este hombre sanguíneo y de anchas espaldas lo miró, se quedó pálido... Despues, dando un rugido que nos escalofrió á todos de terror, levantó sus enormes brazos, é hizo un

movimiento hácia atras para derribar los guardias. Hubo una espantosa lucha en el corredor, sin que se oyera más que la respiracion anhelosa del carnicero, sus sordas imprecaciones, sus palabras breves y los pies de los guardias que se levantaban y volvian á caer sobre las losas. Esto duraria un minuto.

Por fin, el asesino volvió á entrar con la cabeza baja, los ojos sangrientos y las manos agarrotadas á la espalda. Se fijó de nuevo en el cuadro del asesinato, reflexionó un momento, y en voz baja, como hablando consigo mismo, dijo:

—Pero, ¿quién pudo verme á la media noche? ¡Yo estaba salvado!

.....

.....

Muchos años han pasado desde esta terrible aventura. Gracias á Dios, no he vuelto á hacer más dibujos ni retratos de aquella índole. A fuerza de trabajo y de perseverancia he conquistado una regular reputacion, y gano honradamente mi vida haciendo obras de arte, único fin á que debe aspirar todo verdadero artista. Pero el recuerdo del bosquejo nocturno me ha quedado siempre en el alma.

Algunas veces, en lo mejor de mi trabajo, mi pensamiento se estravía, y entonces dejo la paleta y sueño durante horas enteras.

¿Cómo un crímen cometido por un hombre que yo no conocia, en una casa que yo no habia visto

nunca, pudo ser reproducido bajo mi lápiz hasta en sus más pequeños detalles?

¿Fue una casualidad? No. Y ademas, la casualidad, despues de todo, ¿qué es sino el efecto de una causa que no conocemos?

Schiller ha dicho: «El alma inmortal no participa de las debilidades de la materia: mientras el cuerpo duerme, ella despliega sus radiantes alas, y va ¡Dios sabe dónde! Lo que entonces hace, nadie lo puede decir; pero la inspiracion denuncia á veces el secreto de sus peregrinaciones nocturnas.» ¿Tendria razon Schiller?

¡Quién sabe! La naturaleza es más audaz en sus realidades... que la imaginacion del hombre en su fantasía.

EL SUEÑO DE MI PRIMO ELOF.

EL SUEÑO

DE

MI PRIMO ELOF.

Mi primo Kasper Elof Imant tenia un temperamento melancólico, lo cual, en otros términos, quiere decir que su hígado era grande, su cuerpo delgado, sus cabellos de un pardo oscuro, su mirada viva, su nariz larga y tirando á ganchuda, sus mejillas secas y bordadas de hilos rojos, los labios encarnados, los dientes blancos y la barba saliente. A menudo se le veia, con aire pensativo y el cuerpo inclinado, pasear bajo las calles de plátanos en Birkenfeld: sus ojos penetrantes tomaban entonces la espresion del abatimiento, y las bellas muchachas del pueblo se compadecian

de su infortunio, por más que gozara de quince ó veinte mil libras de renta y un escelente apetito. Ellas le suponian enfermo de alguna cosa, y querian curarle. «El pobre Sr. Elof, se decian, no se consolará nunca de la pérdida de su madre: necesita las alegrías, las dulzuras de la familia, para borrar de su alma esa impresion dolorosa. Una mujer jóven... los hijos pequeños y bonitos...» etc., etc.

Y es de tener en cuenta que mi primo Elof aun no contaba seis años cuando perdió á su madre, llegando ya á los treinta en esta fecha. Yo le referia todas estas historietas, y él se sonreia con gracia, tornándose inmediatamente sombrío y pensativo.

Nuestra tia Catalina, la viuda del consejero Weinland, daba en esta época pequeñas reuniones musicales, á donde concurria una multitud de personas jóvenes y agradables. Siempre he pensado que aquella buena señora tenia vocacion singular para el matrimonio; deseaba casar á sus sobrinos, y favorecer, como ahora se dice, las recíprocas simpatías. De cualquier manera, Elof y yo, de buena ó de mala voluntad, asistíamos á estas reuniones, que nos cargaban soberanamente: pero ¿qué no se hace por una tia adornada de una magnífica posesion en los alrededores de Francfort? Deseaba que cantáramos un *duo languoroso* con la señorita Ofelia, ó la señorita Fridolina, y lo cantábamos.

Nos exigia que hiciésemos los honores á la crema ó al *kongelhoff*, y le hacíamos dichos honores. Nos increpaba por el traje, por el nudo de la corbata ó por la forma del bigote, y la escuchábamos con la más completa condescendencia... yo riéndome y contestándole: «Teneis razon, mi querida tia; siempre teneis razon,» Elof, con el codo apoyado sobre el piano, serio, pero resignado. Despues venian las cotorras. La señora consejera ó la señora baronesa, que se echaban de menos, eran recibidas con esclamaciones cuando aparecian: «¡Qué dicha veros aquí! ¡Oh, no contábamos ya veros!» etc., etc. Y todas estas personas tan queridas se cambiaban sonrisas, grandes cortesías y abundantes besos.

¡Oh, delicioso, delicioso! ¡Casaos si teneis valor!

Una noche, despues del duo, la balada de obligacion y el aria del *Colibrí*, algunas de estas señoras, hermanas de una asociacion caritativa, hablaban entre ellas de cierta mendiga que acababa de morir á la edad de noventa años. La señora baronesa Freidag pintaba muy enternecida su muerte edificante. Elof, sentado cerca de una ventana, parecia oirla con mucha atencion.

De pronto, y aprovechando un instante de silencio, le preguntó:

—La señora baronesa habrá visto sin duda morir muchas personas en los quince años que lleva dedicados á visitar enfermos, ¿no es verdad?

El acento, la mirada, la actitud de Elof, deja-

ron estupefactos á todos los presentes: yo mismo encontré en él algo de estraño.

—Muchos, contestó la baronesa, cuyas mejillas se habian animado.

—¿Y todos esos muertos tenian los ojos abiertos?

—Todos, contestó la baronesa.

—¿Y la boca tambien, señora?

—Sí, ciertamente, la boca tambien.

—¡Ya lo sabia! dijo Elof bajando la cabeza: ¡ya lo sabia!

Despues volvió á caer en sus meditaciones habituales.

Estas pocas palabras tan insignificantes, habian producido tal efecto en los concurrentes, que vi á muchas personas palidecer. No hay que advertir que este fue el principal asunto de conversacion despues de la música del *Colibrí*. Todo el círculo presentia algun misterio, y mi buena tia Catalina, para reanimar la alegría, propuso que se bailara un wals. Se bailó; pero nadie se sentia bien. Sobre las once, Elof desapareció, y diez minutos despues se oian rodar los coches por la silenciosa calle.

En el momento de partir, mi tia tomó mi brazo, y dijo:

—En nombre del cielo, Cristian, ¿qué ocurre? ¿Elof se ha vuelto loco?

—¡Bah, querida tia! Ya conoceis su carácter; y despues de todo, francamente, ¿qué es lo que ha dicho de malo?

—Nada, en verdad...; pero esa baronesa, con sus historias de muertos y de moribundos... ¡Vamos! No pensemos más en ello... Buenas noches, Cristian.

Salí muy pensativo. A lo lejos ardia la luz humosa de un reverbero. No sé por qué, pero al ver mi habitacion en la calle de Capuchinos, temblaba involuntariamente. Antes de acostarme—¡cosa estraordinaria!—miré debajo de mi cama. Me parecia estar amenazado por un peligro inminente: no sabia lo que pudiera ser, pero toda la noche atravesaron mi espíritu visiones estrañas. Me desperté muchas veces oyendo las copas de los álamos zumbar en mis ventanas, y las aguas del Erbach golpear con sus monotonas olas las tapias que cercan mi jardin. Los cantos de los marineros y las voces del watchmann tenian á mis oidos un sentido misterioso.

Al dia siguiente me levanté antes de las cinco: acababa de abrir las persianas y escuchaba el piar de las golondrinas en los tejados, cuando vi á lo lejos, en la desierta calle, á Elof, que se acercaba apresurado, con el sombrero sobre los ojos, y los pliegues de su capota negra cerrados en el pecho. Iba á darle los buenos dias en el momento en que se volvió bruscamente á la izquierda, y subió la escalera de cuatro en cuatro peldaños. Se abrió la puerta de mi habitacion, y apareció Elof, pero sin sorprenderse de verme levantado.

—Cristian, me dijo, sin más preámbulo; como archivero de Birkenfeld debes poseer los documentos judiciales del Hundsruck.

—Sin duda... pero siéntate.

—Gracias. ¿A qué época alcanzan esos documentos?

—A ciento cincuenta años... Al reinado de Yeri Peter el Tuerto.

—¡Bien, muy bien! ¿Podrias confiarme los del año de 1800?

—¡Imposible! Ningun documento de los archivos puede salir de mis manos... Pero puedo darte conocimiento en la biblioteca de San Cristóbal, si así lo deseas.

—Eso es todo lo que quiero, dijo paseándose á lo largo de la sala con impaciencia.

—¿Quieres ir al momento?

—Sí, por cierto... Lo más pronto posible.

—¿Tan perentorio es el negocio?

Se detuvo, y fijando en mí sus negros ojos, me dijo:

—Cristian... ¡Lo sabrás todo... todo! Hazme el favor de ponerte el sombrero.

Y él mismo me le trajo.

—Toma la llave, y marchemos.

Esta impaciencia en un hombre ordinariamente tan calmoso, y sobre todo el recuerdo de las estrañas preguntas que habia dirigido la víspera á la baronesa de Freidag, sobreescitaron mi curiosidad: hice lo que deseaba, y nos marchamos.

La biblioteca de San Cristóbal es una antigua construccion de órden romano; su orígen sube hasta Carlomagno. Tiene tres altas salas superpuestas: una escalera maciza en forma de caracol da subida hasta la bóveda, desde donde se descubre por tres ventanas grandes todo el paisaje que alcanza la vista. En cada piso, y sobre cada fachada del edificio, se abren seis ventanas más pequeñas, por donde entra la luz á traves de largas barras, quedando la bóveda en la sombra. En suma, todo el edificio es una construccion bárbara, que no tiene más grandeza que la elevacion de sus muros y los recuerdos que encierra. Su situacion fuera del pueblo, cerca de la ribera del Erbach, le da un aspecto dominador. Nadie diria que es una biblioteca, y más aun si viera que su grosera puerta de encina está cerrada desde el primer dia del año hasta el de San Silvestre.

Subimos la escalera de caracol alumbrada de trecho en trecho por algunos tragaluces.

—Si estos peldaños están usados, dije á mi compañero, no será por culpa mia ni por la de los sabios de Birkenfeld: desde el año último, en que el conde Harvig pidió su árbol genealógico, nadie ha puesto aquí los pies.

Llegamos al tercer piso, y mientras que yo buscaba la llave, Elof, como si saliera de un sueño, esclamó:

—¡Al fin voy á verlo!

Entramos en el grande y silencioso salon.

El sol brillaba entonces con todo el fuego y con toda la frescura matinal: las tres ventanas abiertas en el estremado espesor de los muros nos mostraban en el fondo los bellos paisajes de la llanura: el rio, los molinos y los árboles, cuyo follaje se destacaba con pureza sorprendente. El interior era sombrío, y la gran mesa estaba cubierta de ese polvo fino que tamiza la soledad. Elof, al ver los grandes estantes de encina cargados con innumerables legajos, lanzó una esclamacion de sorpresa; pero yo, empujando la escalera de ruedas hácia uno de los ángulos más oscuros, le pregunté:

—¿Qué documentos quieres ver?

—Los del año 1800.

—Bien; eso tiene relacion con el año octavo de la república una é indivisible; entonces formábamos parte del departamento del Sarre.

Y comencé á subir por la escala: al cabo de cinco minutos volví á bajar con un enorme volúmen bajo el brazo. Tomamos asiento en dos sillones de nogal, de respaldo plano y sin muelles ni cogines, á la manera del último siglo, poniendo mi volúmen sobre la mesa. Quien nos hubiera visto inclinado el uno hácia el otro, dibujando nuestra negra silueta en los vidrios de los armarios, nos hubiera tomado por la aparicion fantástica de Merlin y el hombre de Lieja ojeando su libro de magia. Yo leia los encabezamientos: Elof, cuyos

ojos brillaban con atencion febril, murmuraba de tiempo en tiempo:

—Sigue, sigue adelante, Cristian: no es eso.

Habíamos recorrido de esta suerte las dos terceras partes del volúmen, y ya la impaciencia se apoderaba de mí, cuando leí: «Estracto del registro del tribunal criminal del departamento del Sarre, año VIII; en nombre del pueblo francés, visto por el tribunal criminal del departamento del Sarre, el acto de acusacion dirigido el 9 fructidor, año VIII, contra Felipe Gilger, cuyo tenor es el siguiente.»

—¡Ah! esclamó Elof: ya hemos llegado: lee más alto, primo.

La mirada de Elof adquirió tal fijeza, que me turbó. El sonido de mi propia voz, repetido por la bóveda, me hacia esperimentar vagos terrores; pero proseguí:

«El director del jurado del distrito de Birkenfeld espone que, el 21 ventoso último, Mangel y Denier, gendarmes del departamento del Sarre, estando en Coussel, portadores del auto de prision publicado el 20 ventoso último por el oficial de policía judicial del canton de Grümbach, contra Felipe Gilger, natural de Wieswiller, acusado de complicidad de robo y asesinato, condújeron á la cárcel de Birkenfeld la persona del dicho Gilger, y remitidos los documentos concernientes, á la escribanía del dicho jurado, no habiéndose presentado parte en el plazo

marcado de dos dias, el director ha procedido de oficio al exámen de los documentos relativos á las causas del arresto y de la detencion del referido Gilger, y de los que resulta lo siguiente:

«1.° Que seis personas, cuatro de Hundsbach y dos de Schweinscheid, volviendo el 27 frimario último de la feria, que tuvo lugar el dia antes en Birkenfeld, fueron asaltados en el camino, sobre las nueve de la mañana, por tres ladrones, entre los cuales se encontraba Gilger; que estos ladrones, con pistola en mano, obligaron á los viajeros á que les entregaran la suma de noventa y cinco florines.

»2.° Que el mismo dia un carnicero de Meisenheim, habiendo pasado la noche en la posada de Wikenhof, y volviendo igualmente de la feria de Birkenfeld, se vió atacado por los mismos ladrones, y forzado á entregarles doscientos ochenta y tantos florines.»

Seguia la enumeracion de multitud de robos cometidos por Gilger y sus cómplices. Elof escuchaba la lectura sin conmoverse, lo cual me indicaba que aun no habíamos llegado á su asunto. Estábamos en el documento 26 de la acusacion:

«26. El director del jurado espone que el 13 lluvioso último, cuatro ladrones armados con fusiles, á la cabeza de los que estaba Felipe Gilger, se introdujeron, entre una y dos de la mañana, en un molino cerca de Birkenfeld, por una ventana baja, forzando el cerrojo de hierro: que los ladro-

nes, con ayuda de esta fractura, llegaron á la puerta de la habitacion del molinero Pedro Ringel...»

Elof me interrumpió aquí, dando un grito ronco: alcé la vista, y su palidez me espantó.

—Sí... sí... dijo con una sonrisa lúgubre: esto es. Prosigue, Cristian: te escucho.

A pesar de mi emocion, continué:

«Que habiendo llegado á la puerta de la habitacion del molinero Pedro Ringel, la cual da al interior del molino, rompieron la vidriera que sobre ella habia, é introduciendo por esta abertura los cañones de los fusiles, forzaron al molinero á abrir el cerrojo: que habiendo entrado en la habitacion, exigieron á Ringel les entregara el dinero, el reloj y la pipa, señalada con las iniciales *P. R.*: que registrando todo el molino y no hallando las sumas que esperaban, no contentos con violentar al molinero con mil increpaciones terribles, le ataron las manos con una mecha azufrada: que en tal estremo, Ringel, empujado al fin por el dolor, quiso defenderse, y ellos, despues de molido á palos, lo arrojaron por una ventana al caz del molino, donde no ha podido hallarse su cadáver, á pesar de las investigaciones hechas, lo cual indica que fue arrastrado por la fuerza de la corriente.

»16.° Que el 16 ventoso último, Felipe Gilger...»

—Eso basta, dijo Elof: todas mis suposiciones

están comprobadas... Cristian, vas á saber cosas que harán que se te ericen los cabellos... Pero veamos antes el desenlace del drama, tal cual lo trae el registro de Tréveris.

Pasé muchas hojas, y leí la declaracion del jurado de acusacion de Birkenfeld, la órden de la entrega del cuerpo el dia 11 fructidor... y por último la declaracion unánime del jurado especial, sobre los innumerables asuntos del acta de acusacion. Despues, en consecuencia de esta declaracion, el juez sentenció en estos términos:

»El tribunal criminal del departamento del Sarre, despues de haber oido al sustituto del comisario del gobierno en sus conclusiones sobre la aplicacion de la ley, al acusado y á sus defensores de oficio, y de haber deliberado,

»Condena á Felipe Gilger á la pena de muerte, en conformidad... etc., etc.: le condena ademas á las costas del procedimiento, etc., etc.

»Hecho, pronunciado é interpretado en la audiencia pública del tribunal de Tréveris, el 29 brumario, año IX de la república francesa, una é indivisible, á las seis de la mañana.—Firmado: Buchel, presidente; Bauter, Volbach, Hertzerod y Warnier, jueces del tribunal: todos firmaron la minuta del presente juicio.—Copia conforme.—Firmado: Buchel, presidente, Warnier, escribano.»

—¡Qué desgracia! dijo Elof: ¡qué desgracia! Ese hombre era inocente.

—¡Inocente! ¿Cómo lo sabes tú?

—Lo sé... lo sé... no importa cómo; pero estoy seguro.

Y corria por la sala azorado, y su larga y amarilla cara tomaba matices verdosos.

—¡Ah! ¡Hé aquí lo que me persigue hace veinticinco años! esclamó. ¡Hé aquí lo que me ha hecho sombrío y melancólico!

Por fin volvió á su puesto, y me dijo con el acento más firme y más positivo:

—Estoy muy lejos de pretender, Cristian, que ese Gilger fuera un hombre honrado; todo lo que el acta de acusacion afirma es verdad, escepto el asesinato del molinero. Sí; Gilger era un miserable, un ladron en despoblado, y ha vivido del pillaje y de la rapiña; pero no ha matado á Ringel.

—¿Quién le ha matado entonces? le pregunté, admirado por su acento de conviccion.

—Hé aquí cómo han pasado las cosas, dijo: El 13 lluvioso, año VIII, entre una y dos de la mañana, la lluvia caia á torrentes. Ringel, viudo hacia cinco años, estaba despierto en la habitacion de atras, frente á la rueda del molino. Oia caer el agua en el gran foso, y no habiendo tenido la precaucion de bajar la esclusa antes de irse á acostar, temia que un desbordamiento se llevara el dique. Era un hombre de sesenta á sesenta y cinco años, pero muy vigoroso; tenia la cabeza gris, y el carácter tenaz. Despues de ha-

ber oido algunos instantes el ruido de este diluvio, se levantó para evitar la catástrofe que temia; pero en el mismo instante un ruido ronco llegó á sus oidos.

Al llegar aquí en su relacion, Elof tornose pálido como la muerte, sus ojos brillaron, inclinó ligeramente la cabeza, y se hubiera dicho que escuchaba. Yo mismo tenia miedo.

—Oyó un ruido ronco, volvió á decir con un suspiro profundo; un ruido ronco en el molino, una especie de rechinamiento siniestro, pero muy distinto á pesar del murmullo del agua que se lanzaba desde los canalones, y que caia con fuerza, y á pesar tambien de los árboles azotados por el viento y por la lluvia. Entonces Ringel entreabrió la puerta que da al molino... miró algunos segundos, y vió en el fondo gris de una ventana, á la izquierda, algunas cabezas negras y muy atentas. Y como su vista adquiriera por el miedo toda la perspicacia de la de un gato en las tinieblas, notó igualmente una gran lima entre los hierros, que le dió á conocer la causa del ruido estraño que escuchara. Iba á pedir socorro, cuando la barra cedió y se separó de la piedra. Al mismo tiempo dos hombres entraron en el molino. Ringel no tuvo más tiempo que para cerrar la puerta y encomendar su alma á Dios. Se hablaba hacia mucho tiempo de asesinatos cometidos en los alrededores de Birkenfeld... de robos... de incendios...

La banda de Schinderhannes recorria el Hundsruk. Todas estas ideas le acudieron al desgraciado, y se consideró perdido. La lluvia empezaba á ceder, y los pasos se oian en el molino. Los bandidos buscaban al dueño con avidez. Ringel no tenia armas. Se acordó de que su yerno dormia á sus espaldas... y como en aquel momento se oyeran grandes gritos, no dudó que le habian descubierto. El hecho es que el yerno, Hans Omacht, se habia escapado al principio, saltando al jardin desde una altura de quince ó veinte pies. Los bandidos acababan de hallar su ventana abierta.

Hubo un instante de silencio; Elof pareció recogerse: en cuanto á mí, me preguntaba por qué medios habia podido procurarse estos detalles, tanto más estraños, cuanto que el molinero, habiendo sido asesinado, no pudo confiárselos á nadie.

—Sabrás, continuó mi primo, que un odio sordo existia entre Pedro Ringel y su yerno. La hija del molinero habia muerto hacia algunos meses, dejando un hijo, el cual naturalmente debia heredar los bienes de su madre y de su abuelo. Pero Ringel, viéndose solo con un estraño, y no sintiendo por el hijo de su hija, todavía con nodriza, un gran afecto, habia resuelto casarse, y cortejaba á una solterona de Neudstadt, y el yerno, amenazado de verse frustrado en la herencia del molino, concibió una profunda aversion á su suegro.

—Pero, Elof, ¿cómo sabes tú esas cosas?

—Lo sé, dijo gravemente, y eso basta. Escucha el resto. La mayor parte de los hechos que refiere el acta de acusacion son exactos, y esto prueba el buen espíritu de observacion de quien la dirigió. Es verdad que los ladrones, en cuanto descubrieron la habitacion de Ringel, rompieron la vidriera de encima de la puerta, y le amenazaron con fusilarle, si no descorria el cerrojo. Es verdad que Ringel, no pudiendo librarse de los cañones de sus fusiles cruzados hácia los dos ángulos del cuarto, concluyó por ceder á las amenazas: que abrió y fue maltratado de una manera horrible, despues de haberle despojado hasta de la camisa, no pudiendo sacarle las sumas que suponian con razon escondidas en el molino; es verdad tambien que le liaron la mecha azufrada entre los dedos para arrancarle su secreto por medio del sufrimiento; pero Ringel, que era muy avaro, hubiera soportado la muerte antes que declarar sus escondites... y entonces, mientras apuraban los medios de martirizarle, se desprendió de los brazos que le tenian sujeto, y se precipitó en el foso del molino. Serian ya las cuatro de la mañana. La lluvia habia cesado. Ringel nadaba admirablemente. Se dejó llevar por la corriente del Erbach, cuyas aguas, aumentadas por la lluvia, se precipitaban con inmenso rugido hácia el Rhin. Nada hubiera sido más fácil al molinero que abordar la orilla;

pero suponiendo que habria algunos bandidos apostados en la ribera, temió caer en sus manos, y no quiso tomar pie sino más abajo, en medio de un sitio cenagoso y cubierto de maleza, que de cierto no conoceria ningun bandido. En efecto: al cabo de veinte minutos, sintiéndose fatigado y helado hasta la medula de los huesos, hizo un esfuerzo para ganar la orilla. En este momento la luna, hasta entonces cubierta de nubes, estendió sobre todo el campo sus límpidos rayos: el molinero, anhelante, vió á quince pasos de él un hombre de pie en una barca. Le reconoció; era su yerno. «Hans, le dijo medio ahogado; soy yo; alárgame el remo.» Pero Hans, sin contestar, lo enarboló... Ringel comprendió el intento... y lanzó un grito lleno de rabia y desesperacion. El remo cayó sobre su cabeza. Ringel desapareció. Sin embargo, el vigor del viejo era tal, que despues del aturdimiento de algunos segundos, volvió á la superficie. El remo cayó segunda vez sobre su cabeza, y le mató. Hé aquí, Cristian, cómo han pasado las cosas. Este ha sido el hecho por que Gilger fue guillotinado en Tréveris, mientras que el yerno, Omacht, es propietario del molino y goza de reputacion de hombre honrado.

Elof calló... y á mí, mirándole con la boca abierta, me pareció ver pasar por delante el drama lúgubre.

—Pero, por el amor de Dios, primo... le dije.

—No es esto todo, contestó Elof; ayer te sorprendiste de la pregunta que hice á la baronesa Freidag, de si los cadáveres tienen habitualmente los ojos abiertos...

—Sin duda alguna; y no fuí yo solo quien se sorprendió.

—Pues bien, Cristian; vas á saber por qué lo hice. Ante todo, bueno será decirte que en mi vida he visto un muerto... No he visto más que uno... uno solo... en sueños, y cuando era muy niño. Este muerto, tendido en los pantanos, tenia la boca abierta y los ojos tambien... Siempre me parece que le veo, con el rostro pálido... sus grandes y azulados ojos dirigidos al cielo... el cuerpo agitado por las olas y balanceándose dulcemente... los brazos rígidos, y en ellos agrupados miles de inmundos insectos, mientras que encima del cuerpo, las grandes y afiladas hojas de un viejo sauce se mecian al soplo de la brisa. ¡Veo este cadáver desnudo, abandonado! A lo lejos el paisaje desierto... los pardos tejados de Birkenfeld en el horizonte... algunas aves de rapiña se cernian tambien sobre él. Vi en seguida por la noche bajar un hombre por el brumoso Erbach, aproximarse al cuerpo, y despues de haber reconocido bien la inmensa y desierta llanura, sacar de la barca un garfio largo, y dando con él un vigoroso empuje sobre el cadáver, llevarlo en medio de la corriente... Pero el muerto sobrenadaba... Entonces el hombre le ató una gran pie-

dra al cuello, y desapareció. Aquel muerto era el molinero Ringel, y el hombre su yerno, el honrado Hans Omacht.

—¡Pero todo eso no es más que un sueño, Elof! ¡Un sueño!

—Y sin embargo, Cristian, ya lo ves; mi sueño no me habia engañado. Los muertos tienen los ojos abiertos y la boca tambien. Nadie me lo habia enseñado. Y desde lo más remoto á que alcanza mi memoria, cuando se hablaba de los muertos, me los representaba con la espantosa figura de este cadáver. ¿De dónde me venia esta imágen? ¿Era un recuerdo? No: en la época en que estos hechos sucedieron, yo no habia nacido todavía. ¿Era una de esas visiones magnéticas de que el mundo se ocupa hace un siglo sin poderlas definir? ¿Era el flúido vital que algunos suponen que se trasmite de un organismo á otro? ¡Qué sé yo! Pero este hecho no deja de preocuparme desde la infancia. Aun te diré una cosa más significativa... una cosa increible... absurda... y sin embargo verdadera. Sí, lo sabrás todo... te lo he prometido. Hace algunos dias, paseando por la ribera del Erbach, y dudando de mis impresiones, tratándome de visionario... á pesar de mi repugnancia instintiva, casi invencible, me dirigí hácia el molino. Entré con la esperanza de que su interior disipara mis ilusiones. Pues bien: juzga de mi espanto cuando encontré todas las cosas como me las habia imaginado, sin faltar ni un detalle. ¡Me

quedé estupefacto! En aquel momento, un paso duro se oyó en la escalera, y yo temblé sobre mí mismo. Hubiera querido huir, pero una fuerza invencible me retuvo allí. «¡Es él!» me dije. En efecto... era él, Hans... el yerno de Ringel, que tambien se habia hecho un viejo. Tenia la cabeza calva, las mejillas huesudas y el rostro marcado con las señales de la avaricia, ó tal vez de los remordimientos. Apretó los labios, y despues, sonriendo, me preguntó: «¿Qué deseais?—¡Oh! Nada. He entrado por curiosidad. Teneis un hermoso molino: ¿me permitís verlo?» No me contestó nada, y me observó cuidadosamente. Despues de haber recorrido toda la parte baja, atravesé el puente por encima de la esclusa, y pasé á la ribera. Hé aquí la senda... allí, bajo los pantanos... yo iba temblando... altos árboles... grandes malezas... algunas rocas esparcidas me traian lejanos recuerdos. Me aproximé lo más que pude á la orilla, y llegué al lugar que tantas veces habia visto en mis meditaciones. Aquel era el sitio: allí habia visto al muerto. Me detuve, perdiéndome en inmensos y singulares pensamientos. Despues, volviendo en mí y dando con el pie en tierra, dije: «¡Sí, sí; aquí fue donde le ví!» En aquel momento un ruido imperceptible me hizo temblar. Volví el rostro, y ¿qué dirás que ví? Al yerno, al molinero... pálido, con la boca temblorosa y los ojos brillantes. ¡Me habia seguido! «¿Qué haceis ahí? me dijo bruscamente.—Yo... nada...

miraba...—¡Mirábais...! ¿Qué mirábais?—¡Oh, nada...! ¡Queria ver...!—Nada teneis que ver aquí.» Iba á responderle, y añadió con tono rudo: «Seguid vuestro camino.» La fisonomía de este hombre tenia algo de espantoso. Un resplandor siniestro iluminaba su rostro... estábamos solos... la noche se acercaba... ¡y me apresuré á obedecer! Tal es la verdad exacta: sin embargo, dime, si quieres, que mi sueño es absurdo, que no tiene sentido comun; todo ello no me impedirá creer en él. Sí; Hans ha matado á su suegro... estoy seguro... lo afirmaria bajo la guillotina.

—¡Pero entonces es preciso denunciarle! esclamé yo levantándome: ¡es preciso arrancar la máscara á ese miserable!

—¡Denunciarle! ¿Estás en tu juicio, Cristian? Para denunciar al molinero necesitaríamos pruebas materiales... y esas pruebas nos faltan. Si fuera á contarle mi sueño al antiguo procurador Matías Hertzberg, se reiria en mis barbas, y tal vez haria que me arrestasen para conducirme á una casa de locos. ¿Qué es un ensueño para las gentes razonables? Una divagacion del espíritu durante el sueño; nada... menos que nada.

—¡Es verdad, Elof; es verdad! Cuando no se comprende un hecho, se le niega... esto es más sencillo que profundizarlo. ¡La razon es una gran cosa!

Ambos bajamos la escalera de la biblioteca muy meditabundos.

Esta historia me habia trastornado.

CRISPINUS

ó

LA HISTORIA INTERRUMPIDA.

CRISPINUS

ó

LA HISTORIA INTERRUMPIDA.

CRISPINUS

ó

LA HISTORIA INTERRUMPIDA.

I.

La víspera de San Teodoro, mi honrada y antigua criada Gredel tuvo conmigo eso que se llama una delicada atencion: conocia mi debilidad por el johanisberg, y ella misma me reñia porque era lo que más amaba en el mundo: sin embargo, no estaba en lo cierto, porque amaba más á mi vieja Gredel.

Sucedió, pues, que volviendo de la taberna de *Lutero*, donde mis amigos Hippel, Gangloff y Sathaniel habian celebrado dignamente mi natalicio, abrí la puerta de mi antigua casa de la calle de Capuchinos, y ¿qué pensais que vi sobre la mesa?

Un gran tarro de cuello de cigüeña, coronado por un magnífico ramo de margaritas.

Tomé el ramo, y lo apreté contra mi corazon.

—¡Oh Gredel, Gredel...! ama incomparable... honrada y virtuosa criatura... No puedo esplicar aquí mi entusiasmo... ¡Tú duermes sin duda á estas altas horas de la noche... pero yo te admiro y pido á Dios por tu dicha!

Despues miré el contenido del tarro: era johanisberg... viejo johanisberg del año 34.

Entonces mi ternura llegó al estremo... Vertí generoso llanto, y me prometí recompensar á Gredel con cintas de color de rosa, zagalejo de mucho abrigo y zapatos nuevos.

Sin esperar á más tarde, hice los honores á su regalo: le levanté sobre mis manos con ternura, y le dí un abrazo fraternal... Luego, en dulce quietud, encendí mi pipa y corté la pluma.

Ya sabeis, mis queridos amigos, que yo necesito silencio y recogimiento para escribir: el ruido de una carreta, el crugido de un postigo, el grito nasal de un vendedor, me ponen fuera de mí. Si me dejase llevar del genio que Dios me ha dado, seria capaz de estrangular al viejo judío Isaac, que viene dos veces por semana á decirme que vende tirantes.

Mis nervios se crispan... y me doy á todos los diablos.

Pero la noche... ¡oh! la noche... ¡Qué dicha! ¡Qué dulce quietud! Ni un soplo, ni un murmullo viene á interrumpirme. Sentado entre mis libros en la sala del piso bajo, con la cabeza entre

las manos y los codos sobre la mesa, pienso... pienso por espacio de horas enteras.

La puerta de la calle está á mis espaldas, y cerrada con doble vuelta. Delante tengo la sombría cocina, que se presenta en toda su grandeza. Veo á mi derecha la boca del horno, cerrada con una placa de laton... La piedra del hogar cubierta de leños apagados... Y debajo del horno un hueco donde Gredel echa la ceniza. A la izquierda la escalera de caracol, con peldaños de madera, donde se quiebra la sombra en zig-zag, y debajo de la escalera la puerta que conduce á la cueva.

Todo esto iluminado vagamente por una vela: las sombras avanzan y retroceden... ¡y yo me rio interiormente de esa lucha incesante de la luz con las tinieblas!

A traves de la vidriera de la ventana del fondo veo el patio iluminado por la luna, y bajo el cobertizo pilas de leña salpicadas de luz blanca.

Hé aquí mi perspectiva... Hé aquí lo que necesitaba para trabajar.

Mientras que el grillo, acurrucado detras de la estufa, cantaba su querella melancólica, dejaba correr mi pluma al compás de la inspiracion. Algunas veces escribia historias graciosas, y otras terribles. Esto dependia del tiempo, de las personas con quienes habia hablado, y tambien de lo que por la tarde habia bebido en casa de mi amigo Lutero. Sin contar con otras muchas causas, que seria muy largo enumerar.

Pero mi verdadera aficion me conducia á lo fantástico.

El silencio era tan profundo, que algunas veces oia el paso de las ratas por las hojas secas de las ramas que habian de quemarse... ó un pedazo de cascarilla desprendido por casualidad del techo, y que rodaba de tejas abajo.

A fuerza de escribir, de fumar y de beber, mi espíritu se tornaba de una lucidez espantosa. Los objetos sombríos se envolvian ante mis miradas en una luz indefinible, y algunas veces, ¡cosa estraña! me sucedia ver realmente desfilar delante de mis ojos las imágenes que se presentaban en mi cabeza. Aquella noche estaba inspirado... Despues de haber escrito sobre una cuartilla: *Historia maravillosa de la flor amarilla y del Húsar de la Muerte*, empecé en estos términos la relacion de mi amigo Sathaniel:

«En 1819, el año mismo en que Karl Sanz asesinó á Kotzebue, era yo abanderado del regimiento de Húsares de la Muerte, entonces de guarnicion en Maguncia.

»No lejos de esta ciudad, en las montañas del Hundsruck, se levantan las ruinas de Triefelds. Se las ve desde toda la llanura del Palatinado, cerca de los restos de Geierstein, que coronan una roca vecina. Estos son los antiguos castillos de emboscada destruidos por Turena en 1672... tristes despojos cubiertos por el musgo y la hiedra.

»Yo iba á menudo á Triefelds, atravesando las bellas selvas de Bergstrasse. No eran el sentimiento poético, ni el placer de la soledad los que me llevaban, sino cierta fantasía estraña y terrible que me seria difícil esplicar.

»En medio de una de estas torres arruinadas se encuentra, á flor de tierra, un pozo de quince á veinte pies de ancho, y tan profundo como la montaña. Si se arrojaba en él una piedra, se la oia resonar contra la pared algunos segundos; el ruido se debilitaba por la distancia, y por último no se oia nada.

»La atraccion del misterio y tal vez del peligro me conducia á este lugar; me aproximaba al pozo, hundia en él mis ojos, y contemplaba una gran flor amarilla, agarrada á la pared algunos pies debajo de la embocadura.

»Esta flor tenia algo de particular que me cautivaba. Hubiera querido cogerla, verla de más cerca; pero siempre, en el momento de intentar un movimiento atrevido para alcanzarla, me parecia oir voces lejanas en el fondo del abismo; aire frio y húmedo azotaba mi rostro, helándome hasta la medula de los huesos.

»Entonces, como aturdido por tan larga atencion, buscaba la puerta, respirando con toda la fuerza de mis pulmones, admirando la luz agonizante del dia, la verdura, las enredadas zarzas, las altas ortigas y la montaña que se destacaba sobre el azul del cielo.

»Al principio me alejaba de las ruinas con paso lento, como retenido por miles de lazos, que se rompian uno á uno: despues, sintiéndome libre, me lanzaba por la rápida pendiente. Las lágrimas oscurecian mis ojos, y esclamaba:

—»¡No! ¡no! ¡no volveré más...! ¡no volveré más...!

»Así llegaba á mi pequeña habitacion de la calle del Arsenal, saludando cada rostro amigo, cada ventana, cada casa, como si no hubiera debido volverlos á ver.

»Los médicos han discutido mucho sobre la locura, cuestion ambigua, ante la cual la inteligencia retrocede espantada. Desde el *delirium tremens*, en que el enfermo se lanza de su lecho en cuatro pies, corre por el suelo y quiere coger las ratas que se figura ver, hasta la sensacion fugitiva que atraviesa el espíritu como un relámpago y os hace coger una mosca fantástica, los matices de la locura son innumerables.

»Atribuid este estado de obsesion á la materia, como el médico... Atribuidlo á la intervencion de las potencias ocultas, como el poeta y el místico... ¿Qué importa? El libre albedrío se ha perdido, la voluntad sucumbe, y el hombre no es más que instrumento ciego de una fuerza irresistible. Tal era, preciso me es reconocerlo, el estado de mi espíritu en esta época. Cierta negra melancolía habia reemplazado á mi genio alegre, dominándome completamente.

»Una vez encerrado en mi cuarto, y resuelto á no volver más á las ruinas, hubiera podido creerme libre de esta tiranía del sentimiento; pero al cabo de algunos dias volvia á notar la atraccion. Procuraba distraerme con la lectura de algunos filósofos... ¡imposible!

»De repente se me aparecia la flor amarilla... estaba allí, en la sombra la veia... el libro se escapaba de mis manos, y con la boca abierta y los ojos desencajados, la contemplaba como en un sueño. Deciros lo que esto tenia de horrible, es superior á mis fuerzas... un sentimiento de terror indefinible helaba la sangre en mis venas... hubiera querido levantarme... pedir socorro... pero estaba clavado en mi sillon, y cuando, por un esfuerzo supremo, lograba exhalar el más débil suspiro... ¡todo desaparecia!

»Entonces, decaido y sin fuerzas, pero libre de un peso enorme, pasaba la mano por mis abrasadas pupilas, y murmuraba:

—»¡Será preciso volver!

»Al dia siguiente, con lluvia ó con sol, despues de hacer mi servicio, me ponia en camino... no para ir á Triefelds, sino para pasearme alrededor de la ciudadela, para respirar el aire del campo.

»Sin embargo, apenas llegaba al camino de Bergstrasse, cuando, sin notarlo, corria á la montaña, y me reia como un loco, y no pensaba más que en la flor amarilla.

»Una curiosidad inmensa me empujaba hácia el abismo.

»En fin: falto de aliento... con el corazon oprimido... llegaba... Un minuto antes me detenia y miraba de lejos las sombras de la torre, diciéndome:

—»No iré.

»Pero era ya tarde... tenia que andar... y entraba temblando... Mis dientes chocaban uno con otro... mis rodillas vacilaban... tenia fiebre... un sabor amargo se desenvolvia debajo de mi lengua y llegaba hasta el fondo de la garganta. Despues mis ojos se habituaban á la oscuridad... descubria la flor, sin alegría, sin amor, pero con gran deseo de poseerla.

»Debajo de mí el pozo sombrío, tenebroso, se abria como para tragarme; pero yo no reparaba en él, no lo veia.

»Apoyado contra la pared, con las manos en la espalda y los pies adelantados, miraba la flor amarilla.»

II.

Llegaba aquí en la *Historia de la flor amarilla y del Húsar de la Muerte*, y ya iba á contar cómo Crispinus, el guardian de los tesoros escondidos por los avaros, se habia aparecido á mi amigo Sathaniel bajo la forma de un lagarto verde, cuando al sacudir las cenizas de mi pipa... encontré enfrente de mí sobre la piedra del hogar... Adivinad á quién.

¡Al mismísimo Crispinus!

Ya sabeis que la forma que ordinariamente toma Crispinus es la de un conejo blanco. A su izquierda, en la sombra, habia una escoba, una gran badila y cinco ó seis birutas á manera de tirabuzon. Su silencio era profundo, y me miraba con gran atencion. De cuando en cuando se alzaban y se bajaban sus grandes orejas.

Figuraos mi estupor.

Inmediatamente pensé que Crispinus venia

para impedirme revelar al mundo lo que Sathaniel me habia contado de su malicia verdaderamente diabólica, y tal idea me hizo temblar.

No podríais imaginar la estraordinaria inteligencia que se dibujaba en los ojos del duende. No creo que haya mirada humana que posea tal penetracion ni agudeza más sutil.

Evidentemente él deseaba conocerme, juzgarme, hallar mi flaco.

Cuando me hacia gestos de frente, su cabeza, estrecha y alta, parecia la de un diablejo con cuernos. Cuando me observaba con un ojo solo... su perfil tenia todo el aire de la honradez. Pero yo adiviné su táctica.

A veces pasaba rápidamente las manos sobre sus bigotes, como hacen los conejos, para engañarme mejor.

Yo estaba inmóvil, y le miraba, no sin aprension, pero resuelto á defenderme si me atacaba.

—Duende, dije entre mí: haces muy bien; pero no me impedirás revelar al mundo las cosas que Sathaniel me ha dicho de tí. Porque otros tiemblan y encomiendan su alma á Dios, ¿piensas que me vas á asustar con esos ojazos encarnados? Teodoro conoce su deber, y todos los duendes del mundo no son capaces de impedir que llegue al fin. Puedes volver la cabeza y sacudir las orejas cuanto te plazca; eso no me importa; pero yo te aseguro que no llevarás más personas al abismo con tus historias de tesoros escondidos en el

fondo de las viejas cisternas, pues corre de mi cuenta el impedirlo.

Las sombras de que estaba rodeado favorecian su táctica, y agitándose en ellas pensaba fascinarme; pero yo estaba sobre aviso.

Desgraciadamente, á fuerza de mirarle mis ojos se nublaron, y tuve necesidad de buscar un pañuelo para enjugármelos.

Crispinus, que no esperaba más que un momento de distraccion, vino corriendo hácia mí, con la cabeza baja, el lomo alto y la cola derecha. Oí su trote rápido, y como no habia previsto ataque tan audaz, salté de mi asiento, dando un grito terrible.

Se cayó la silla, rodó la palmatoria por la mesa, pero no se apagó al momento. La cogí, y la agitaba con inesplicable angustia para volverla á encender, cuando Gredel, á medio vestir, apareció, enseñando por debajo de la papalina grandes mechones de su pelo gris.

A la vista de esta buena mujer, mi corazon se animó.

—¡Dios mio! dijo: ¿qué pasa?

—El duende Crispinus, le respondí, sudando la gota como el puño.

—¿El duende? Vamos... está visto... De seguro habeis vaciado el tarro.

Esta reflexion me sorprendió: eché una mirada por la mesa, y ví que, en efecto, el tarro estaba vacío.

—¡Toma! me dije: ¡tiene esto gracia!

Y miré á Gredel con aire estupefacto... cuando Crispinus pasó á todo correr por entre mis piernas, y desapareció debajo del horno como una flecha.

—¡Eh! ¡Vedlo aquí! esclamé: ¡vedlo aquí, que se oculta en su madriguera!

Pero Gredel, lejos de asustarse, metió el brazo hasta el hombro en el agujero, sacó el duende cogido de las orejas, y enseñándomelo con aire de triunfo, me contestó:

—¡Eh! Es un verdadero conejo.

Y al mismo tiempo sus grandes y amarillos dientes, largos como las teclas de un piano, aparecieron delante de una inmensa carcajada. Lo he comprado para celebrar vuestro cumpleaños, y mañana nos lo comeremos asado.

Esta esplicacion no me pareció natural. Me acordé de que Hazelnoos, en su *Demonología comparada*, afirma haber visto un Kobeh trasformarse de pronto en gato negro, y no dudaba que Crispinus habia seguido la misma táctica: viéndose en peligro de ser cogido, tomó sin duda el carácter manso de un verdadero conejo. Esto me pareció fuera de duda, solamente que con el temor de asustar á Gredel, yo no quise decir nada, y fingí reirme de mi propio terror.

Por lo demas, la premura con que mi antigua servidora bajó en mi auxilio me conmovió, le di

las gracias por su regalo, y se volvió á acostar.

Cuando se marchó quise continuar la *Historia maravillosa de la flor amarilla y el Húsar de la Muerte;* pero la inspiracion habia volado.

Concluí por dormirme frente á la palmatoria, con la nariz sobre la mesa y la pluma en la mano.

¡Lector, perdona al valor desgraciado!

LA OREJA DEL MOCHUELO.

LA OREJA DEL MOCHUELO.

LA OREJA DEL MOCHUELO.

El 20 de Julio de 1835, Kasper Boeck, pastor del pueblecito de Hirschwiller, con su gran sombrero echado hácia la espalda, su alforja de tela ordinaria y su gran perro mastin detras, se presentó, sobre las nueve de la noche, en casa del señor burgomaestre, Pedro Mauerer, el cual acababa de comer y tomaba una copa de kirschwasser para facilitar la digestion.

Este burgomaestre, alto, seco, con el labio superior cubierto por un gran bigote gris, habia servido en los ejércitos del Archiduque Cárlos; su genio era gruñon, y gobernaba el pueblo que no habia más que pedir.

—Señor burgomaestre... dijo el pastor cortado.

Pero Pedro Mauerer, sin esperar el fin de su discurso, frunciendo el entrecejo, le dijo:

—Kasper Boeck, empieza por quitarte el sombrero; haz que salga el perro de la habitacion, y despues habla clara é inteligiblemente, sin tartamudear, para que pueda comprenderte.

Y el burgomaestre, de pie cerca de la mesa, vació tranquilamente su copa, y se limpió los grandes mostachos grises con indiferencia.

Kasper hizo salir su perro, y volvió con el sombrero en la mano.

—Y bien, dijo Pedro, viéndole silencioso: ¿qué te ocurre?

—Me ocurre que el *espíritu* se ha aparecido de nuevo en las ruinas de Geierstein.

—¡Ah! Ya no me acordaba. ¿Tú lo has visto bien?

—Muy bien, señor burgomaestre.

—¿Sin cerrar los ojos?

—Sí, señor burgomaestre; mis ojos estaban muy abiertos, y la luna alumbraba bien claro.

—¿Y qué forma tiene?

—La forma de un hombre pequeño.

—¡Bueno!

Y volviéndose hácia la puerta vidriera de la izquierda:

—¡Katel! gritó el burgomaestre.

Una criada vieja entreabrió la puerta.

—¿Señor?

—Voy á dar una vuelta por el campo... hácia la costa... espérame hasta las diez. Aquí está la llave.

—Sí, señor.

Entonces el antiguo soldado descolgó un fusil de detras de la puerta, registró el disparador, y dirigiéndose á Kasper Boeck:

—Ve á decirle al guarda de campo que nos espere en la alameda de los Acebos, detras del molino. Tu *espíritu* debe ser algun merodeador... Pero si es una zorra, haré que te pongan un gorro con orejas de burro.

El Sr. Pedro Mauerer y el humilde Kasper salieron de la casa. El tiempo era magnífico: las estrellas innumerables. Mientras que el pastor iba á llamar á la puerta del guarda campestre, el burgomaestre penetraba por una calle de saucos que se estiende con irregularidad por detras de la iglesia. Dos minutos despues, Kasper y Hans Gœrner, con el fusil al hombro, se juntaron al señor Pedro en la calle de los saucos, y los tres se encaminaron juntos hácia las ruinas de Geierstein.

Estas ruinas, situadas á veinte minutos del pueblo, parecian muy insignificantes, consistiendo en algunos trozos de muralla deshechos, de cuatro á seis pies de altura, que se estienden en medio de los brezos. Los arqueólogos llamaron á esto los acueductos de Seranus, el campo romano de Holderlock, ó los vestigios de Teodorico, segun la imaginacion de cada uno. Lo único que parecia verdaderamente notable en estas ruinas, era la escalera de una cisterna abierta en la ro-

ca. Al contrario de las escaleras en bóveda, en lugar de círculos concéntricos estrechándose en cada escalon, la espiral de esta iba ensanchándose de manera que el fondo del pozo era tres veces más ancho que el brocal. ¿Era un capricho de arquitectura, ó habia sido otra razon la que determinó esta construccion estraña? Poco importa. El hecho que resultaba en esta cisterna era ese vago ruido que cada uno puede oir aplicando la oreja á una concha, y en esta se percibian los pasos de los viajeros sobre la arena, el soplo del aire, el murmullo de las hojas, y hasta las palabras lejanas de aquellos que pasaban cerca de la costa. Los tres personajes atravesaron por una senda entre las viñas de Hirschwiller.

—No veo nada, decia el burgomaestre levantando la nariz con aire burlon.

—Ni yo tampoco, repetia el guarda campestre imitando el tono del otro.

—Está en el agujero, murmuraba el pastor.

—Ya veremos, ya veremos, replicaba el burgomaestre.

Y así llegaron, despues de un cuarto de hora, á la boca de la cisterna. Ya lo he dicho: la noche era clara, límpida y perfectamente tranquila. La luna dibujaba uno de esos paisajes blanquecinos, sembrados de árboles, en que las sombras parecen trazadas con lápiz negro. Los brezos y los pinos perfumaban la atmósfera de un olor un poco áspero, y las ranas del lago vecino can-

taban con ronca y entrecortada voz. Pero todos estos detalles se escapaban á nuestros buenos campesinos, que no pensaban más que en echar mano al *espíritu*.

Cuando llegaron á la escalera, los tres hicieron alto, y aplicaron el oido... Despues miraron en las tinieblas... Nada apareció... Nada se movia.

—¡Diablo! dijo el burgomaestre: nos hemos olvidado de traer un cabo de vela... Baja, Kasper, que tú conoces mejor el camino. Yo te seguiré.

A esta proposicion, el pastor se hizo atras bruscamente. Si le fuera permitido, huyera en seguida. Su aire contristado hizo reir á carcajadas al burgomaestre.

—Hans, puesto que este no quiere bajar, enséñame tú el camino, dijo al guarda campestre.

—Pero, señor burgomaestre, contestó: ya sabeis que faltan algunos escalones, y hay gran riesgo de rompernos la cabeza.

—Entonces, ¿qué hacer?

—Sí, ¿qué hacer?

—Envia tu perro, replicó Pedro.

El pastor silbó á su perro, le enseñó la escalera, le escitó... pero él, lo mismo que los otros, no quiso correr aquella aventura.

En este momento, una idea luminosa se le ocurrió al guarda del campo.

—¡Eh! Señor burgomaestre, si descargáramos nuestros fusiles hácia el fondo...

—Es verdad, tienes razon: al menos así veremos claro un momento.

Y sin titubear, se aproximaron á la escalera, preparando los fusiles.

Pero por el efecto acústico que antes hemos señalado, el *espíritu*, el merodeador, el individuo que efectivamente se hallaba en la cisterna, lo habia oido todo. La idea de fusilarle no le pareció bien, y con voz nerviosa y aguda gritó:

—¡Alto! No tireis... ya subo.

Entonces los tres funcionarios se miraron de nuevo sonriéndose, y el burgomaestre, acercándose otra vez á la boca del pozo, dijo con voz ruda:

—¡Pícaro, despáchate, ó tiro!

Y armó su fusil; pero el tris-tras de la llave pareció decidir al personaje misterioso. Se oyeron rodar algunas piedras. Sin embargo, aun tuvieron que esperar más de un minuto antes de verlo aparecer: la cisterna tenia sesenta pies de profundidad.

¿Qué hacia aquel hombre en medio de las tinieblas? Debia ser algun gran criminal. Por lo menos, así lo suponian Pedro Mauerer y sus compañeros.

Al fin, una forma vaga se destacó en la sombra; despues, lenta y progresivamente, un hombre pequeño, de cuatro pies y medio lo más, flaco, andrajoso, de cuerpo seco y amarillo, ojos

lucientes como los de una urraca, y cabellos en desórden, salió gritando:

—¿Con qué derecho venís á turbar mis estudios, miserables?

Este apóstrofe grandioso no cuadraba bien ni con su traje ni con su fisonomía: el burgomaestre le replicó indignado:

—¡Mal hombre, procura mostrarte respetuoso, ó te administraré una correccion!

—¡Una correccion! dijo el hombrecillo estremeciéndose de cólera y poniéndose bajo la nariz del burgomaestre.

—Sí, replicó el otro, que á su vez estaba admirado del valor del pigmeo, si no respondes de una manera satisfactoria á las preguntas que voy á hacerte. Soy el burgomaestre de Hirschwiller; este es el guarda, y ademas el pastor y su perro; ya ves que somos más fuertes que tú... Sé prudente, y dime con tranquilidad quién eres, qué viniste á hacer aquí, y por qué no te atreves á presentarte á la luz del dia. Despues ya veremos lo que se hace de tí.

—Todo eso no os importa, respondió el hombre con voz cascada; y por lo tanto, no os contestaré.

—En ese caso, marcha hácia el pueblo, replicó el burgomaestre cogiéndolo con mano fuerte por el cuello: vas á dormir en la cárcel.

El hombrecillo hacia grandes esfuerzos por desprenderse de la mano de Pedro: queria mor-

der, y el perro estaba ya á punto de agarrársele, cuando él dijo con bastante nobleza:

—Señor, dejadme; cedo á la fuerza, y os sigo.

El burgomaestre, que tenia bastante esperiencia, se tranquilizó tambien.

—¿Me lo prometeis? dijo.

—Os lo prometo.

—Está bien: marchad delante.

Y hé aquí cómo en la noche del 29 de Julio de 1835 el burgomaestre capturó á un hombre pequeño en la caverna de Geierstein.

Cuando llegaron á Hirschwiller, el guarda corrió á buscar la llave de la cárcel, y el vagabundo fue encerrado con doble vuelta, sin olvidar el cerrojo esterior y la barra. Todos se fueron á descansar de sus fatigas, y Pedro Mauerer, habiéndose acostado, pensó hasta la media noche en esta singular aventura.

Al dia siguiente, á eso de las nueve, Hans Gœrner, el guarda, habiendo recibido órden de conducir al prisionero á la casa de ayuntamiento para hacerle nuevo interrogatorio, se fue con cuatro mozos vigorosos á la prision. Abrieron la puerta con gran curiosidad de ver al duende. Pero ¡cuál no fue su sorpresa al contemplarle ahorcado de su corbata en los hierros de la reja! Muchos dicen que se balanceaba todavía; otros, que estaba ya frio. De cualquier modo que esto fuera, inmediatamente se avisó á Pedro Mauerer lo que habia ocurrido, y lo que hay de cierto es que á

la llegada de aquel, el hombre de cuatro pies y medio habia dado su último aliento.

El juez de paz y el médico de Hirschwiller instruyeron un proceso verbal en regla de la catástrofe: despues se enterró al desconocido, y todo se acabó.

A las tres semanas, poco más ó menos, de este acontecimiento, fui á ver á mi primo Pedro Mauerer, de quien era el más próximo pariente, y por lo mismo su heredero. Esta circunstancia sostenia entre nosotros relaciones íntimas. Comimos juntos, hablamos de cosas indiferentes, hasta que el burgomaestre me refirió la historia anterior como acabo de trasladárosla.

—¡Es estraño...! le dije: ¡verdaderamente estraño! ¿Y no teneis ninguna otra noticia del desconocido?

—Ninguna.

—¿No habeis encontrado nada que os pudiera poner en vias de conocer sus intenciones?

—Absolutamente nada, Cristian.

—Pero ¿qué podia hacer en la cisterna? ¿De qué vivia?

El burgomaestre se encogió de hombros, llenó los vasos, y me contestó:

—A tu salud, primo.

—A la tuya.

Quedamos en silencio algunos instantes. Me era imposible pasar por el fin tan brusco de la aventura, y á pesar mio pensaba con melancolía

en el triste destino de ciertos hombres, que aparecen y desaparecen en el mundo, como la yerba en los campos, sin dejar el menor recuerdo ni la más insignificante relacion.

—Pedro, dije yo: ¿cuánto hay desde aquí á las ruinas de Geierstein?

—Veinte minutos lo más. ¿Por qué?

—Porque quisiera verlas.

—Ya sabes que hoy se reune el ayuntamiento, y que no puedo acompañarte.

—¡Oh! Iré solo.

—No, el guarda te enseñará el camino.

Y mi buen primo llamó á su criada.

—Katel, ve á buscar á Hans Gœrner, y que se dé prisa.

La criada salió, y el guarda del campo vino al momento.

Recibió la órden de acompañarme á las ruinas.

Mientras que el burgomaestre se dirigia gravemente á la sala municipal, nosotros habíamos salido ya del pueblo. Hans Gœrner me indicó con la mano los vestigios del acueducto. En este momento las prominencias aisladas de la llanura, los lejos azulados de Hundsrück, las tristes y decrépitas paredes cubiertas de sombría hiedra, el sonar de la campana de Hirschwiller llamando á concejo á los regidores, el guarda que no podia dar el aliento y se enganchaba en la maleza, tomaban á mis ojos un matiz triste y severo, de

que no hubiera podido darme cuenta: era la historia de un pobre ahorcado que se pintaba en el horizonte.

La escalera de la cisterna me pareció muy curiosa, su espiral elegante. Las matas espinosas en las junturas de cada peldaño, el aspecto desierto de los alrededores, todo armonizaba con mi tristeza. Bajamos, y bien pronto el punto luminoso de la entrada, que parecia estrecharse cada vez más y tomar la forma de una estrella de rayos curvos, solo nos envió su pálida luz.

Cuando llegamos al fondo de la cisterna, un soberbio golpe de vista apareció ante nosotros; todos los escalones estaban iluminados desde lo alto, y sus sombras se recortaban con una regularidad maravillosa. Entonces oí el murmullo de que me habia hablado Pedro: la inmensa concha de granito tenia tantos ecos como piedras.

—¿Despues que salió el hombre de los cuatro pies y medio, no ha entrado nadie aquí? pregunté al guarda.

—No, señor... Los campesinos tienen miedo; piensan que el colgado vuelve á su morada.

—¿Y vos?

—¡Yo...! Yo no soy curioso.

—¿Pero el juez de paz...? Su deber era...

—¿Y á qué habia de venir á la *Oreja del mochuelo?*

—¿Se llama esto la *Oreja del mochuelo?*

—Sí.

—Y eso es, poco más ó menos, dije levantando la vista. Esta bóveda invertida forma bastante bien el pabellon: lo que hay encima de los escalones figura la caja del tímpano, y las vueltas de la escalera, el caracol, el laberinto y el vestíbulo de la oreja. Esta es la causa del rumor que oimos: estamos en el fondo de una oreja colosal.

—Es posible, dijo Hans Gœrner, que parecia no comprender ninguna de mis observaciones.

Empezamos á subir, y ya habíamos trepado los primeros peldaños, cuando sentí que algo se rompia bajo mis pies: me incliné para ver lo que podia ser, y encontré un objeto blanco: era una hoja de papel desgarrada. En el cuerpo que habia roto reconocí una especie de tarro de tierra barnizado.

—¡Oh! me dije: esto podrá esclarecernos la historia del burgomaestre.

Y me uní á Hans Gœrner, que ya me esperaba en la salida del pozo.

—¿Dónde quereis ir ahora, señor?

—Sentémonos antes un poco, y despues lo decidiremos.

Lo hice sobre una gran piedra, mientras que el guarda paseaba su mirada por los alrededores del pueblo para ver si descubria algun merodeador de frutos agenos.

Examiné cuidadosamente el vaso de tierra, del que no quedaba más que un trozo. Este pedazo presentaba la forma de un embudo tapizado de

borra por lo interior. Su aplicacion no me fue posible reconocerla. Leí en seguida el fragmento de carta, de letra cursiva y firme, que trascribo aquí testualmente. Me parece que era la mitad de una hoja, cuyo resto busqué inútilmente por los alrededores.....

.....

.....

«Mi trompeta *micracóustica* tiene la doble ventaja de multiplicar hasta lo infinito la intensidad de los sonidos, y de poder introducir en la oreja lo que no alcanza de ninguna manera el observador. No podeis imaginar, mi querido maestro, el placer que se esperimenta al percibir esos mil ruidos imperceptibles que en los dias de estío se confunden en un susurro sordo. La abeja tiene su canto como el ruiseñor, la avispa es la currusca de los musgos, la cigarra es la alondra de las altas yerbas, el arador es el reyezuelo. No lanza más que un suspiro; pero ese suspiro es melodioso.

»Este descubrimiento, bajo el punto de vista del sentimiento, que nos hace vivir de la vida universal, sobrepuja por su importancia á todo lo que yo pudiera deciros.

»Despues de tantos sufrimientos y de tantas privaciones, es muy hermoso recoger el fruto del trabajo. ¡Con qué entusiasmo se eleva el alma hácia el Divino Autor de esos mundos microscópicos cuya magnificencia se nos revela! ¿Qué son

entonces esas largas horas de angustia, de hambre, de desprecio, que nos anonadaron otras veces? Nada, señor, nada. Lágrimas de reconocimiento humedecen nuestros ojos, y estamos orgullosos de haber comprado con el propio sufrimiento esos nuevos placeres para la humanidad, y de haber contribuido á su moralizacion. Por muy vastos, por muy admirables que sean estos primeros resultados de mi trompeta *micracóustica*, no se limitan á este solo punto sus ventajas. Aun hay otros más positivos, más materiales en cierta manera, y que se resuelven por cifras.

»Lo mismo que el microscopio nos descubre las cosas más pequeñas de los mundos, perfeccionando sus revoluciones armónicas en el infinito, así mi trompeta *micracóustica* estiende el sentido del oido más allá de los límites de lo imaginable. Así, pues, señor, no me detendré en la circulacion de la sangre y de los humores en los cuerpos animados: los oiríais correr con la impetuosidad de las cataratas, los percibiríais con una pureza espantosa: la menor irregularidad en el pulso, el más ligero obstáculo, os produciria el efecto de una roca contra la cual vinieran á romperse las aguas de un torrente.

»Es, sin duda alguna, gran conquista para el desenvolvimiento de nuestros conocimientos fisiológicos y patológicos; pero sobre este punto no es sobre el que quiero insistir. Aplicando el oido á la tierra, oireis las aguas termales hir-

viendo en las profundidades inconmensurables, y podreis juzgar de su volúmen, de sus corrientes, de los obstáculos.

»¿Quereis ir más lejos? Bajad á una bóveda subterránea donde el desenvolvimiento basta para recoger una cantidad de sonidos considerable: en la noche, cuando todo duerme y nada hay que turbe los ruidos interiores del globo... ¡escuchad!

»Señor, todo lo que me es posible deciros de este instante, porque en medio de mi profunda miseria, de mis privaciones, y á menudo de mi desesperacion, no me quedan bastantes momentos lúcidos para recoger observaciones geológicas; todo lo que os puedo asegurar es que el hervor de las lavas incandescentes, el ruido de sustancias en ebullicion, tiene algo de espantoso y de sublime, que no puede compararse si no es á la impresion del astrónomo sondeando con su anteojo las profundidades sin límites del espacio.

»Por tanto, debo deciros que estas impresiones deben ser conocidas, estudiadas y clasificadas en un órden metódico para sacar conclusiones ciertas. Cuando tengais á bien, mi digno y querido maestro, remitirme á Neustadt la pequeña cantidad que os he pedido para proveer á mis primeras necesidades, nos veremos y nos pondremos de acuerdo para buscar manera de establecer tres grandes observatorios suburbianos, uno en el valle de Catana, otro en Islandia y el ter-

cero en uno de los valles de Capac-Uren, de Songay ó de Cayembe-Uren, los más profundos de las cordilleras, y por consiguiente.....

.....»

Aquí estaba rota la carta.

Dejé caer las manos lleno de estupor. ¿Habia leido las concepciones de un loco... ó las inspiraciones realizadas de un hombre de genio?... ¿Qué decir? ¿Qué pensar? Tal vez este hombre, este miserable, que vivia en el fondo de un agujero como una zorra... que moria de hambre... habia sido uno de esos elegidos que el Ser Supremo envia á la tierra para alumbrar á las generaciones futuras.

Y este hombre se habia colgado de disgustos, de desesperacion. No se le habia contestado á su súplica, cuando solo pedia un pedazo de pan en cambio de su descubrimiento. Esto era horrible.

Mucho tiempo... mucho tiempo despues quedé allí pensativo... agradeciendo al cielo que limitara mi inteligencia á los cuidados vulgares de la vida, que no quisiera hacer de mí un hombre superior á la generalidad de los hombres. Por fin, viéndome el guarda con los ojos fijos y la boca abierta, se atrevió á tocarme en el hombro.

—Sr. Cristian, me dijo: se hace tarde. El señor burgomaestre habrá ya vuelto del concejo.

—¡Ah! Es verdad, esclamé estrujando el papel. ¡En marcha!

Volvimos al pueblo, y mi buen primo me recibió muy alegre.

—Veamos, veamos, Cristian. ¿No has encontrado nada de ese imbécil que se ahorcó?

—No.

—Ya lo suponia. Era algun loco escapado de Stefansfeld... A fe mia que hizo bien en colgarse: cuando uno no sirve para nada bueno, esto es lo más sencillo.

Al dia siguiente dejé á Hirschwiller con ánimo de no volver jamás.

LOS DESPOSADOS

DE

GRINDERWALD.

LOS DESPOSADOS

DE

GRINDERWALD.

Cuando todas vuestras pasiones se han estinguido, dijo Cristian; cuando habeis perdido vuestras ilusiones de gloria y de fortuna, entonces nace en vuestro ánimo una pasion estraña, misteriosa, de goces infinitos: el amor á pescar con caña.

¡Ah! mis queridos amigos, no conoceis la dicha de seguir el corcho sobre el agua, de dirigirlo con destreza á la superficie de la tornasolada espuma, ó bajo los grandes sauces, entre las rocas mohosas donde se busca la trucha y el salmon. No imaginais la emocion del pescador cuando ve el corcho hundirse bajo la ola azulada, cuando siente moverse el pescado en el anzuelo, y con un vigoroso y rápido empuje lo lanza por los aires sobre la yerba, donde el pobre animal

tiembla y colea. ¡No... no os figurais lo que es tal placer!

El pescador de caña más diestro que he conocido, es el Sr. Zacarías Seiler, antiguo juez del tribunal de Stantz, en Suiza, y muchas veces miembro del Gran Consejo permanente de Lucerna.

Despues de haber dormitado durante veinticinco ó treinta años, oyendo los discursos del Sr. Ludwig Kilian, del Sr. Hemmerdinger y otros jurisconsultos de la comarca; el buen hombre habia pedido su jubilacion, y gozaba de ella en la calle de Kusnacht, cerca de la puerta de Alemania, bajo la direccion de la señorita Teresa, vieja ama de llaves, muy devota, de nariz afilada y barbilla sombreada con unos cuantos cabellos canos.

Estos dos seres, tranquilos, llenos de indulgencia mística, respetaban sus recíprocas manías; la señorita Teresa cuidaba de la ropa del señor, repasaba sus camisas, tenia á su cargo el renovar la provision de tabaco encerrado en su gran bote barnizado, que humedecia de tiempo en tiempo; por lo demas, tenia libertad para pensar en sus pájaros, para leer sus libros ó para ir á Misa.

El Sr. Zacarías se aproximaba á los sesenta años, usaba peluca, y no tenia más distracciones que cultivar algunas flores y leer la *Gaceta de los Propyleos*.

La primera vez que le ocurrió la idea de ir á pescar con caña, y se proveyó de todos los utensilios para el efecto, fue un verdadero negocio de Estado. Durante quince dias, la señorita Teresa no sabia dónde poner estos nuevos objetos; murmuró, tuvo impaciencia y debió confesarse una ó dos veces más al mes de lo que tenia por costumbre. Despues todo volvió á su estado ordinario.

Pero cuando el señor queria ir un rato á pescar, el pobre, que comprendia y deploraba su debilidad, contemplaba el cielo con ojos melancólicos, y decia:

—Hermosa mañana, Teresa... ¡Qué tiempo! No lloverá lo menos en tres semanas.

Teresa le dejaba entristecerse un instante, y despues, depositando su labor sobre el libro de oraciones, iba á buscar el saco de pesca, la blusa y el gran sombrero del señor.

Entonces el rostro de Zacarías se animaba... y él se levantaba diciendo:

—¡Me voy! Habeis tenido una escelente idea, Teresa. Voy á pescar.

—Sí, señor; pero habeis de volver á las siete; porque las noches están muy frescas.

—¡Bah! Hace ya dos meses que no toso... ¿Habeis puesto el pan y la botella en el saco?

—No tengais cuidado, señor: ¿por ventura se me olvida algo?

Entonces le ayudaba á vestirse, y él, que no

podia con el gozo, murmuraba con impaciencia:

—Está bien... está bien... gracias... ya estoy corriente.

Despues bajaba la escalera. Teresa, en la ventana, le miraba alejarse, hasta que pasaba la puerta de Alemania, que se volvia á sentar gravemente, emprendiendo de nuevo su trabajo. El iba diciendo para sí:

—Teresa querria mejor verme sentado en el escritorio, leyendo la *Gaceta*... pero estar metido en casa tanto tiempo... Zacarías, tú puedes aun con las piernas... ¡Oh! ¡El campo... el aire libre...!

Y apretaba el paso por la senda, llena de maleza. Ya le parecia ver el rio... los grandes árboles vertiendo sombra y luz á su alrededor; le parecia respirar el áspero perfume de los musgos, de la hiedra y la odorante resina de los pinos. Oia el murmullo de los arroyos y el silbido de las fuentes al salir de las rocas.

Una hora despues su sueño era realidad; y ¡cosa bien rara! una realidad más completa que el mismo sueño.

¡Oh! Es que la naturaleza de los grandes bosques, con sus frondosos arbustos, y la luz cortada por ellos, con sus torrentes encerrados en las profundas gargantas... y sus inmensas perspectivas en los desiertos valles... con esos mugidos sonoros, esos cantos de las aves, diferentes en todas las horas del dia... es que la naturaleza de

los bosques, la gran naturaleza no se deja alcanzar por la imaginacion del hombre; siempre lo nuevo, siempre lo imprevisto...: hoy y ayer no se parecen en nada. El Sublime Artista no reposa nunca.

Un dia del mes de Julio de 1845, el saco de pesca del Sr. Zacarías se encontró tan repleto de truchas asalmonadas á las tres de la tarde, que el buen hombre no quiso coger más, porque, como dijo Pfadfinder, era preciso dejar algo para el dia siguiente. Despues de haberlas lavado en una fuente vecina, y envolverlas cuidadosamente en hojas de ortiga para conservarlas frescas; despues de recogidos todos sus aparatos y de lavarse las manos, tuvo deseo de dormir un rato bajo los brezos. El calor era escesivo, y quiso esperar á que las sombras se fuesen alargando para volver á Bigelberg.

Habiendo partido su pedazo de pan y humedecido sus labios con un poco de Rikevir, se retiró á quince ó veinte pasos del camino, tendiéndose sobre la yerba, á la sombra de los pinos.

Nunca el antiguo juez habia tenido tal sueño: el ardor sofocante del sol, lanzando sus largas flechas de oro en la sombra del bosque; el inmenso murmullo de los insectos en la ribera, en los prados y en las aguas; el arrullo lejano de las tórtolas: todo formaba tan grande armonía, que el alma de Zacarías se embriagaba en este concierto universal. Bostezó, entreabrió los ojos...

vió una banda de pajarillos atravesar la espesura... despues se volvió de otro lado, exhaló un suspiro, y creyó ver el corcho moverse con precipitacion en la superficie del rio... Habia cogido un salmon... tiraba... la caña cedia en semicírculo... El pobre hombre dormia profundamente... soñaba... y la inmensa orquesta proseguia alrededor de él su música eterna. ¡Y el tiempo pasaba!

Gran número de seres animados habian pasado su larga vida de una hora, cuando el señor juez se despertó al canto de cierta ave que no conocia.

Se sentó para verla; y, juzgad de su sorpresa: el pájaro era una jóven de diez y seis á diez y siete años, fresca, con las mejillas sonrosadas, los labios rojos, los cabellos pardos flotando en largas trenzas, la nariz un poco remangada, la basquiña corta y de color de naranja, y el corpiño bien cerrado... una jóven campesina que bajaba con precipitacion por el camino de Bigelberg, con un cesto sobre la cabeza y el brazo en la cadera, redondo, torneado y gracioso.

¡Oh, qué ave tan bonita! ¡Y qué bien cantaba! ¡Su pequeña y redonda barbilla daba gozo verla!

El Sr. Zacarías se encontró cortado... una ola de sangre caliente que le hacia latir el corazon como á los veinte años, corrió por sus venas. Se ruborizó, y levantándose dijo:

—Buenos dias, hermosa niña.

La muchacha se detuvo... abrió sus grandes

ojos, le reconoció... (¿quién no conocia en el pais al antiguo juez Sr. Zacarías?)

—¡Oh! dijo sonriéndose: es el Sr. Zacarías Seiler.

El viejo bajó al camino... quiso hablar, pero no balbuceó más que algunas palabras ininteligibles... como un pollo enamorado... La muchacha tambien estaba cortada. Al cabo dijo el viejo:

—¿A dónde vas por estos bosques á estas horas, querida niña?

Ella estendió el brazo, y enseñándole á lo lejos, en el fondo del valle, una casa rústica:

—Vuelvo á casa de mi padre, dijo, el guarda Yeri Foerster, que sin duda conoceis, señor juez.

—¡Cómo! ¿Eres la hija del famoso Yeri? ¡Vaya si le conozco! Es un buen sugeto. ¿Por lo visto, tú eres la pequeña Carlota de quien él me ha hablado otras veces cuando ha ido á los juicios?

—Sí, señor juez: vengo del pueblo, y vuelvo á mi casa.

—Llevas un bonito ramo, dijo el viejo.

Ella se quitó el ramo de la cintura, y se lo presentó.

—Si lo quereis, Sr. Seiler...

Zacarías se enterneció.

—Bueno, sí, dijo: lo acepto... y te acompaño. Quiero ver al buen Foerster. Ya debe estar bastante viejo.

—Poco más ó menos, tiene vuestra edad, señor juez, dijo Carlota con sencillez... de cincuenta y cinco á sesenta años.

Esta contestacion tan sencilla recogió en sí mismo al buen señor, y le tornó pensativo.

¿Qué pensaba? Nadie lo sabe: pero ¡cuántas, cuántas veces sucede que un hombre digno y bueno, aunque egoista, piensa que ha llenado todos sus deberes, y concluye por comprender que ha abandonado el principal, el más grande, el más santo, el más bello de todos, el del amor, esto es, el del sacrificio! Y cuando cae en ello, conoce que es demasiado tarde.

Pronto Zacarías y Carlota dieron la vuelta al valle, y pasaron el puente que conduce á la casa del guardabosque. Desde lejos vieron á Yeri Foerster con su ancho sombrero con escarapela roja, la vista tranquila, las mejillas tostadas y el pelo gris, sentado en un banco de piedra junto á la puerta; tenia á sus pies dos hermosos perros de caza, y encima el ancho emparrado que cubria la plazoleta.

La sombra bajaba entonces del Romelstein, y el sol al ocultarse estendia su franja de púrpura por entre los altos pinos del Alpnach.

El antiguo guarda, con los ojos penetrantes como los del águila, reconoció de lejos al señor Zacarías y á su hija, y entonces salió á su encuentro con el sombrero en la mano.

—Salud al señor juez, dijo con el acento franco y cordial del montañés. ¿Qué dichosa casualidad me proporciona el honor de tal visita?

—Sr. Yeri, respondió el pescador: se me ha

hecho un poco tarde en la montaña, y si tuviérais un sitio vacante en vuestra mesa y una cama para vuestros amigos...

—¡Ah! esclamó el guarda: aun cuando no hubiera otra en la casa, seria, no solo para el mejor, sino para el más honrado de nuestros antiguos magistrados de Stantz. ¡Ah, Sr. Seiler! ¡qué honor haceis á la humilde morada de Yeri Foerster!

Y subiendo los seis peldaños de la escalera:

—¡Cristina... Cristina...! esclamó: corre á la cueva... El señor juez Zacarías Seiler quiere descansar bajo nuestro techo.

Entonces, una mujer anciana, muy pequeñita, con la cara arrugada como una hoja de parra, pero todavía fresca y alegre, la cabeza coronada por una gran papalina con muchas cintas de seda, apareció en la puerta, y volvió á entrarse inmediatamente, murmurando:

—¡Oh! ¡Dios mio! ¡es posible! ¡el señor juez! y al momento bajó á la plazuela.

—¡Eh! ¡buenas gentes! decia el Sr. Zacarías: me haceis mucho honor... yo no pensaba...

—Si vos, señor juez, os olvidais del bien que nos habeis hecho, otros lo recuerdan.

Entonces Carlota, depositando su cesto sobre la mesa, se mostró orgullosa de haber traido tal huésped á su casa.

Sacó el azúcar, el café y todas las provisiones que habia traido del pueblo.

El juez, mirando su bonito perfil, se sintió de

nuevo trastornado: su pobre y viejo corazon saltaba dulcemente en el pecho, y parecia decirle: «¡Es preciso amar, Zacarías! ¡es preciso amar! ¡es preciso amar!»

¿Qué podré yo deciros, mis queridos amigos?

El Sr. Seiler pasó la noche en casa del guarda Yeri Foerster, olvidando lás inquietudes de Teresa, su promesa de volver antes de las siete, y sus antiguos hábitos de órden y de sumision.

Representaos la gran sala con el techo cruzado de pardas maderas; las ventanas abiertas al valle silencioso; la mesa en medio, cubierta de un hermoso mantel blanco con hilos rojos; la estrella de la lámpara alumbrando las graves figuras de Zacarías y de Yeri Foerster; la dulce fisonomía de Carlota, alegre y sonrosada, y el pequeño gorro de la Sra. Cristina, con sus anchas y temblorosas alas. Figuraos la gran sopera, de abultado y florido vientre, de donde se escapaba un vapor apetitoso; el plato de truchas adornado con perejil; los platillos cubiertos de frutas y de panales como el oro... Despues al Sr. Zacarías, haciendo obsequios á la muchacha, que bajaba los ojos agobiada por los cumplidos y las tiernas palabras del viejo.

El buen Yeri se enorgullecia de estos elogios, y la Sra. Cristina decia:

—¡Oh, señor juez; sois demasiado bueno! No sabeis cuánto cuidado nos da esta chica... ¡Es tan viva y tan testaruda cuando quiere algo! ¡Ah! La

vais á echar más á perder con vuestras palabras.

A lo cual respondia Zacarías:

—Sra. Cristina, poseeis un tesoro. Carlota merece todo lo que le digo.

Entonces Yeri, levantando su vaso, esclamó:

—¡A la salud de nuestro honrado y venerable juez el Sr. Zacarías!

Y todos bebieron.

Representaos tambien el reloj cantando las horas con voz ronca; á los perros de caza paseándose por debajo de la mesa, recogiendo los huesos y proyectando sus sombras estrañas en el suelo. Fuera, el gran silencio del bosque, el último canto de la cigarra, el vago murmullo del rio...

—¡Oh! ¡Qué dicha vivir aquí con una jóven y bonita compañera, con el pan asegurado, tranquilos, obedeciendo á su amada, un poco loquilla y caprichosa, pero alegre, á cuatro pasos del rio, para echar de cuando en cuando el anzuelo, á la sombra de las grandes selvas, donde cazaria el suegro Yeri Foerster...! ¡Qué dicha...! ¡Qué existencia...!

Así soñaba Zacarías.

Al fin, cuando oyó las once y sintió el fresco de la noche, se levantó. Era jóven. Estaba dispuesto á todo... y se encontraba con el ardor de la juventud.

—Vamos, Sr. Yeri, dijo: ya es hora de dormir. Buenas noches, y gracias, muchas gracias por vuestra hospitalidad.

—¿A qué hora os levantais, señor juez? preguntó Cristina.

—¡Oh! dijo mirando á Carlota; soy muy madrugador. Tal como me veis, querida amiga, no siento todavía la edad. Me levanto á las cinco.

—Como yo, Sr. Seiler, esclamó el guarda: yo me levanto al amanecer: pero, á decir verdad, me cuesta mucho trabajo, pues ya no soy jóven.

—¡Bah! Yo todavía no he sentido esos efectos, querido Foerster: nunca he estado más vigoroso ni más listo.

Y despues de esto, subió los altos peldaños de la escalera con verdadero desembarazo. Ciertamente, el Sr. Zacarías no tenia entonces más que veinte años; pero aquellos veinte años solo duraron un cuarto de hora: y una vez acostado en el gran lecho de plumas, arropado hasta la nariz, y envuelta la cabeza en su pañuelo, se dijo á sí mismo:

—Duerme, Zacarías, duerme: estás muy cansado, y tienes necesidad de reposo.

Y ya iba á dormirse, cuando volviendo á abrir los ojos, y soñando con Carlota, esclamó:

—¡No, ya no soy aquel! Tengo veinte años, sí; mi corazon tiene veinte años. ¡Oh! ¡No haré la locura de encerrarme en las bibliotecas, de pasar mi juventud entre las *Pandectas* y los *Comentarios* de Altia! ¡Quiero amar; quiero ser dichoso!

Y el pobre hombre se durmió profundamente, pasando en un sueño hasta las nueve. Aun hubo

necesidad de que el antiguo guarda, volviendo de su paseo matinal despues de la inspeccion de las cortas de árboles, de las redes tendidas en el rio y de los lazos de la espesura, inquieto por no verle bajar, entrase en su habitacion, dándole los buenos dias. Entonces, viendo el sol alto, y oyendo á las aves cantar entre las hojas, el juez, un poco vergonzoso por sus fanfarronadas de la víspera, se levantó, alegando las fatigas de la pesca y los escesos de la comida.

—¡Ah, Sr. Seiler! dijo el guarda: es muy natural. Tambien yo querria levantarme tarde; pero es preciso marchar, y no hay más remedio. ¿Sabeis lo que necesitaria? Un yerno jóven y robusto que me reemplazara. Le cederia con mucho gusto mi fusil y mi saco.

Zacarías no pudo ocultar la gran turbacion que le produjeron estas palabras.

Se vistió, y bajó silencioso. La buena señora Cristina lo esperaba. Carlota habia salido á los quehaceres del campo.

El almuerzo fue corto, y el señor juez, más grave, dándoles las gracias á aquellas buenas gentes, volvió á tomar el camino de Stantz, muy meditabundo y acordándose de las inquietudes que necesariamente habria esperimentado la señorita Teresa; pero no pudiendo desprenderse de sus esperanzas y de las mil ilusiones encantadoras que se habian posesionado de su alma.

Es inútil pintaros la recepcion que le hizo su digna ama de llaves, sus increpaciones y hasta su cólera. No habia dormido en toda la noche, pensando que su señor se habria ahogado en el rio: diez personas habian ido en su busca, etc.

El Sr. Seiler escuchó estas reconvenciones con la calma con que habia oido muchas veces las metáforas del abogado defensor de una causa perdida. Por lo demas, perseveró en sus escursiones, sin que las influencias de la señorita Teresa pudieran conseguir gran cosa.

Al principio del otoño habia contraido tal costumbre de ir á la casa del guarda, que se le encontraba en ella más tiempo que en la suya: y el viejo campesino, no sabiendo á qué atribuir tantas visitas, se veia muy embarazado para rehusar los presentes que el digno magistrado le suplicaba aceptase en compensacion de su diaria hospitalidad.

Ademas, el Sr. Seiler queria acompañarle en sus espediciones, seguirle á las podas y estar en todas sus escursiones al Grinderwald y al Entlibach.

Yeri Foerster, meneando la cabeza, decia algunas veces:

—En mi vida he conocido un juez mejor, ni un hombre más sabio en todas las cosas, más íntegro, más respetable que el Sr. Zacarías Seiler. Otras veces, cuando le llevaba las relaciones de lo que habia hecho, no hacia más que elogiarme,

y á él le debí mi ascenso. Pero ahora, decia á su mujer, yo creo que su cabeza no anda bien. El otro dia se empeñó en que habia de ayudarme á hacer una choza, y la hizo con un vigor y una actividad increibles. Despues se empeñó en ayudar á Carlota á traer el heno, en medio de los campesinos, que se reian de él. En verdad, Cristina, que esto no conviene á su categoría. Yo no me atrevo á decírselo, porque ¡nos hace tantos favores...! Ademas, quiere obligarme á recibir una pension; pero, ¡qué pension... cien florines mensuales! ¡Y el vestido de seda que ha regalado á Carlota para el dia de su Santo! ¿Quién se pone trajes de seda en estos valles? ¿Acaso un traje de seda cuadra bien á la hija de un guardabosque?

—¡Eh! contestaba su mujer: déjale hacer. Con un poco de miel y de leche se contenta el señor Zacarías. El se halla bien en casa, y es muy natural: en la suya vive solo con su ama de gobierno, mientras que aquí la chica cuida de él, y á él le gusta hablar con ella. ¿Quién sabe? Tal vez acabará por adoptarla, y si se muere, es posible que resulte su heredera.

El guarda, no sabiendo á qué atenerse, se encogió de hombros; su juicio natural le hacia entrever algun misterio; pero no llegaba hasta suponer la locura del pobre viejo.

Al poco tiempo, una hermosa mañana vió bajar por la cuesta de Bigelberg un carro car-

gado con tres grandes toneles de viejo vino de Rikevir.

Este era de todos los regalos que hubieran podido hacerle, el más agradable; porque á Yeri Foerster le gustaba sobre todo un vaso de buen vino.

—Esto regenera, decia con gozo.

Y cuando hubo gustado aquel, no pudo menos de esclamar:

—¡El Sr. Zacarías es verdaderamente el mejor y más honrado de los hombres! Hé aquí que viene á llenarnos la bodega. Carlota, ve á coger las flores más hermosas del jardin. Corta todas las rosas... ¿lo oyes?... los más lindos jazmines... haz un buen ramo... y cuando venga... se lo entregas tú misma. ¡Dios, qué vino! ¡Qué vigor! ¡Ah! ¡Ya tengo algunos toneles de buen vino en mi bodega! ¡Hé aquí mis deseos de veinte años! ¡Carlota!... ¡Carlota!... ¡Despáchate... que ya viene!

—Ya voy, padre; ya voy.

En efecto, el buen viejo apareció en la cuesta bajo la sombra de los pinos y avanzando con paso ligero.

Lo más lejos que Yeri Foerster pudo dirigirle la palabra, lo hizo con el vaso en la mano.

—¡A la salud del mejor hombre que conozco! ¡A la salud de nuestro bienhechor!

Y Zacarías se sonreia.

La Sra. Cristina habia ya encendido el fuego, y daba vueltas á un conejo que en él se asaba.

Los ojos del antiguo juez brillaban de satisfaccion; pero cuando vió á Carlota, con su corta basquiña anaranjada y los brazos desnudos hasta el codo, recorrer las calles del jardin cogiendo flores; cuando la vió aparecer con el gran ramo que le presentaba humildemente, y los ojos bajos, diciendo:

—Señor juez, ¿quereis aceptar este ramo que os ofrece vuestra Carlota?

Entonces un rubor súbito coloró sus venerables mejillas, y conforme ella se bajaba para tomarle la mano:

—¡Oh! No, querida niña, dijo; no... pero aceptad de vuestro amigo... de vuestro mejor amigo, el más tierno ósculo.

Y se lo dió en la frente.

El guarda se reia á carcajadas, esclamando:

—Sr. Seiler, venid á sentaros bajo esta acacia; venid á probar vuestro vino. ¡Ah! mi mujer tiene razon al decir que sois nuestro bienhechor.

El Sr. Zacarías se sentó delante de la mesa de pino, al aire libre, dejando la caña apoyada en la pared, Carlota enfrente de él, y Yeri Foerster á su derecha: se sirvió el almuerzo, y el señor juez habló de sus proyectos para el porvenir.

Habia hecho bastantes ahorros, y por su familia contaba con una fortuna muy decente. Queria comprar algunos cientos de hectáreas de bosque,

cerca del valle, y construir una casa de campo cerca del rio.

—Estaremos siempre juntos, decia Yeri Foerster; unas veces en mi casa, y otras en la vuestra.

Cristina vino á su vez, y tomó parte en la conversacion. Carlota parecia estar contenta, y Zacarías se imaginaba que era por todos comprendido.

Así corrió aquel dia; y cuando vino la noche, cuando se acabó de celebrar el Rikevir, el conejo preparado por la Sra. Cristina y los *koechlen* polvoreados de canela, el señor juez Seiler, dichoso, contento, lleno de sonrientes ilusiones, subió á su habitacion, dejando para el siguiente dia la gran declaracion, y no dudando de que seria bien acogida.

Tenia el ramo de Carlota en la mano; y cuando se encontró solo, se puso á besarlo, llorando como un verdadero niño, y esclamando:

—¡Zacarías... Zacarías... vas á ser el más feliz de los mortales... vas á rejuvenecerte, y tal vez... tal vez... si el Señor quiere... renacerás en un pequeño Zacarías, ó en una preciosa Carlota, que vendrá á jugar sobre tus rodillas, y á acariciarte con sus manecitas!

Con estos pensamientos se sentó el pobre hombre embriagado de esperanzas; estuvo soñando más de una hora con el codo apoyado en la ventana, los ojos muy abiertos, escuchando cantar

las ranas á la claridad de la luna en el silencioso valle.

Al fin se acostó á la una de la mañana, durmiéndose como un bienaventurado.

En esta época del año, los montañeses de Harberg, de Kusnacht y de los otros caseríos de alrededor, bajaban de sus montañas á tales horas á segar las yerbas del valle.

Entonces se oian sus monotonos cánticos en medio de la noche, acompañando el movimiento de las guadañas, los cascabeles de sus yuntas y las voces de los muchachos y de los mozos que turbaban aquel sublime silencio. Era una armonía estraña, sobre todo cuando la noche estaba alumbrada por la luna, y las gotas de rocío, cayendo del cielo, producian en las hojas de los árboles un general y dulce murmullo.

El Sr. Zacarías no oia nada de todo esto, porque dormia con toda su alma, cuando un puñado de garbanzos arrojados á los cristales vino á despertarle con sobresalto.

Aplicó el oido, y oyó debajo de la ventana un chicheo casi imperceptible, y tanto, que hubiera podido tomarse por el vuelo de un pájaro. Sin embargo, el corazon del viejo latió con violencia.

—¿Qué es esto? se dijo.

Despues de un largo silencio, una voz dulce y tierna esclamó:

—¡Carlota, Carlota... soy yo!

Zacarías tembló, y siguió escuchando con an-

siedad: el ramaje de la ventana se agitó contra los vidrios, y se vió subir una figura con mucha precaucion. Despues se detuvo, y miró al interior.

Entonces el viejo, indignado, se levantó y abrió la ventana, y el desconocido saltó sin meter ruido.

—No tengas miedo, Carlota; que si vengo á estas horas, es á anunciarte una buena nueva. Mi padre vendrá mañana.

Pero no recibiendo contestacion, porque Zacarías, todo tembloroso, intentaba encender luz, prosiguió:

—¿Dónde estás, Carlota?

—¡Héme aquí! dijo el viejo volviéndose pálido, y mirando á su rival.

Era un hermoso jóven, esbelto, ágil, con ojos negros y rasgados, mejillas morenas, labios encarnados, pequeño y fino bigote, y ancho sombrero, inclinado con gracia sobre la oreja.

La aparicion de Zacarías le sorprendió de manera, que quedó inmóvil.

Y como el juez levantaba la voz:

—¡En nombre del cielo, le dijo, no griteis! ¡No soy un ladron! ¡Amo á Carlota!

—¿Y ella? ¿Y ella?... dijo Zacarías.

—¡Ella me ama tambien! ¡Oh! ¡No temais nada, si sois pariente suyo! Nos hemos desposado en las fiestas de Kusnacht! ¡Los desposados del Grinderwald y del Entlibach pueden verse de

noche! Esta es la costumbre del Unterwald. Todos los suizos la conocen.

—Yeri Foerster... Yeri... el padre de Carlota, nada me habia dicho... ¡Desgraciado!

—No... El no sabia aun nuestras promesas, dijo el mozo en tono más bajo; cuando le pedí su venia el año último, me dijo que esperara, que su hija era todavía muy jóven... Entonces... nosotros nos desposamos en secreto. Pero como yo no tenia el consentimiento de Foerster... no venia por la noche... Hoy ha sido la primera vez. Veia á Carlota en el pueblo... los dias de mercado... pero el tiempo se nos hacia largo á los dos... y yo le he dado parte á mi padre, que vendrá mañana á ver á Yeri. ¡Qué quereis, señor! Sabia que esto le agradaria á Carlota; no he podido contenerme, y he venido á darle la buena noticia.

El pobre viejo cayó en una silla, y se cubrió el rostro con la mano, como abrumado por el dolor.

¡Oh! ¡Cuánto debió sufrir...! ¡Qué de amargos pensamientos debieron pasar por el alma de este hombre de bien! ¡Qué triste decepcion, despues de tantas y de tan dulces esperanzas!

En cuanto al jóven montañés, él no se consideraba todavía muy seguro: apoyado contra la pared y con los brazos cruzados sobre el pecho, decia:

—Si el viejo Foerster, que no tiene noticia de

nuestros desposorios, viene... me matará, sin duda alguna... no me dejará hablar... estoy seguro!

Y miraba hácia la puerta, aplicando el oido al menor ruido.

Al cabo de algunos momentos, Zacarías, levantando la cabeza como si saliera de un sueño, preguntó:

—¿Cómo os llamais?

—Cárlos Imant, señor.

—¿Cuál es vuestro estado?

—Mi padre espera obtener para mí su plaza de guardabosque de Grinderwald.

Hubo un largo silencio: Zacarías miró al apuesto jóven con ojos de envidia.

—¿Ella os ama mucho, no es verdad? replicó con voz entrecortada.

—¡Oh! Sí, señor; nos amamos mucho.

Entonces él, dejando caer la vista sobre sus delgadas piernas y sobre sus manos surcadas por gruesas venas, murmuró con voz entrecortada:

—¡Sí... ella debe amarle!... ¡Es jóven... es gallardo!...

Y su cabeza se dobló agobiada.

De pronto se levantó tembloroso, y fue á abrir la ventana.

—Jóven, sois muy culpable... Jamás podeis imaginar el mal que habeis hecho: os falta obtener el consentimiento de Yeri Foerster... ¡Pero,

idos... idos pronto... ya tendreis noticias de mí!...

El jóven montañés no esperó á que le repitiera la invitacion. De un salto se puso en el camino, y desapareció con rapidez detras de los grandes árboles.

—¡Pobre, pobre Zacarías...! murmuraba el buen viejo. ¡Hé aquí que te han robado tus ilusiones!

Y se volvió á acostar, sollozando y tapándose la cabeza con la ropa de su cama para no ser oido.

A las siete se habia calmado un poco, y despues de lavarse los ojos bajó á la sala.

Yeri Foerster, su mujer y Carlota le esperaban ya para almorzar.

El viejo apartó los ojos de la bella campesina, se adelantó hacia el guarda, y le dijo:

—Amigo mio: tengo que pediros una cosa. Conoceis al hijo del guarda-bosque de Grinderwald... ¿no es verdad?

—Cárlos Imant... Sí, señor juez.

—Es un buen muchacho... y creo que... de buena conducta.

—Tambien lo creo así, Sr. Seiler.

—¿Tiene las condiciones necesarias para suceder á su padre?

—Sí; tiene veintiun años, conoce el procedimiento de las cortas y la naturaleza de los bosques... Sabe leer, escribir y... Pero esto no basta... necesita proteccion.

—Pues bien, Yerí; yo conservo alguna influencia en la administracion superior de aguas y de montes. De aquí á quince dias ó á tres semanas Cárlos Imant será guardabosque de Grinderwald... y os pido la mano de Carlota para este apuesto y escelente jóven.

Al llegar aquí, Carlota, que desde el principio se habia puesto como la grana, y que temblaba como la hoja en el árbol, dió un grito, y cayó en los brazos de su madre.

El antiguo guarda se volvió, y mirándola con ojos severos, dijo:

—¿Qué es eso, Carlota? ¿Rehusas?

—¡Oh! no, padre mio; no.

—En buen hora; porque yo... ¡yo no puedo rehusar nada que proceda del Sr. Zacarías...! Ven aquí, y da las gracias á tu bienhechor.

Carlota corrió á él, y el buen viejo, atreviéndose entonces á oprimirla contra su corazon, la tuvo así un buen espacio de tiempo, con los ojos anegados en lágrimas.

Despues, alegando la peticion que tenia que hacer con urgencia, se puso en camino, sin llevar en su saco más que un pedazo de pan para desayunarse.

A los quince dias, Cárlos Imant recibia el nombramiento de guarda, en reemplazo de su padre, y ocho despues se casaba con Carlota.

Los convidados bebieron del viejo vino de Rikevir, tan estimado por Yeri Foerster, y que

parecia que habia llegado de exprofeso para las circunstancias.

El Sr. Zacarías Seiler no pudo asistir á la boda, porque estaba indispuesto. Despues, rara vez pescaba, y cuando lo hacia iba á Brunnen... hácia el lago... al otro lado de la montaña.

ENTRE DOS VINOS.

ENTRE DOS VINOS.

ENTRE DOS VINOS.

Durante la Misa del Gallo de 1847 en Phalsbourg, el secretario del juzgado de paz Conrado Spitz y yo, nos bebimos el tercer vaso de ponche en el café Schweitzer, cerca de la puerta de Alemania.

Las campanas habian cesado de tocar: todo el mundo estaba en la iglesia hacia un cuarto de hora; la viuda Schweitzer, antes de marcharse, habia apagado los quinqués; la vela puesta entre Spitz y yo alumbraba vagamente un ángulo del billar y nuestros vasos; lo demas se perdia en la sombra. La criada Gredel hablaba en voz baja en la cocina con un trompeta de húsares, y nosotros habiamos oido rodar una silla en medio de aquel silencio.

En el mismo momento me dijo el secretario:

—¿En qué consiste, mi querido Sr. Vanderbach, que á esta hora escandalosa... sin haber

sido arrojados de nuestro sitio del café Schweitzer, nos encontramos en casa de Holbein el tejedor, al fin de la calle de los Graneros y de las antiguas carnicerías?

Estas palabras me admiraron... Miré á mi alrededor, y reconocí que en efecto estábamos sentados en una habitación tan baja de techo, que casi tocábamos con la cabeza en las ahumadas vigas. Las vidrieras emplomadas casi estaban cubiertas por la nieve; un telar de tejedor en forma de armario, madejas de cáñamo colgadas en el techo, un torno de hilar, una devanadera, lanzaderas, un baul viejo, cama con colgadura de percal gris, un antiguo sillon con asiento de cuero, bruñido como vacía de barbero, tres sillas desvencijadas, dos tarros en un vasar, una Vírgen de yeso en el fondo de un nicho, cuerdas de bramante puestas en todos sentidos, y de las que pendian trapos, medias viejas y lienzos desfilachados. Hé aquí lo que se veia en este estremo del mundo, de diez pies de ancho y cinco de alto. Las medias caian sobre mis narices, y las cuerdas se cruzaban á nuestro alrededor como telas de araña. Finalmente, entre el baul y el pie de la cama, habia una peluca amarillenta, que al mirarla atentamente me pareció la del abuelo Holbein, caida allí hacia quince años, y que dormia aun tranquilamente, más amarilla y más arrugada que una momia de tiempos de Sesostris.

Pero lo que más me admiró fue que, volviéndome hácia Conrado Spitz para atestiguarle mi sorpresa, me encontré frente á frente de una urraca vieja, puesta en el palo de la silla del secretario... con el pico derecho, la cabeza metida en el cuello, los ojos cubiertos de una tela blanca que levantaba de tiempo en tiempo, y sus pequeñas y secas patas negras clavadas en la carcomida madera. Estaba inmóvil y pensativa.

Yo comprendí inmediatamente que Spitz, conocido por su carácter burlon, se habia trasformado en urraca para reirse de mi confusion: nada más natural; se habia aprovechado del momento en que volví la cabeza... Por lo demas, su trage negro, su corbata blanca, sus manos pequeñas y nerviosas, le facilitaban grandes recursos para tal trasformacion.

—¡Oh, compañero! le dije: si piensas reirte de mi embarazo... te has equivocado... No seré yo quien me admire de tales cosas... En mi niñez he oido contar muchas historias semejantes.

—No es por eso por lo que he tomado esta forma, me contestó; sino porque me es más cómoda. Las sillas tienen el asiento muy duro, y no me encuentro bien en ellas. En este palo, que parece que se ha hecho espresamente para mí... estoy mucho mejor.

Comprendí que sus razones podian ser buenas. Sin embargo, la nueva fisonomía me pareció por estremo rara, y le miré con singular

curiosidad. Su pico de un negro brillante, las niñas de sus ojos brillantes tambien como la ágata, su actitud pensativa, y ademas el fondo de la habitacion atravesado por cuerdas inestricables, y cierto olor indefinible á humedad... me conducian al éstasis por caminos bien vulgares.

—Conrado, le dije, disimulando mis verdaderos pensamientos: me admira que Holbein, su mujer y su hija la tuerta abandonen la casa á media noche... porque, al fin, si nosotros no fuéramos honrados, si no formáramos parte de la magistratura, podríamos muy bien llevarnos esas madejas de cáñamo, esa pieza de tela, esa Vírgen de yeso... é igualmente el torno, el baul y todo lo demas... ¡Hay tantos bribones en el mundo!

—¡Oh...! me contestó; estoy yo aquí para guardar la casa.

Esto fue para mí un rayo de luz. Yo habia visto con frecuencia en la puerta de la casa y en las ventanas, á flor de tierra, una urraca... Habia mirado siempre á este animal con tan vaga desconfianza como á la madre de Holbein, la de las manos surcadas por gruesas y azuladas venas, la del rostro cóncavo y ojos llorosos... la de los cabellos más blancos que el lino.

—¡Eh! me decia la vieja moviendo la cabeza; mirais mi pájaro... quisiérais que fuera vuestro... lo comprendo; ¡pero es parte de la familia!

Entonces ya no dudé que la urraca era el

mismo Conrado Spitz: el secretario iba allí á descansar de sus fatigas, viéndose tan bien acogido por aquellas buenas gentes.

Comuniqué mi suposicion á la urraca, y me contestó:

—Sr. Vanderbach, sois más perspicaz de lo que yo pensaba. En efecto, soy yo. ¿Qué quereis? La vieja Úrsula me cuida bien: ella se privaria de las cosas, antes que á mí me faltaran... Cada cuál tiene sus caprichos.

Seguimos hablando así, hasta que las voces de Holbein, de su mujer y de su hija se dejaron oir en la calle.

Atravesaron la plaza cubierta de nieve, mientras que las campanas anunciaban el fin de la Misa.

Holbein bajó los tres escalones de su casa, gritando:

—¡Orchel, te has olvidado de cerrar la puerta! ¡El diablo cargue contigo! ¡Probablemente nos habrán robado!

Entró, y viéndome sentado enfrente de la lámpara, esclamó:

—¡Ah! ¡Está aquí el Sr. Vanderbach!

Despues la vieja, con un libro de oraciones, y la hija sacudiéndose la nieve pegada á los bajos de su vestido, entraron, saludándome una tras otra.

—Dios os bendiga.

La urraca voló á ponerse en la espalda de la

vieja, y Holbein, mirándome, dijo á su mujer:

—¡Eh, eh, eh! ¡El buen Sr. Vanderbach! ¿Cómo diablos ha venido aquí? Tiene trazas de haber cometido algun escesillo.

—Sí, dijo la mujer; llévale á su casa.

—Vamos, señor... dijo el tejedor; es ya muy tarde... Tomad mi brazo.

—¡Oh, no! volveré solo, le respondí.

—Es lo mismo, es lo mismo... Hacedme el favor de apoyaros un poco.

Salimos á la calle, y habia dos pies de nieve.

—¿Y mi amigo Spitz? le pregunté.

—¿Quién, Spitz?

—¡El secretario! ¡La urraca!

—¡Ah! Sí, sí; ya os comprendo... La urraca va á dormir... ¿Habeis hablado con ella...? ¡Es un animal muy inteligente.

El buen Holbein me condujo hasta la puerta de mi casa. Mi criada, que me esperaba con ansiedad, le dió las gracias.

Aquella noche dormí como un bienaventurado.

Al dia siguiente, cuando encontré á Spitz, no se acordaba de nada: suponia que yo habia salido solo del café, y habia entrado dando traspiés en casa de Holbein. Por lo demas, nunca quiso convenir en su trasformacion, y, lo que es más raro, se empeñaba en que todo habia sido efecto... de mi borrachera.

¡Calumniador!

EL RELOJ DEL PREBOSTE.

EL RELOJ DEL PREBOSTE.

EL RELOJ DEL PREBOSTE.

I.

La víspera del dia de año nuevo de 1832, mi amigo Wilfrid, con su contrabajo de aspa, y yo con mi violin al brazo, íbamos por la Selva Negra á Heidelberg. Habia caido una nevada estraordinaria: en todo lo que alcanzaba nuestra vista sobre la inmensa llanura desierta, no se descubria una señal de carretera, camino ó senda. El cierzo silbaba con ruido estridente y monotona persistencia, y Wilfrid, con el morral sobre su débil espalda, sus largas piernas de garza y la visera de su gorra bajando hasta la nariz, marchaba delante de mí tarareando un aire alegre sobre motivos de la *Ondina*. Algunas veces se volvia con gesto burlon, y decia:

—Camarada, toca el wals de *Robin*, que quiero bailar.

Una carcajada seguia á estas palabras, y el buen mancebo continuaba su camino con más ardor. A mí se me embotaba el paso en la nieve, y sentia que me entregaba insensiblemente á la melancolía.

Las alturas de Heidelberg empezaban á dibujarse al fin del horizonte, y esperábamos llegar antes de que cerrara la noche, cuando oimos tras de nosotros el galopar de un caballo. Serian sobre las cinco de la tarde, y anchos copos de nieve oscurecian el aire. Bien pronto se puso el caballero á veinte pasos de nosotros. Detuvo su caballo, observándonos de reojo; nosotros tambien lo miramos con cuidado.

Figuraos un hombre grueso, de barba y cabellos rojos, cubierto con un soberbio tricornio, capota parda, y sobre ella flotando una hermosa piel de zorra, las manos metidas en guantes que le subian hasta los codos, y una buena maleta sobre la grupa de su vigoroso caballo; algo era semejante á regidor, burgomaestre de gran panza, ó cosa parecida. En fin, un verdadero personaje.

—¡Hola, muchachos! dijo sacando una de sus manos de los grandes bolsillos; ¿sin duda vamos á Heidelberg á dar música, eh?

Wilfrid miró al viajero de reojo, y contestó bruscamente:

—¿Os interesa saberlo, señor?

—¡Oh, sí...! porque tengo que daros un buen consejo.

—¿Un consejo?

—Si es que no os oponeis á ello.

Wilfrid alargó el paso sin contestar, y por mi parte noté que el viajero tenia exactamente la cara de un gato grande; las orejas separadas de la cabeza, los párpados casi cerrados, los pelos del bigote casi rectos, y el aspecto mezclado de ternura y ferocidad.

—Mi querido amigo, continuó dirigiéndose á mí; francamente, haríais bien en desandar el camino de donde venís.

—¿Por qué, señor?

—El ilustre maestro Pimenti, de Novara, acaba de anunciar un gran concierto en Heidelberg para el dia de año nuevo: todo el mundo irá allí, y vosotros no ganareis un kreutzer.

Pero Wilfrid, volviéndose de mal humor, le replicó:

—Nosotros nos reimos de vuestro maestro y de todos los Pimenti del mundo. ¡Mirad á este jóven, miradle bien! Todavía no tiene pelo de barba; jamás ha tocado más que en los pequeños *bouchons* de la Selva Negra, para que bailen los *bourengredel* y los carboneros. Pues bien: este jóven con sus largos bucles rubios y sus grandes ojos azules desafía á todos vuestros charlatanes italianos. Su mano izquierda encierra tesoros de

melodía, de gracia y de flexibilidad, y con su derecha pone el arco con tal perfeccion, que á nadie antes que á él ha otorgado el Señor esa gracia.

—¡Hombre! ¿Y eso es cierto?

—Como os lo digo, contestó Wilfrid acelerando el paso y soplándose sus amoratadas uñas.

Creí que queria burlarse del viajero, que nos seguia siempre á trote corto.

Así marchamos en silencio como media legua: de pronto el desconocido nos dijo con voz brusca:

—Cualquiera que sea vuestro mérito, volveos á la Selva Negra; en Heidelberg tenemos ya bastantes vagabundos, sin que vengais vosotros á aumentar su número. Os doy un buen consejo; sobre todo en las presentes circunstancias, aprovechadlo.

Wilfrid, indignado, iba á contestarle; pero habia tomado el galope, y atravesaba ya el camino del Elector. Una inmensa banda de cuervos acababa de levantarse en la llanura, y parecian seguir al hombre gordo, llenando el aire con sus desagradables clamores.

Llegamos á Heidelberg á las siete de la tarde, y, en efecto, vimos el magnífico anuncio de Pimenti en todas las esquinas del pueblo: *Gran concierto, solo*, etc., etc.

Aquella misma noche, recorriendo las cervecerías de los teólogos y de los filósofos, nos en-

contramos muchos músicos de la Selva Negra, antiguos camaradas, que nos contrataron en su orquesta. Allí estaba el viejo Brémer, el violonchelista; sus dos hijos Ludwig y Karl, dos buenos segundos violines; Heinrich Siebel, clarinete; Berta, con su arpa; Wilfrid, con su contrabajo, y yo, como primer violin.

Convinimos en ir todos juntos, y seguir así aun pasado el año nuevo. Wilfrid habia ya alquilado para los dos una habitacion en el sesto piso de la pequeña hostería de *La Pata de Cabra*, en medio de la Holdergasse, por cuatro kreutzers cada noche. Hablando con propiedad, nuestra habitacion era un granero; pero por fortuna habia en ella un horno, que encendimos para secarnos.

Conforme estábamos sentados tranquilamente ocupándonos en asar castañas y beber un vaso de vino, apareció Anita, la criada de la hospedería, con su basquiña corta anaranjada y su toca de terciopelo negro, las mejillas sonrosadas y los labios rojos como un manojo de cerezas. Anita subió los escalones de cuatro en cuatro, llamó á la puerta, y vino alborozada á darme un apreton de manos.

Yo conocia á esta gentil muchacha hacia ya mucho tiempo; éramos del mismo pueblo, y, para decíroslo todo, sus ojos socarrones y su aire resuelto me habian cautivado el corazon.

—Vengo á hablar un momento contigo, me

dijo, sentándose en un banco. Te he visto subir hace poco, y héme aquí.

Entonces se puso á charlar, preguntándome cosas de este y del otro, y, por fin, de todo el pueblo: apenas me dejaba tiempo para contestarle. Algunas veces se detenia y me miraba con ternura inesplicable. Así hubiéramos estado hasta el dia siguiente, si la Sra. Gredel Dick no hubiera gritado desde la escalera:

—¡Anita, Anita! ¿Bajas ó no?

—¡Ya voy, señora, ya voy! dijo la pobre muchacha, levantándose muy sorprendida.

Me dió una palmadita en el hombro, y se lanzó hácia la puerta; pero en el momento de salir, se detuvo.

—¡Ah! esclamó volviendo: me olvidaba deciros... ¿no habeis sabido...?

—¿Qué?

—¡La muerte del rector Zahn!

—¿Y qué nos importa eso?

—Sí, pero tened cuidado; tened cuidado de que vuestros papeles estén en regla. Mañana, á las ocho, vendrán á pedíroslos. Desde hace quince dias muchas gentes son detenidas. El rector ha sido asesinado en la biblioteca del claustro de San Cristóbal ayer noche. ¡La semana última fue asesinado de la misma manera el viejo enterrador Ulmet Elías, en la calle de los Judíos! ¡Hace algunos dias que mataron al mercader de ágatas, Seligmann, y á la vieja Cristina Hâas, en la calle

de Durlach! Así, pues, amigo Kasper, anda con cuidado, y mira si están tus papeles corrientes.

Mientras decia esto, seguian los gritos de la escalera:

—¡Anita, Anita! ¿Bajas ó no? ¡Ah descuidada! ¡Me dejas sola!

Y al mismo tiempo se oian las voces de los bebedores que pedian vino, cerveza, jamon, salchichon, etc. Era preciso bajar, y Anita bajó con la misma celeridad que habia subido, respondiendo con voz dulce:

—¿Qué ocurre, señora, para gritar de esa suerte? ¡Cualquiera pensaria que hay fuego en la casa!

Wilfrid fue á cerrar la puerta, y volviendo á su asiento, ambos nos miramos con bastante inquietud.

—Malas nuevas, dijo: ¿tus papeles están en regla?

—Sí, por cierto: y se los enseñé.

—Tambien los mios han sido revisados antes de venir; pero, de todas maneras, esos asesinatos nada bueno nos anuncian. Temo que no vamos á hacer negocio. Muchas familias están de luto, y las que no, los disgustos, las cavilaciones, las inquietudes...

—¡Bah! Tú lo ves todo negro, le dije.

Continuamos hablando de estos estraños acontecimientos hasta despues de media noche. El fuego alumbraba un ángulo de la habitacion, y en

él la ventana en forma de escuadra con tres vidrios rajados, el jergon estendido, las negras vigas apuntaladas de trecho en trecho y la mesa de pino proyectando su sombra en el suelo carcomido. De tiempo en tiempo, una rata atraida por el calor cruzaba como una flecha á lo largo de la pared. El viento silbaba en las altas chimeneas y barria el polvo de la nieve de los tejados. Yo pensaba en Anita... El silencio se habia restablecido.

De pronto Wilfrid esclamó:

—Ya es tiempo de dormir; pon un leño en el fuego, y acostémonos.

—Sí, es lo mejor que podemos hacer.

Y diciendo esto, me quité las botas, y dos minutos despues estábamos tendidos en el jergon, arropados hasta las narices, y con un gran palo por almohada. Wilfrid no tardó en dormirse; la luz del hogar ardia y se apagaba por intermitencias. El viento soplaba cada vez más... y soñando... me dormí tambien como un bienaventurado. A las dos de la mañana un ruido inesplicable me despertó: primero pensé que era un gato que corria por los tejados; pero habiendo aplicado el oido, mi incertidumbre no duró mucho: alguien andaba sobre nuestro techo.

Empujé á Wilfrid con el codo para despertarle.

—¡Silencio! me contestó apretándome la mano.

El lo habia oido como yo. La lumbre lanzaba entonces sus últimos resplandores, que se movian

en la decrépita pared. Iba ya á levantarme, cuando de un solo golpe, la ventana, cerrada solamente por un pedazo de astilla, fue empujada y se abrió: una cabeza pálida, con los cabellos rojos, los ojos fosforescentes y las mejillas temblorosas, apareció... mirando al interior. Nuestro estremecimiento fue tal, que ni fuerzas tuvimos para lanzar un grito. El hombre metió por la ventana una pierna, despues la otra, y descendió al granero con tanta precaucion, que ni el más leve ruido se oyó bajo sus pasos.

Este hombre, ancho y redondo de espaldas, pequeño, regordete, con el rostro crispado como el de un tigre en lucha, no era otro que el bonachon personaje que tan escelentes consejos nos habia dado en el camino de Heidelberg. Entonces su fisonomía nos pareció por completo cambiada. A pesar del escesivo frio, venia en mangas de camisa, y no traia más que unos calzones sencillos sujetos á la cintura, medias de lana y zapatos con hebilla de plata: un ancho cuchillo manchado de sangre brillaba en su mano.

Wilfrid y yo nos creimos perdidos... pero él parecia no habernos visto en la sombra oblicua de la buhardilla, por más que la llama se hubiese reanimado impulsada por el aire glacial de la ventana. Se recostó en un banco, empezando á tiritar de una manera estraña. De pronto sus ojos, de un verde amarillento, se detuvieron en mí... Sus narices se dilataron, y me miró fija-

mente más de un minuto. No tenia yo gota de sangre en las venas. Despues, volviéndose hácia el fuego, tosió con voz ronca, parecida á la del gato, sin que se estremeciera ni un solo músculo de su rostro.

Sacó de un bolsillo de sus calzones un gran reloj: hizo el gesto del hombre que mira la hora, y, fuera por distraccion ó por otro motivo, dejó el reloj sobre la mesa. Despues, levantándose con poca seguridad, miró por la ventana, pareció dudar, y salió por la puerta, dejándola abierta de par en par.

Me levanté inmediatamente para echar el cerrojo; pero ya los pasos del hombre se oian en la escalera, dos pisos más bajo. Una curiosidad invencible se sobrepuso á mi terror, y como le oyese abrir una ventana que daba al patio, me incliné hácia la de la escalera que se abria sobre él. El patio desde esta altura era profundo como un pozo; una pared de cincuenta á sesenta pies de altura le dividia en dos. A la derecha de esta pared estaba el del salchichero; á la izquierda el de la hostería de *La Pata de Cabra*: se veia cubierto de musgo húmedo y de esa rara vegetacion que se produce en la sombra. El muro de division partia de la ventana que el asesino acababa de abrir, y se estendia en línea recta sobre el tejado de una sombría casa levantada á espaldas de la Bergstrasse. Como la luna brillaba á traves de las grandes nubes cargadas

de nieve, vi todo esto con una ojeada, y temblé al contemplar al hombre huir por el borde de la muralla, con la cabeza inclinada adelante y el ancho cuchillo en la mano, mientras que soplaba el viento con lúgubres silbidos.

Llegó al tejado de enfrente, y desapareció por una ventana.

Yo creí que soñaba. Durante algunos minutos me quedé allí con la boca abierta, el pecho desnudo, los cabellos flotantes bajo el menudo granizo que caia del techo. Por último, volviendo de mi estupor, me retiré á nuestra habitacion, y encontré á Wilfrid, que me miraba espantado, murmurando una oracion en voz baja. Entonces me apresuré á poner leña en el fuego y á cerrar la puerta.

—¿Qué has visto? preguntó mi camarada levantándose.

—¿Qué he visto? le contesté: que por ahora nos hemos salvado. Si ese hombre no ha reparado en nosotros, ha sido un milagro patente de Dios.

—¡Si, replicó, sí...! Es uno de los asesinos de que hablaba Anita... ¡Dios mio... qué cara... y qué cuchillo...!

Y volvió á caer sobre el jergon. Yo vacié de un trago el vino que quedaba en el tarro, y como el fuego se habia reanimado de nuevo, esparciendo su calor por la habitacion, y el cerrojo me pareció muy sólido, volví á recobrar mis ánimos.

Y, sin embargo, el reloj estaba allí, el hombre podia volver á buscarlo. ¡Esta idea nos helaba de espanto!

—¿Qué vamos á hacer? dijo Wilfrid. Lo más corto seria volver á tomar el camino de la Selva Negra.

—¿Por qué?

—¡No tengo ya ganas de tocar el contrabajo; arréglate tú como quieras!

—¿Pero por qué? ¿Qué nos obliga á partir? ¿Acaso hemos cometido algun crímen?

—Habla bajo... habla bajo... dijo; solamente esa palabra oida por algun estraño, seria bastante para que nos colgaran. Los pobres diablos como nosotros son buenos para servir de ejemplo á los demas; y cuando cometen un crímen, no se les concede mucho tiempo. Bastaria que se encontrara aquí este reloj...

—Escucha, Wilfrid, le dije: lo primero es no perder la serenidad. Doy por supuesto que esta noche se ha cometido un crímen en el barrio... Así lo creo... y es muy probable que así haya sucedido... pero en tales circunstancias, ¿qué debe hacer un hombre honrado? En lugar de huir, debe ayudar á la justicia... debe...

—¿Y cómo, cómo se le ayuda?

—Lo más sencillo es tomar el reloj y ponerlo en manos del juez, contándole lo que ha pasado.

—Nunca... jamás me atreveré yo á tocar ese reloj.

—¡Bien! Yo iré. Ahora acostémonos, y procuremos dormir, si es posible.

—Yo no tengo sueño.

—Entonces, hablemos... Enciende tu pipa, y esperemos el dia... Aun habrá gente en la cervecería... y si quieres bajaremos.

—Prefiero estarme aquí.

—¡Sea!

Y volvimos á tomar asiento al lado del fuego. Al dia siguiente, cuando amaneció, fuí á coger el reloj, que estaba sobre la mesa. Era una hermosa pieza de doble esfera; una señalaba las horas, y la otra los segundos. Wilfrid me parecia más tranquilo.

—Kasper, me dijo: despues de bien pensado, me parece mejor que yo vaya á ver al juez. Tú eres demasiado jóven para tales asuntos. Te esplicarias mal, y...

—Como tú quieras.

—Sí, pareceria raro que un hombre de mi edad mandara á un niño.

—Bien... bien... lo entiendo perfectamente, Wilfrid.

Tomó el reloj, y noté que solo su amor propio le inducia á esta resolucion. Se hubiera sonrojado sin duda alguna ante sus compañeros de mostrar menos valor que yo.

Bajamos de nuestro cuarto muy meditabundos. Atravesamos la calle que desemboca en la de San Cristóbal; oimos el sonido de los vasos y de

los tenedores... Yo conocí la voz del viejo Brêmer y de sus dos hijos Ludwig y Karl.

—A fe mia, dije, que no haríamos mal en tomar algo antes de ir al negocio del juez.

Y al mismo tiempo empujé la puerta de la sala. Todos nuestros compañeros estaban allí. Los violines y los cuernos de caza colgados en la pared, y el arpa en un rincon. Fuimos acogidos con muestras de alegría, y se apresuraron á dejarnos sitio en la mesa.

—¡Ah! dijo el viejo Brêmer: buen dia, camaradas... ¡Mucho viento...! ¡Mucha nieve...! Todas las cervecerías estarán llenas de gente. ¡Cada copo que se ve por el aire, vale un florin para nuestro bolsillo!

Ví á mi Anita, fresca, ágil, animándome con sus ojos y sus labios, que sonreian de amor. Esto me dió más valor. Las mejores lonchas de jamon eran para mí, y cada vez que ella venia á poner á mi lado un vaso de vino, su dulce mano se apoyaba con espresion sobre mi espalda. ¡Oh! ¡cómo saltaba mi corazon pensando en las castañas que habiamos asado juntos la noche anterior! Sin embargo, la figura pálida del asesino pasaba de tiempo en tiempo ante mis ojos, y me hacia estremecer. Miré á Wilfrid, y estaba muy meditabundo. En fin, á las ocho, nuestra compañía iba á ponerse en marcha, cuando se abrió la puerta, y tres alguaciles de rostro aplomado y ojos brillantes como las ratas, con sombrero in-

forme, y seguidos por otros muchos de la misma especie, se presentaron en la cervecería. Uno de ellos, de nariz larga y retorcida, con un enorme rompe-cabezas colgado de la muñeca, se adelantó diciendo:

—¡Vuestros papeles, señores!

Cada cuál se apresuró á contestar á la pregunta. Desgraciadamente Wilfrid, que se hallaba de pie, fue acometido de un temblor repentino, y como el agente de policía tenia la vista esperimentada, suspendió la lectura para observarle con mirada equívoca, al tiempo que el reloj sonaba en su bolsillo: el agente de policía dió un golpecito á mi camarada, y le dijo:

—¡Hola! Parece que eso os molesta, ¿eh?

Entonces Wilfrid cometió su mayor debilidad, con estupefaccion de todos los compañeros, dejándose caer sobre un banco, pálido como la muerte; y Madoc, jefe de la policía, sin inconveniente alguno, sacó del bolsillo de Wilfrid el reloj, lanzando una maligna carcajada. Pero apenas lo hubo mirado, se tornó grave, y volviéndose á los agentes:

—¡Nadie salga de aquí! esclamó con voz terrible. Ya tenemos la cuadrilla. Hé aquí el reloj del preboste Daniel Van der Berg... ¡Atencion...! ¡las esposas!

Estas palabras nos penetraron hasta la medula de los huesos. Un tumulto espantoso se armó entonces. Yo, viéndonos perdidos, me senté

sobre un banco cerca de la pared, y cuando encadenaban al pobre viejo Brêmer, á su hijo Henrich y á Wilfrid, que sollozaban y protestaban... sentí una mano que con dulzura se deslizaba por mi cuello... la mano de mi tierna Anita, en que yo imprimí mis labios como último adios. Pero ella, cogiéndome por la oreja, me arrastró lentamente. Ví la puerta de la bodega abierta junto á la mesa, y me dejé caer... La puerta se cerró.

Todo esto fue cosa de un segundo, en medio de aquella baraunda.

Al poco tiempo apenas se oia ya ruido sobre mi agujero... despues todo quedó en silencio. ¡Pero se habian llevado á mis pobres compañeros! La vieja Gredel Dick lanzaba gritos de pavor en su cervecería, diciendo que la hostería de *La Pata de Cabra* estaba deshonrada.

Dejo á vuestro juicio las reflexiones que pasaron por mí durante todo el dia, acurrucado detras de una tinaja, con los riñones encorvados, las piernas plegadas bajo el cuerpo... pensando en si bajaria á la cueva algun perro... ó si la cervecera tendria el capricho de venir ella misma á la tinaja; si esta se desocuparia durante el dia, y si seria preciso poner otra; en fin, en que cualquier casualidad que ocurriera podria perderme.

Todas estas ideas y otras mil pasaban por mi cabeza. Me representaba al viejo Brêmer, á Wilfrid, á Karl, á Ludwig y á Berta colgados en el

mercado del Harberg, rodeados de cuervos que se nutrian á espensas suyas. ¡Los cabelles se me ponian de punta!

Anita, no menos turbada que yo, por esceso de prudencia cerraba la puerta cada vez que subia de la bodega. Yo oia gritar á la vieja:

—¡Pero, muchacha, deja esa puerta! ¿No ves que pierdes el tiempo en abrirla y cerrarla?

Entonces la puerta quedó entreabierta, y desde el fondo de la sombra vi las mesas poblarse de nuevos bebedores. Oí gritos, discusiones, historias sin fin sobre la partida de malhechores.

—¡Oh! ¡Malvados! decia uno. ¡Gracias al cielo ya están cogidos! ¡Qué azote para Heidelberg! Nadie se atreve á transitar por las calles desde hace diez horas... El comercio paralizado. Por fortuna, dentro de quince dias todo volverá á estar en órden.

—Ved esos músicos de la Selva Negra, esclamaba otro... son una cuadrilla de bandidos... se introducen en las casas con el pretesto de la música: observan las cerraduras, los cofres, los armarios, las salidas; y despues, una mañana se sabe que al Sr. Tal le han cortado el cuello en su cama; que su mujer ha sido asesinada, sus hijos estrangulados, la casa robada; que se le ha pegado fuego á la granja, ú otras cosas por el estilo. ¡Qué miserables! Todos debian ser ahorcados sin misericordia... Así quedaria tranquilo el pais.

—Todo el pueblo irá á verlos ahorcar, decia la Sra. Gredel... ¡Será el dia mejor de mi vida!

—Pues sabed que sin el reloj del preboste Daniel, jamás se hubiera podido dar con la pista. Ayer noche desapareció el reloj. Esta mañana el Sr. Daniel ha dado las señas á la policía; una hora despues, Madoc echaba mano á toda la comparsa.

Y todos se reian á carcajadas. La vergüenza, la indignacion, el miedo, me hacian temblar á cada momento.

Por fin vino la noche. Solamente algunos bebedores quedaron en la mesa. Habian pasado en vela la anterior, y yo oia á la propietaria que murmuraba:

—¡Ah, Dios mio! ¿Cuándo nos podremos acostar?

Una sola luz quedaba encendida en la sala.

—Id á dormir, señora, dijo la dulce voz de Anita: yo me quedaré sola hasta que los señores se vayan.

Algunos borrachos comprendieron esta invitacion, y se marcharon; no quedaba más que uno dormido enfrente de su vaso. El watchman vino á pasar revista, le despertó, y le hizo salir, gruñendo y tambaleándose.

—Gracias á Dios, me dije, ya se fue; esto es menos malo. La Sra. Gredel se irá á dormir, y Anita no tardará en ponerme en salvo.

Con este agradable pensamiento me preparaba

ya á estirar las piernas, cuando llegaron á mis oidos estas palabras de la cervecera:

—Anita, ve á cerrar, y no te olvides de echar la barra. Yo bajo á la cueva.

Parecia que ella tenia esta laudable costumbre, para asegurarse de que todo estaba en órden.

—Pero, señora, balbuceó la muchacha; la tinaja no está vacía: no teneis necesidad...

—Métete en tus negocios, interrumpió la obesa Gredel, cuya palmatoria brillaba ya en la escalera.

No tuve tiempo para volver á replegarme detras de aquel mueble. La vieja encorvada bajo la bodega iba recorriendo todos los escondrijos, y yo la oia murmurar:

—¡Oh, la descuidada! ¡Cómo deja correr el vino! Aguarda, aguarda un poco, que yo te enseñaré á cerrar mejor las espitas. ¡Hase visto mayor abandono!

La luz proyectaba sus sombras contra el muro, y yo me acurrucaba lo más que podia.

De pronto, y en el momento que yo daba por terminada la visita, la oí exhalar un suspiro... pero un suspiro tan prolongado y tan lúgubre, que inmediatamente me ocurrió la idea de que acontecia algo estraordinario. Aventuré un ojo lo menos que pude: ¿y qué fue lo que entonces vi? La Sra. Gredel Dick, con la boca abierta, los ojos fuera de la cabeza, contemplaba por un lado de la tinaja tras de la que yo estaba inmóvil, uno

de mis pies: ella se imaginó sin duda haber descubierto al jefe de los bandidos, oculto allí para degollarla durante la noche. Mi resolucion fue pronta, y me levanté, diciendo:

—¡Señora, en nombre del cielo! ¡Tened piedad de mí...! Yo soy...

Pero entonces ella, sin mirarme, sin escucharme, se puso á dar tremendos gritos, gritos que desgarraban los oidos, tratando de ganar la escalera con la celeridad que le permitia su corpulencia. Por mi parte, poseido de un terror inesplicable, la cogí del vestido, para suplicarle de rodillas. Pero esto fue todavía peor.

—¡Socorro! ¡Al asesino! ¡Oh! ¡Ah, Dios mio! ¡Dejadme! ¡Tomad mi dinero! ¡Oh! ¡Oh!

Esto era espantoso... Yo hubiera querido decirle: ¡Señora, miradme! No soy lo que pensais... ¡Bah! Estaba loca de espanto: aullaba, mayaba, gritaba con un acento tan agudo, que si no hubiéramos estado debajo de tierra, todo el barrio se hubiera despertado. En este estremo, no consultando más que con mi rabia, la agarré por la espalda, y empujé la puerta que tenia delante, saltando yo fuera y cerrándola, veloz como un rayo, con el cerrojo y la llave. Durante la lucha, la luz se habia apagado: la Sra. Gredel quedó en las tinieblas, y su voz se oia débilmente y como lejana.

Yo, sin fuerzas, abrumado, miraba á Anita, cuya turbacion igualaba á la mia. No teníamos

valor para decirnos ni una palabra, y escuchábamos aquellos gritos espirantes, que concluyeron por estinguirse: la pobre mujer se habia desvanecido.

—¡Oh, Kasper! me dijo Anita juntando las manos; ¿qué hacer ¡Dios mio! qué hacer? Ponte en salvo... Tal vez la han oido. ¿La has matado?

—¡Matado! ¿Yo...?

—Vamos... escápate; voy á abrirte.

En efecto: levantó la barra; y yo emprendí á correr por la calle, sin darle siquiera las gracias. ¡Ingrato...! ¡Pero tenia tanto miedo! ¡Estaba tan presente el peligro! ¡Y aparecia el cielo tan negro! ¡Hacia un tiempo abominable; ni una estrella, ni un farol encendido, y el viento...! ¡Y la nieve...! Hasta despues de haber corrido lo menos media hora, no me detuve para tomar aliento. ¿Y quién podrá imaginarse mi espanto cuando, al levantar la vista, me encontré enfrente de *La Pata de Cabra*? En mi terror, habia dado la vuelta al barrio lo menos tres ó cuatro veces seguidas... mis piernas estaban pesadas y llenas de lodo... mis rodillas, vacilantes.

La hostería, poco antes desierta, parecia ahora un hormiguero: las luces pasaban de una ventana á otra. Sin duda estaba llena de agentes de policía. Entonces ¡desgraciado! débil por el frio y por el hambre, desesperado, no sabiendo dónde buscar asilo, tomé la más estraña de todas las resoluciones.

—¡A fe mia, me dije; morir por morir, lo mismo da ser colgado que dejar mis huesos en medio de la Selva Negra!

Y entré en la hostería para entregarme yo mismo á la justicia. Entre los individuos raidos, los sombreros informes, y los grandes garrotes que habia visto por la mañana, y que ahora iban y venian, registraban y se introducian por todas partes, estaba delante de una mesa el juez Zimmer, vestido de negro, con aire grave y vista penetrante; y el secretario Both, con su peluca rubia, su gesto imponente y sus anchas y aplastadas orejas como las conchas de las ostras. Apenas repararon en mí, y esta circunstancia modificó inmediatamente mi resolucion. Me senté en uno de los rincones de la sala detras del gran horno, en compañía de los vecinos que habian acudido por ver lo que pasaba, y pedí tranquilamente un vaso de vino y un plato de *choucroute*.

Anita pudo hacerme traicion.

—¡Ah Dios mio! dijo: ¿es posible?

Pero una esclamacion más ó menos en tal barullo, no significaba absolutamente nada. Nadie se puso en guardia, y comiendo con el mejor apetito, escuché el interrogatorio que sufria la Sra. Gredel, hundida en un ancho sillon, con los cabellos esparcidos y los ojos todavía espantados por el miedo.

—¿Qué edad podria tener ese hombre? le preguntó el juez.

—De cuarenta á cincuenta años, señor... Era un hombre enorme, con patillas negras... ó castañas... no estoy muy segura... la nariz larga... los ojos verdes.

—¿No tenia algunas señas particulares... manchas en el rostro... cicatrices...?

—No, no me acuerdo... no vi más que un gran martillo y dos pistolas.

—Muy bien: ¿y qué os dijo?

—Me cogió del cuello; pero afortunadamente yo grité tan alto, que tuvo miedo... y ademas me defendí con las uñas. ¡Ah! ¡Cuando nos quieren asesinar... nos defendemos con todo, señor!

—Nada más natural, ni más legítimo, señora.

—Escribid, Sr. Both. La sangre fria de esta buena señora ha sido verdaderamente admirable.

Así fue el resto de la declaracion.

En seguida interrogaron á Anita, la cual dijo simplemente que estaba tan turbada, que no se acordaba de nada.

—Basta por hoy, dijo el juez: si necesitamos más datos, volveremos mañana.

Todo el mundo salió, y yo pedí á la señora Gredel una habitacion para dormir. Ella no tenia ni reminiscencia de haberme visto, tanto la habia turbado el miedo.

—Anita, dijo: lleva al señor á la habitacion verde del piso tercero. Yo no me puedo tener de pie. ¡Ah! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡A qué cosas está una espuesta en el mundo!

Y se puso á sollozar para desahogarse.

Anita encendió una palmatoria, me condujo á la habitacion indicada, y cuando estuvimos solos:

—¡Oh! ¡Kasper! ¡Kasper...! esclamó: ¿quién hubiera creido que pertenecias á una cuadrilla de facinerosos? ¡Nunca me consolaré de haber amado á un bandido!

—¡Cómo, Anita; tú tambien! le respondí sentándome con desaliento. ¡Ah! ¡tú me anonadas!

Y me disponia á llorar; pero ella, volviendo inmediatamente por mi honra, que habia puesto en duda, me dijo:

—No, no: ¡tú no eres de la partida, querido Kasper!

Le dije que por no morirme de frio me habia decidido á volver á la cervecería. Quedamos pensativos algunos momentos; despues se marchó, para no despertar sospechas en la Sra. Gredel. Cuando me quedé solo, despues de convencerme de que la ventana no daba á ninguna pared, y que el cerrojo cerraba bien, dí gracias á Dios por haberme salvado en tan peligrosas circunstancias, y me acosté, durmiéndome profundamente.

II.

Al dia siguiente me desperté á las ocho. El tiempo estaba húmedo y frio; aparté la colgadura de mi cama, y noté que la nieve se habia amontonado en el borde de las ventanas: los vidrios estaban casi blancos. Pensé tristemente en la suerte de mis compañeros: habrian tenido mucho frio... ¡la pobre Berta y el viejo Brêmer, sobre todo! Esta idea me oprimió el corazon.

Pensando como estaba en esto, vino á distraerme un tumulto estraño que oia fuera: se iba acercando á la hostería, y no sin gran inquietud me lancé á la ventana para imponerme del nuevo peligro.

Venian á carear la famosa cuadrilla con la señora Gredel Dick, que no podia salir despues de las terribles emociones de la víspera. Mis pobres compañeros bajaban por la encenagada calle en-

tre dos filas de agentes de policía, y seguidos de una avalancha de pilluelos, que gritaban y silbaban como verdaderos salvajes. Aun me parece ver esta escena espantosa: el pobre Brêmer encadenado con su hijo Ludwig, despues Karl y Wilfrid, y por último Berta, que iba detras, gritando con voz lamentable:

—¡En nombre del cielo, señores; en nombre del cielo... tened piedad de una pobre é inocente arpista! ¡Yo... matar! ¡Yo... robar...! ¡Oh, Dios mio! ¡Dios mio!

Y se retorcia los brazos. Los otros iban tristes, con la cabeza baja y los cabellos en desórden.

Toda la gente se amontonó en la sombría calle de la hostería. Los guardias espulsaron á los estraños. Cerraron la puerta, y la ávida multitud quedó en el arroyo atisbando por las rendijas de puertas y ventanas.

El más profundo silencio se notó entonces en la casa. Me vestí y entreabrí la puerta de mi cuarto, para escuchar y ver si me seria posible salir de allí, donde ya no estaba á gusto. Oí algunas voces en las entradas y salidas de los pisos inferiores, y me convencí de que las puertas estaban bien guardadas. La mia daba á la escalera, y enfrente de la ventana que el hombre habia abierto para huir. Al principio no reparé... Pero como me quedase allí algun tiempo, de repente noté que la ventana estaba abierta, y que no tenia nieve en su borde; me acerqué más, y ví que habia

huellas humanas en la pared de division. Este descubrimiento me dió frio. ¡El hombre habia vuelto! Tal vez hacia lo mismo todas las noches; el gato, la fuina y todos los carniceros tienen sus pasos habituales. ¡Qué revelacion! Todo se esclarecia á mis ojos con una luz misteriosa.

—¡Oh! ¡Si fuera verdad... me dije: si la Providencia pusiera en mis manos la suerte del asesino, mis pobres compañeros se habrian salvado!

Y seguí con la vista aquel rastro, que se prolongaba con una pureza sorprendente hasta en el tejado vecino.

En aquel momento algunas palabras del interrogatorio vinieron á mis oidos: acababan de abrir la puerta de la sala para renovar el aire, y oí estas palabras:

—¿Confesais que el 20 de este mes tomásteis parte en el asesinato del enterrador Ulmet Elías?

Despues algunas palabras ininteligibles.

—Cerrad ya esa puerta, Madoc, dijo el juez: cerrad la puerta... la señora padece.

Y nada más oí.

Con la cabeza apoyada en la baranda de la escalera, luchaba entonces con una gran resolucion.

—Puedo salvar á mis compañeros, me dije. Dios acaba de indicarme el medio de devolverlos á sus hogares. Si el miedo me hace retroceder ante tan sagrada obligacion, seré yo quien los

asesine. Habré perdido para siempre mi reposo y mi honor... ¡Me tendré por el más cobarde y más vil de los miserables!

Dudé mucho tiempo; pero de repente tomé mi resolucion. Bajé, y penetré en la cocina.

—¿No habeis visto jamás este reloj? decia el juez á la Sra. Gredel; reunid bien vuestros recuerdos, señora.

Sin esperar la respuesta entré en la sala, y con voz firme contesté:

—Este reloj, señor juez, le he visto yo en las propias manos del asesino... Le reconozco. En cuanto al reo, yo puedo entregároslo esta noche, si os dignais escucharme.

Un silencio profundo se estableció en rededor de mi: todos los asistentes se miraban unos á otros con estupor: mis pobres compañeros me pareció que se reanimaban.

—¿Quién sois vos? me preguntó el juez recobrado de su emocion.

—Soy el compañero de estos desgraciados, y no tengo vergüenza en confesarlo; porque todos, señor juez, aunque pobres, son honrados. Ni uno solo de ellos es capaz de cometer los crímenes que á todos se les imputan.

Hubo nuevo silencio. Berta se puso á sollozar por lo bajo: el juez se recogió en sí mismo: por último, mirándome fijamente, preguntó:

—¿Dónde pensais entregarnos al asesino?

—Aquí mismo, señor juez, en esta casa. Y

para convenceros, no pido más que un momento de audiencia particular.

—Veamos, dijo levantándose.

Hizo seña al jefe de la policía secreta, Madoc, de que nos siguiera, y á los demas de quedarse allí. Salimos.

Subí rápidamente la escalera, y ellos me siguieron. En el piso tercero me detuve delante de la ventana, mostrándoles las huellas del hombre impresas en la nieve.

—Hé aquí los pasos del asesino, les dije; por aquí pasa todas las noches. Ayer vino á las dos de la mañana. Ha vuelto la noche pasada, y volverá, sin duda, la que viene.

El juez y Madoc miraron las huellas algunos instantes, sin decir ni una palabra.

—¿Y quién os ha dicho que estos son los pasos del asesino? me preguntó el jefe de policía con aire de duda.

Entonces les conté la aparicion del asesino en nuestro granero. Les indiqué por encima de nosotros la ventana por donde le habia visto huir al brillar de la luna, lo que Wilfrid no pudo ver por quedarse acostado. Les enteré de que solamente la casualidad me habia hecho descubrir todo lo ocurrido la noche anterior.

—¡Es estraño! murmuró el juez: esto modifica mucho la situacion de los acusados. Pero ¿cómo nos esplicais la presencia del asesino en la cueva de la hostería?

—Ese asesino era yo, señor juez.

Y le referí sencillamente lo que habia pasado la víspera, despues del arresto de mis compañeros hasta cerrada la noche, y el momento de mi fuga.

—Eso basta, dijo él.

Y volviéndose al jefe de policía:

—Debo manifestaros, Madoc, que las pruebas contra estos pobres diablos nunca me han parecido concluyentes; estaban muy lejos de confirmarme en la idea de su participacion en los crímenes. Ademas, sus papeles establecian en muchos de los presos una coartada muy difícil de desmentir; sin embargo, escelente jóven, á pesar de la verosimilitud de los indicios que nos dais, quedareis en nuestro poder hasta la confirmacion del hecho. Madoc, no le perdais de vista, y tomad las medidas necesarias.

El juez bajó entonces muy meditabundo, y recogió sus papeles, sin añadir una palabra al interrogatorio.

—Los acusados volverán á ser conducidos á la prision, dijo lanzando á la hostelera una mirada de desprecio.

Y salió seguido de su secretario.

Madoc quedó solo con dos agentes.

—Señora, dijo á la hostelera; guardareis el más completo silencio sobre lo que acaba de pasar. Por lo demas, devolved á este jóven la habitacion que ocupaba anteayer.

La mirada y el acento de Madoc no admitian réplica: la Sra. Gredel prometió por todos los Santos hacer lo que se le pedia, con tal de que se la desembarazase de los bandidos.

—No os inquieteis por los bandidos, replicó Madoc: estaremos aquí todo el dia y toda la noche, para guardaros. Entregaos tranquilamente á vuestras tareas, y empezad por darnos de almorzar. Jóven: ¿me hareis el honor de almorzar con nosotros?

Mi situacion no me permitia declinar esta oferta, y acepté.

Hénos aquí sentados enfrente de un jamon y de un jarro de vino del Rhin. Otros individuos vinieron á beber, como de costumbre, provocando las confidencias de la Sra. Gredel y de Anita; pero ellas se guardaron bien de hablar de nuestra presencia, y fueron estremadamente reservadas, lo cual debió parecerles muy meritorio.

Nosotros pasamos toda la tarde fumando y bebiendo copas, y nadie reparó en nuestra presencia allí.

El jefe de policía, á pesar de su figura aplomada, su mirada punzante, sus labios pálidos y su gran nariz de pico de águila, era bastante buen muchacho. Despues de beber, nos contó historietas con gracia y facilidad, y no perdió ocasion de chancearse con Anita cuando pasaba cerca de él. A cada una de sus palabras los otros soltaban una carcajada; yo permanecia triste y silencioso.

—Vamos, jóven, me dijo riendo; olvidad la muerte de vuestra respetable abuela. ¡Qué diablos! Todos somos mortales. Bebed un trago, y desterrad esas ideas nebulosas.

Otros se mezclaron en nuestra conversacion, y así pasó el tiempo entre el humo del tabaco y el choque de los vasos.

A las nueve, despues de la visita del wachtman, todo cambió de aspecto: Madoc se levantó, y dijo:

—¡Ah... já! Ahora procedamos á nuestro asunto... Cerrad la puerta, y los postigos... y pronto. En cuanto á vos, señora y señorita, idos á acostar.

Estos tres hombres, abominablemente andrajosos, parecian ser verdaderos bandidos, más que sostenedores del órden y de la justicia. Sacaron de entre sus vestidos varetas de hierro armadas por un estremo con una bola de plomo. El jefe, Madoc, sacó tambien del bolsillo de su gaban una pistola, y vió si estaba corriente. Un momento despues le puso la cápsula.

Todo esto se hacia friamente: por último el jefe de policía me mandó que los condujera al granero.

Subimos, y llegados allí, donde ya Anita habia encendido fuego, Madoc, jurando entre dientes, se apresuró á echar agua en los carbones, y señalando despues al jergon, dijo:

—Si el corazon os deja, podeis dormir.

Se sentó con sus dos acólitos en el fondo del

cuarto junto á la pared, y dió un soplo á la luz.

Yo me habia acostado, pidiendo á Dios que viniera el asesino.

El silencio, despues de media noche, era tan profundo, que nadie hubiera supuesto que tres hombres se ocultaban allí con ojo avizor y atentos al menor ruido, como los cazadores á espera de algun animal dañino. Las horas pasaban lentamente... muy lentamente... Yo no dormia... Mil ideas terribles cruzaban por mi cabeza. Oí dar la una... las dos... y nada, nada aparecia.

A las tres, uno de los agentes de policía se movió: pensé que llegaba el hombre... pero todo volvió á quedar en silencio. Entonces me puse á pensar que Madoc debia creerme un impostor, y aborrecerme cordialmente por el rato que le hacia pasar; que al dia siguiente me maltrataria, y lejos de haber favorecido á mis compañeros, empeoraba su causa.

A las tres el tiempo me parecia que corria ya con estraordinaria rapidez: hubiera querido que la noche fuera eterna, para conservar siquiera un rayo de esperanza. Conforme estaba yo dando vueltas á la misma idea por centésima vez... de repente... sin que hubiera notado el menor ruido, la ventana se abrió... Dos ojos brillaron en la abertura... nada se oyó en el cuarto.

—¡Se habrán dormido mis compañeros! me dije.

La cabeza estaba siempre allí... en observa-

cion... Se hubiera dicho que el malvado temia algo... ¡Oh! ¡cómo golpeaba mi corazon...! ¡Con qué rapidez corria la sangre por mis venas...! Y sin embargo, el frio y el miedo se estendian por mi rostro...

¡Yo no respiraba!

Pasaron así algunos minutos... Despues... súbitamente... el hombre pareció decidirse... se lanzó al granero con la misma prudencia que el dia anterior.

Pero en el mismo instante, un grito terrible... un grito breve, vibrante, resonó:

—¡Ya le tenemos!

Y toda la casa retembló desde la cueva al tejado... voces... estremecimientos... clamores roncos... me helaron de espanto... El hombre rugió... los otros respiraron anhelantes... despues hubo un choque que hizo cimbrear el piso... no oí más que un rechinamiento de dientes... y crugidos de cadenas.

—¡Luz! gritó el terrible Madoc.

Y cuando el azufre de la mecha se inflamó, arrojando en aquel recinto su luz azulada, distinguí vagamente á los agentes de policía agrupados sobre el hombre que estaba en mangas de camisa. Uno le sujetaba por el cuello, otro apoyaba las rodillas sobre su pecho, Madoc le aprisionaba las manos con esposas que le hacian crugir los huesos. El hombre parecia inerte: solamente una de sus gruesas piernas, desnuda desde la ro-

dilla hasta el pie, se levantaba de tiempo en tiempo y heria el pavimento con agitacion convulsiva. Los ojos le salian literalmente fuera de la cabeza... y espuma sangrienta se agitaba en sus labios.

Apenas alumbró la palmatoria, cuando los agentes de policía lanzaron una esclamacion estraña.....

—¡Nuestro preboste!

Y levantándose los tres, los vi mirarse pálidos de terror.

Los ojos ensangrentados del asesino se volvieron hácia Madoc; quiso hablar... pero solo despues de algunos momentos le oí murmurar:

—¡Qué sueño! ¡Dios mio! ¡Qué sueño!

Despues lanzó un suspiro, y quedó inmóvil.

Yo me habia aproximado para verle... Era él. El hombre que nos habia dado tan buenos consejos en el camino de Heidelberg. Posible es que presintiera que nosotros seríamos causa de su perdicion: ¡que algunas veces hay presentimientos terribles! Como no se le oia respirar, y un hilo de sangre corria por el empolvado pavimento, Madoc, vuelto de su sorpresa, se inclinó sobre él y le desgarró la camisa: entonces vimos que se habia hundido su gran cuchillo en el corazon.

—¡Eh! dijo Madoc, con una sonrisa siniestra. El señor preboste ha querido defraudar á la horca. Conocia el puesto que le esperaba, y que no

le hubiera faltado. Quedad aquí vosotros: voy á prevenir al juez.

Despues recogió su sombrero, que habia perdido en la lucha, y salió sin añadir una palabra.

Yo quedé enfrente del cadáver, con los dos agentes de policía...

.....

.....

Al dia siguiente á las ocho, todo Heidelberg supo la gran noticia. Fue un acontecimiento en el pais. Daniel Van-den-Berg, preboste de los pañeros, gozaba de una fortuna y de una consideracion tan envidiables y reconocidas, que muchos no quisieron creer en los abominables instintos que le dominaban.

Se interpretaban de diferentes maneras estos acontecimientos. Unos decian que el rico preboste era somnámbulo, y por consiguiente irresponsable de sus actos... Otros que era asesino por amor á la sangre, no teniendo interes alguno en cometer tales crímenes. ¡Tal vez era lo uno y lo otro! Es un hecho incontestable que el ser moral, la libertad, el alma—poco importa el nombre,—no funciona en el somnámbulo.

Ahora bien: el animal, abandonado á sí mismo, sigue naturalmente la impulsion de sus instintos pacíficos ó sanguinarios, y el rostro del Sr. Daniel Van-den-Berg, su cabeza aplastada, hinchada detras de las orejas, sus largos y erizados mostachos, sus ojos verdes, todo prueba que desgra-

ciadamente pertenecia á la familia felina ó de los gatos... raza terrible, que mata por el placer de matar.

Sea lo que fuere, mis compañeros quedaron en libertad. Se citó á Anita durante quince dias como un modelo de adhesion. Fue pretendida en matrimonio por el hijo del burgomaestre Trungott, jóven romántico, que hará la desgracia de su familia. Yo me apresuré á volver á la Selva Negra, donde despues de esta época cumplí mis deberes de director de orquesta en el café del *Sable verde*, camino de Tubinga. Si os acontece pasar por allí, y mi historia os ha interesado, venid á verme... beberemos juntos dos ó tres botellas, y os referiré ciertos detalles que han de poneros los pelos de punta!

HANS STORKUS.

HANS STORKUS.

HANS STORKUS.

I.

Iba yo á Creutznach: iba á ver al digno burgomaestre, Van-den-Hossen, mi tio. A mi tia Catalina, su mujer, y á mis primas Aurelia y Katelé, sus hijas.

Creutznach es una gran aldea, situada en el camino de Bingen: se compone de unas 300 casas esparcidas por la ribera del Alsenz, con pequeños jardines rodeados de empalizadas, un campanario rústico coronado por un nido de cigüeñas, y una fuente pequeña dedicada á San Arbogast. Figuraos en el gran camino algunos tricornios, cortas basquiñas anaranjadas, bueyes que van al abrevadero, un pastor que toca un cuerno seguido por grandes filas de cabras, y tendreis la fisonomía de aquella comarca.

En cuanto á mi tio Van-den-Hossen, posee la casa más bonita y las mejores tierras del pais; pasa los dias lluviosos y los de calor en el ayuntamiento, y todo el mundo se le quita el sombrero. Mi tia Catalina sabe hacer dulces y tortadas de queso, deliciosas... Mis primas se las comen y tocan el clavicordio.

Desde mi nombramiento para la plaza de maestro de capilla del Gran Duque Yeri-Peter, todas estas buenas gentes deseaban verme. Me escribian carta sobre carta, y me hablaban de fiestas, de reuniones, de partidas de caza... ¿qué sé yo? Me dejé seducir... el coche rodaba.

A medida que nos aproximábamos á Creutznach, yo me entristecia; pensaba que mi buen tio Van-den-Hossen, tan cariñoso conmigo desde que llegué á ser un personaje, me habia abandonado á apedrear perros durante diez años consecutivos, sin quererme prestar ni un kreutzer: esto me tornaba melancólico.

Iba en el interior de la diligencia, solo con un personaje, cuyo aire taciturno y fisonomía grotesca me habian llamado la atencion á primera vista. Figuraos una garza acurrucada en la sombra, con la cabeza hundida en los hombros, las piernas estiradas sobre la banqueta, los ojos redondos y fijos, y el pico inclinado con aire meditabundo. Tal era mi compañero de viaje; su blusa gris, su gorra aplastada y su pantalon amarillo, completaban la ilusion. Nos miramos

uno á otro por espacio de una hora, sin cambiar una palabra. Multitud de ideas estrañas pasaron por mi cabeza. ¿Quién diablos puede ser? me dije. ¿Qué encierra esa caja de carton que vigila con tanto cuidado?

Buscaba yo un medio de entrar en conversacion, cuando de repente la garza salió de su adormecimiento, y con voz chillona dijo:

—¿Vais á Creutznach?

Yo incliné la cabeza.

—Yo tambien voy: soy el arquitecto del pueblo.

—¡Ah!

—Me llamo Hans Stork.... Stork corto, ó Storkus.

—¡Hola! me dije: este es como el pájaro fabuloso de los egipcios; tiene tres nombres: Ibis, Curiacaca y Curlis.

Hans Stork volvió á tomar su actitud taciturna, y para contestar yo á sus preguntas, me creí obligado tambien á decirle mi nombre y calidad.

Yo soy Kasper Van-den-Hossen, maestro de capilla del Gran Duque Yeri-Peter, y sobrino de Cristian Van-den-Hossen, burgomaestre de Creutznach.

—Hombre escelente, dijo Storkus, pero que no se halla á la altura de la ciencia.

Esta reflexion me sorprendió.

—¡Cómo! ¿Acaso en Creutznach no se ocupan de las ciencias?

—No, señor, esclamó, moviendo la cabeza con

notable tristeza: los habitantes de Creutznach son ignorantes, desde el primero hasta el último. Hace quince años que estoy formando una coleccion de conchas y de huesos fósiles. La coleccion Storkus se cita en Berlin, en Stockolmo y en San Petersburgo. Pues bien, señor: ni un habitante de Creutznach ha ido á verla; ni uno fue todavía á decirme: «Sr. Storkus, ¿quereis tener la bondad de dejarme gozar de vuestros tesoros incomparables?» Todo lo contrario: cuando me ven recoger una planta, una yerba, una piedra, me tratan de loco.

Aquí, Hans Storkus pareció indignarse: su gran cuello se alargó súbitamente, y sus piernas se encogieron.

—Mi mujer, señor, mi propia mujer, esclamó, una escelente mujer, á quien estimo y quiero... hacendosa.. económica... buena mujer de casa... pero limitada... limitada... ¡Ah!

Y levantó sus largos y delgados brazos, juntando las manos con gesto de profunda conmiseracion.

Yo estaba estupefacto.

—¡Ah, señor! prosiguió: mi mujer, cuando vuelvo del campo con los bolsillos llenos de conchas fósiles, de objetos preciosos, de cosas tal vez únicas en su género, tal vez los últimos restos de un mundo que acabó, ¿sabeis lo que me dice?

Aquí la garza me lanzó una mirada irónica, como desafiándome á contestar á su pregunta.

—Me dice, señor, me dice: «Hans, ¿qué quieres que haga de esos caracoles? Desgraciadamente no están vacíos; pues en tal caso los podria rellenar de carne con cebollas y otras legumbres, y hacer un buen plato; pero están llenos, y ni aun para esto me sirven.»

En aquel momento Hans Stork lanzó una carcajada estridente.

—¡Eh! ¡eh! ¡eh! ¡eh...! ¡Sí, me dice eso!

—¡Ah! añadí yo; ¡hace muy mal!

—Hé aquí, señor; hé aquí el estado de la ciencia en Creutznach... Vos sois un artista, vos podeis juzgar por vuestras bellas artes.

Al llegar aquí, Hans Stork hundió el cuello en sus espaldas, cruzó las manos sobre las rodillas, y prosiguió con gran calma:

—Y sin embargo, señor; cuánto valor, cuánta paciencia he necesitado en mi dura ocupacion, durante treinta años á la lluvia, al sol, recorriendo las montañas, manejando la piqueta. He reunido, á pesar de todo, seis mil piezas raras y curiosas, que he clasificado y definido en su género y en sus especies. Pues bien: todos estos trabajos me han valido el nombre de loco, de borracho, y si no existieran leyes, la ignorancia hubiera venido á dispersar el fruto de mis largos trabajos.

Confieso que la exasperacion que se retrataba en el rostro y las palabras de Van Hans Stork me pareció legítima.

—Consolaos, amigo mio: la posteridad os hará justicia, le dije.

Estas palabras le reanimaron, y se levantó bruscamente.

—Señor, me dijo: sois un hombre de juicio... Venid á verme... os enseñaré mi coleccion... os leeré mi gran obra sobre las revoluciones terrestres.

En aquel momento Hans Stork pareció exaltarse: su rostro, antes impasible, se iluminó.

—Hé aquí, hé aquí mi método, esclamó: estamos en la primera edad de la naturaleza, en la edad del fuego... ¡Estoy en ella... la veo...! El suelo es árido y seco; las montañas suben y bajan; las espinas de granito rompen á cada momento la corteza terrestre; la atmósfera es pesada y abrasadora; el sol humeante deja que se alcen vapores incandescentes. Pasan millares de siglos; la atmósfera se resuelve en lluvia, y el calor decrece. Las mareas son inmensas; las tempestades espantosas. El movimiento desordenado, continuo; las aguas que suben y bajan sin cesar nivelan la tierra. Mientras que el Océano ruge en lo alto, aquí se forman lechos de greda de cien pies de elevacion; se amontonan estos despojos de un mundo submarino que aumentan el estupor de la inteligencia humana. Por último, la mar rompe los obstáculos, ha entrado en su lecho, se retira, y del suelo, todavía ardiente, nace una vegetacion colosal. La tierra no es más

que un prado en que cada tallo de yerba es un árbol gigantesco; los helechos arborescentes, los egeos, las zamiras, las palmeras, se lanzan, se cruzan, se enlazan á alturas prodigiosas, formando un manto de verdura inestricable.

Hans Stork, describiendo estas maravillas, se enjugaba la frente con un pañuelo sucio de yerbas; sus ojos se redondeaban como en presencia de una luz brillante, y su fisonomía de garza aparecia con una evidencia casi sobrenatural.

—Desgraciadamente, prosiguió, el horrible plesiosaurus, de cuarenta pies de alto, con la cabeza y el cuello de serpiente, con el cuerpo de pescado... el plesiosaurus, de que yo poseo un ejemplar, único en Alemania, y por el cual el doctor Matías Steinhols me ha ofrecido en vano sumas considerables... porque yo venderia antes mi última camisa que deshacerme de él... el horrible plesiosaurus devoró las poblaciones inofensivas de tortugas y...

—¡Eh! Salid del coche, esclamó el conductor. ¿No veis que ya hemos llegado?

Hans Stork y yo nos miramos con interes.

En efecto: estábamos en la plaza de Creutznach hacia ya diez minutos; pero la singular exaltacion del geómetra le hacia no ver nada, y yo mismo estaba absorto por aquella sucesion de edades y de mundos de que él describia las maravillas.

Bajamos del coche dándonos la mano. Le pro-

metí ir á ver su plesiosaurus, y mirándole alejarse á largos pasos con su caja de conchas bajo el brazo y la nariz levantada, me dije:

—Hé aquí el ente más original que he visto en mi vida.

Despues me dirigí lentamente á la casa del burgomaestre.

II.

Pero, ¿cómo referiré la recepcion que me hicieron mi buen tio y su querida familia, las esclamaciones, los abrazos, los enternecimientos, y cuanto se practica en semejantes circunstancias? ¡Me seria imposible! Todo lo que se podria decir es que mi tio Van-den-Hossen era siempre gordo; que siempre llevaba su tricornio y su chaleco encarnado, y que, como siempre, se reia haciendo estremecer las paredes. Mi tia Catalina empezaba á encanecer, y se habia vuelto un poco triste y un poco devota... Por último, mis primas Aurelia y Katelé, recientemente sacadas de un colegio de Metz, con los ojos redondos y la nariz retorcida, parecian las dos muñecas más bonitas de los mercados de Nuremberg. Recibian sus sombreros y sus trajes de cierta señorita Pamela, de Paris, y ensayaban al

espejo las reverencias. Por lo demas, me abrazaron con verdadero entusiasmo.

Mi llegada fue un dia de fiesta para todos los amigos y todos los conocimientos de la casa. Me fué preciso contestar á los cumplimientos del señor juez de paz y de su señora, del señor cura y de su sobrina, del escribano, del maestro de escuela, del sacristan y de sus campanas. Me fue indispensable apretar la mano de uno, tomar un polvo en la tabaquera de otro, saludar á derecha y á izquierda, y reir con todo el mundo. ¡Eh! ¡eh! ¡eh! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! ¡Qué dicha! ¡Qué felicidad!

Despues de la comida, que se prolongó hasta las cinco, mi tio Van-den-Hossen, dándome un golpe en el hombro, esclamó:

—Alégrate, sobrino. ¡Esta noche tendremos música!

Entonces contempló á su hija con un orgullo enternecedor. Todos los convidados pasaron á la sala del clavicordio. Era siempre el mismo instrumento de cinco octavas, y entre los cuadernos de música, reconocí en las cubiertas: *El Duque de Reichstadt*, *La Tirolesa* y *La Reina de Prusia*.

—¡Ay! me dije: llegó el momento de pagar la comida con que me han obsequiado.

Y me senté, exhalando un suspiro.

Aurelia y Katelé empezaron por una antigua sonata que habia oido tocar toda mi vida al an-

ciano organista de Creutznach, el Sr. Rosselkasten, hombre escelente, que perdió el oido al fin de su larga carrera, lo cual no impidió que la ejerciera siempre con tanto más placer, cuanto más falsas llegaban las notas á su oido. Mis primas se habian aprovechado de sus lecciones.

—¡Bravo! ¡Bravo! gritaba mi tio. ¡Ah, ah, ah!

Toda la sala prorumpia en esclamaciones, y me fue preciso felicitar á mi tia Catalina.

—¡Ah! ¡Perfectamente...! ¡Muy bien...! ¡Diablo! Son verdaderas maestras. ¡Oh! ¡oh...!

Mi tio se esponjaba; mi tia recogia sus lágrimas, y Aurelia y Katelé bajaban la vista con aire de modestia.

El señor juez y la mujer del escribano cantaron un duo *languoroso: Alma de mi alma.* La *prima donna* lanzaba gritos de pavo, meneaba la cabeza y ponia la mano sobre su corazon: el bajo roncaba en su corbata y se acompañaba con la pierna izquierda... Aurelia pateaba... pateaba siempre en el clavicordio.

—¡Ah, Dios mio! esclamé: ¿es esto posible? ¡Venid, Haydn, Gluck, Mozart, Beethoven, sombras venerables! ¡Venid en mi auxilio...! Haced que se rompa el clavicordio... que se ponga mala la *prima donna*... que al bajo le dé un ataque de asma... ó que yo me vuelva sordo como el honrado Rosselkasten!

Yo me agité desesperado sobre mi silla, cuando rumores estraños, corridas de la multitud

por la calle, y gritos de: «¡Señor burgomaestre! ¡Señor burgomaestre!» se dejaron oir.

—¿Qué ocurre? esclamó el buen ciudadano, dirigiéndose hácia la puerta.

Nosotros le seguimos en confusion: el clavicordio lanzó su último suspiro... Atravesamos rápidamente el comedor. Una vieja con los ojos espantados y los cabellos en desórden pasó por delante de nosotros, gritando:

—¡Señor burgomaestre! ¡Señor burgomaestre!

—¿Qué ocurre? ¿Hay fuego en alguna parte?

Ella movió la cabeza.

—Vamos, ¿qué?

—¡Hans Stork! ¡Hans Stork!

—¡Esplicaos, mujer ó demonio! esclamó Vanden-Hossen: veamos qué ha ocurrido.

—¡Ha matado á su mujer!

—¡Matado á su mujer! ¡Mi baston!

Inmediatamente se dispersó la reunion... Cogió su baston, se puso su tricornio, y partimos.

—¡Plaza al burgomaestre! ¡Plaza al burgomaestre!

Todo el mundo hizo plaza al baston. Yo me sentia conmovido... Mis nervios, escitados, se crispaban. Aquel Hans Stork con quien habia hecho mi viaje desde Maguncia, acababa de cometer un crímen... Ví su largo rostro de garza contraido por su risa sardónica. ¡Mi corazon se oprimia, y yo corria impulsado por esa curiosi-

dad árida, punzante, misteriosa, que nos lleva á pesar nuestro tras el condenado que va al cadalso!

Por último llegamos al fin de la calle, frente á una casa vieja y desvencijada. El patio estaba obstruido por la multitud. En los alrededores hallamos á una vecina gritando, gesticulando, maldiciendo á los hombres y lamentándose de la triste suerte de las desgraciadas mujeres. Mi tio entró en una sala baja. Las puertas estaban abiertas, y las sillas tiradas por el suelo. Cada cuál iba, venia, entraba y salia: allí no habia dueño.

Mis ojos cayeron por casualidad en la cocina: el hogar humeaba todavía: tenues rayos de sol se filtraban por entre los vidrios, permitiéndome ver bajo el albañal un cuerpo inmóvil... las manos rígidas... el rostro contra el suelo... los cabellos esparcidos en las losas, y por ellas corriendo dulcemente un hilo de sangre. ¡Qué abandono, qué soledad en aquel oscuro rincon! Un puchero viejo y desportillado, una escudilla con flores encarnadas, la escoba junto á la chimenea con las crines húmedas y espeluznadas... Y aquella escalera de caracol en la sombra... y bajo la escalera aquella puerta negra que conduce á la cueva... Todo, todo presta al crímen no sé qué tinta sombría y misteriosa: vuelvo la cabeza, y en las ventanas veo multitud de otras curiosas, aplicando el oido, y con la boca abierta,

que escuchan el interrogatorio del burgomaestre.

—Pero, Jokel, ¿cómo, cómo ha pasado esto? preguntó Van-den-Hossen al antiguo criado de la casa.

—¡Qué quereis, señor burgomaestre; ha sido una gran desgracia...! El amo estaba en Maguncia... y su mujer ha aprovechado esta ocasion para arrojar sus fósiles al rio... Ella no podia ver estos fósiles... y sobre todo el más grande... el plesiosaurus... Quiso varias veces desembarazarse de ellos; pero yo le habia oido decir al amo: «Ten cuidado... Mira que esto va á acabar mal.» El diablo la empujaba. A su vuelta, el señor estaba muy alegre... habia traido su caja llena de nuevas conchas... y él no suponia lo que habia sucedido; pero despues de comer subió... y oimos un grito terrible: «¡Mis fósiles!» Le vimos bajar pálido como un muerto, con los cabellos erizados, y repitiendo: «¡Mis fósiles! ¿Dónde están mis fósiles?—¡Tú estás loco! gritó su mujer: ve á buscarlos al rio.—¿Quién los ha arrojado?—¡Yo!—¡Tú!—¡Sí, yo, que estaba ya cansada de tener en casa esos pedruscos!» Apenas hubo dicho esto, cuando Hans Stork cogió la hachuela del hogar, y le partió la cabeza. Ella no tuvo tiempo de lanzar un grito... ¡Miradla... miradla allí!

—Y él... ¿dónde está él?

—Arriba, señor burgomaestre: podeis oirle; escuchad qué alboroto.

En efecto: un ruido sordo de estrañas carcaja-

das y gritos agudos llegaba á nuestros oidos... Habia para estremecerse; pero Van-den-Hossen, que no carecia de valor, levantó su baston, afirmó su tricornio, y subió gravemente la escalera. Primero le seguí yo solo; despues aparecieron otros. En el piso principal, un vidrio clavado en el techo nos permitió descubrir la puerta. Mi tio la empujó bruscamente, y nos encontramos en una gran sala que ocupaba toda aquella parte de la casa; grandes tablas estaban puestas alrededor...; cuatro ventanas la alumbraban de frente, y como era la hora del crepúsculo, grandes bandas rojas, interrumpidas por nubes de oro, aparecian á lo lejos. Hans Stork, cuya figura alta y flaca se destacaba en negro sobre los cristales, apostrofaba á las nubes.

—¡Ved! esclamaba con voz chillona y los brazos estendidos hácia el horizonte. Ved esos espantosos pterodactylos con sus alas de llama y su cuello de serpiente... suben á lo alto de los aires. ¡Ah! ¡ah! se acometen... ¡Mirad qué batalla!

—¡Hans Stork! esclamó mi tio con acento terrible: ¿qué habeis hecho?

El arquitecto se volvió bruscamente, y durante algunos segundos nos pareció cortado; pero repuesto al momento, y dirigiéndose hácia el burgomaestre:

—¿Qué he hecho yo? dijo. He matado á Matías Steinhols de un hachazo, y le he arrojado al rio... ¿Y qué? ¿Por qué me m´rais? ¿Habia de dejarme

robar por ese canalleja... un sabio de antecámara que se ha dado á conocer y ha conseguido honores con los descubrimientos de otros? ¡No, no...! Hans Stork no es hombre que se arrastre á sus pies. Conoce bien las causas de las revoluciones terrestres. Bien sé que vendrán los gendarmes y me conducirán ante el tribunal... Pero no tengo miedo... lo revelaré todo... Sí; diré que Steinhols me habia ofrecido 3,000 florines por mi plesiosaurus... Diré que se aprovechó de mi sueño para robarme mis fósiles... Diré...

—¡Desgraciado! esclamó Van-den-Hossen cogiéndole por el brazo: habeis matado á vuestra mujer.

El arquitecto abrió sus grandes y espantados ojos.

—Mi mujer, dijo, está abajo preparando una sopa de caracoles.

Despues, separando las piernas y cruzando sus manos á la espalda, añadió con acento irónico y la cabeza inclinada sobre el hombro izquierdo:

—Es una buena mujer de casa... No tiene rival en la sopa de caracoles.

—Está loco, dijo mi tio muy pálido. Vámonos, sobrino, vámonos: no puedo ver esto. Enviaré al guarda para que lo arreste.

Volvimos á bajar la escalera, atestada de gente, y cuando estuvimos en la calle, mi tio Van-

den-Hossen me tomó por el brazo y me dijo con acento grave:

—Sobrino, hé ahí lo que se gana por buscar la luna en el fondo de un pozo. En vez de perder su tiempo en recoger piedras, si Hans Stork se hubiera ocupado de su oficio de arquitecto, todo esto no hubiera sucedido: se lo advertí cien veces; pero él no escuchaba los consejos de los hombres razonables. ¡Era un maniático... y estas gentes acaban siempre mal!

—¡Ay! me dije: cuando yo vagaba por las calles de Maguncia y vivia á razon de doce kreutzers por dia, obstinándome en ser músico, á pesar de mi querida familia, era tambien un maniático. Nadie se reservaba de decírmelo... Y si hubiera tenido la desgracia de sucumbir en la empresa... todo el mundo me hubiera arrojado la piedra... Pero hoy que soy maestro de capilla y mi nombre figura en los periódicos... los *hombres razonables* encuentran que tengo mucho talento. ¡Pobre Hans Stork! Si no hubieras tenido la desgracia de vivir con una mujer tan fuerte en la sopa de caracoles, serias tal vez un ilustre sabio, condecorado con multitud de cruces, y miembro de muchas Academias. Entonces mi digno tio te apellidaria Sr. Storkus, en vez de Stork á secas, y se hubiera quitado el sombrero hasta los pies al ver al maniático! ¿Y quién sabe? Doscientos ó trescientos años despues de tu muerte, los Van-den-Hossen del porvenir tal vez

hubiesen acabado por levantarte una estatua en la gran plaza de Creutznach, enfrente de la fuente de San Arbogast!

¡Oh razon! ¡Qué de engaños se hacen pasar bajo tu enseña!

EL SACRIFICIO DE ABRAHAM.

EL SACRIFICIO DE ABRAHAM.

I.

La reputacion de Rembrandt era ya muy sólida en 1646. Magníficos grabados hechos por él mismo habian popularizado en Europa su estilo original y fantástico. Cada una de sus producciones fue un progreso en el arte; su combinacion del claro-oscuro, el estraño contraste de las sombras y de la luz, la perspectiva nocturna de que él solo esploró las profundidades misteriosas, justifican el entusiasmo de sus innumerables partidarios.

Seria muy difícil remontarse á la causa del genio de Rembrandt, y seguirle en su desenvolvimiento sucesivo. El hecho es que el ojo de este artista, conformado de una manera especial,

abarcaba mejor un objeto á traves de las medias tintas del crepúsculo, que bajo toda la plenitud de la luz.

Rembrandt gezaba en medio de las tinieblas. Mientras fue jóven, se le encontraba á menudo en esas renegridas tabernas donde algunas buenas cabezas flamencas, agrupadas al rededor de una mesa, recibian el rayo amarillo de una lámpara de aceite, ó el reflejo gris de un vidrio aplomado.

Despues de la muerte de su mujer, Rembrandt se retiró á una vieja casa de la calle de los Judios, en Amsterdam. Su familia no se componia entonces más que de una hermana, encargada de los cuidados de la casa, y un hijo, jóven de diez y ocho á veinte años, cuyo carácter no se habia aun marcado.

Los mercaderes, siempre siguiendo la pista á sus cuadros, tenian la entrada libre en su casa.

Estamos en el mes de Marzo de 1656. Una noche, Rembrandt, por costumbre triste y sombrío, se mostró de buen humor y alegre. Durante la comida su palabra se animó casi hasta la elocuencia, y habló con mucha gracia de su hermana Luisa, que ya estaba, segun él decia, en edad de casarse: ella tenia entonces sesenta años.

Habló tambien de su hijo Tito, y le encontró toda suerte de buenas cualidades, que hasta entonces no habia notado. Por último ¡cosa nota-

blemente rara! hizo subir un tarro de viejo *porter*, y se bebieron muchos vasos.

Cuando dieron las diez, y el wachtmann dejó oir su voz lúgubre en el silencio, Rembrandt encendió una luz, y salió, dando las buenas noches á Luisa y á su hijo.

Oyeron que atravesaba el vestíbulo, abria la puerta del estudio, y entraba en él.

Esta habitacion, muy alta de techo, recibia la luz por una ventana, que desde el muro se elevaba hasta la bóveda. Una cortiña de seda encarnada, interceptaba la claridad del dia, y era movible por medio de una polea. En las paredes habia colgadas algunas armaduras, cascos, hachas, puñales cubiertos de orin inveterado, etc.

Rembrandt, poco cuidadoso de las tradiciones de Grecia é Italia, llamaba á esto sus *antiguallas*.

Delante de la ventana, sobre un caballete, descansaba un cuadro de regulares dimensiones. El artista adelantó una silla y se sentó, proyectando la luz sobre esta tela recientemente pintada. Era *El sacrificio de Abraham*, una de las obras maestras de Rembrandt, hoy joya guardada en el museo de San Petersburgo.

En presencia de su obra, la fisonomía vulgar del pintor se iluminó con un reflejo del genio.

—¡Esto es bello! dijo con sonrisa de orgullo.

Pero al momento el entusiasmo dejó lugar al análisis: sus espesas cejas se replegaron, y se

puso á examinar los detalles del cuadro. A veces se le escapaba una esclamacion de placer; otras hacia un gesto de despecho, y tomaba convulsivamente la paleta, aproximaba el pincel á la tela, y despues lo arrojaba. Sus palabras inarticuladas revelaban las dudas del artista: la ejecucion no llegaba á la altura de su tipo.

Pero á este tiempo otra figura no menos perspicaz, no menos entusiasta, apareció en el quicio de la puerta, mirando el cuadro con avidez por encima del hombro de Rembrandt.

Era un viejo judío, tal como los que nos ha trasmitido el pintor flamenco. Imaginaos un cuerpo largo, delgado, huesudo, envuelto en una especie de túnica verde con grandes franjas; unos zapatos disformes, con grandes hebillas de plata, se veian bajo la túnica, y por su abertura salian alguna vez dos arqueadas piernas, dejando á la vista las nudosas rodillas. Por último: encima de todo esto una cabeza amarilla, adornada por un gorro puntiagudo, y surcada de tantas arrugas, que se hubiera tomado por el rostro apergaminado de una momia egipcia; la piel, colgada, puede decirse, de su cráneo sin pelo y de sus mejillas, relucia como el marfil; nariz larga, labios hundidos, barba saliente y angulosa, completaban esta estraña fisonomía. Pero lo que le daba una espresion de inteligencia verdaderamente inconcebible, era la mirada. Sus grandes ojos, cenicientos como los del lince, lanzaban relámpagos

á traves de los párpados blancos, que caian casi sobre el globo del ojo.

Este personaje abrió la puerta con tanta prudencia, que cedió sin el menor ruido; se adelantó por detras del taburete del pintor con pie tan furtivo, que Rembrandt no lo oyó.

Entonces era un estraño espectáculo ver estas dos figuras en contemplacion delante de una misma obra. En los movimientos de una se hubiera podido leer el orgullo de la creacion, pero tambien la crítica severa del artista. En el rostro de la otra la sorpresa, el aturdimiento sin límites, el entusiasmo en su más alta espresion.

El que más la admiraba era el judío; y habia algo de adoracion en su postura, en su gesto, en su mirada.

De repente Rembrandt, cogiendo el pincel, se inclinó sobre la tela, diciendo:

—Este detalle descompone la armonía; es preciso cambiarlo.

Pero el judío, arrastrado por una fuerza invencible, detuvo el brazo del pintor.

—¡No, no! esclamó. No retoqueis más. Yo os digo que está bien.

Espantado por esta súbita aparicion, Rembrandt se habia vuelto con sorpresa; despues, conociendo al especulador Jonás, soltó una carcajada.

—¿Sois vos, compañero? ¿Cómo diablos habeis entrado aquí?

Sin responder á la pregunta, esclamó el viejo judío:

—¡Sr. Rembrandt, esta es vuestra obra maestra! ¡Es magnífica, es sublime! ¡Oh! El Dios de Israel hizo un gran milagro salvando al hijo de Abraham; pero esta pintura admirable es una maravilla digna del milagro. Jamás habeis llegado á tal perfeccion.

—¡Bah! contestó alegremente el artista. Siempre decís lo mismo. Segun vuestra opinion, mi último cuadro es siempre mi obra maestra.

—Es verdad, dijo el viejo; es verdad, señor Rembrandt: os sobrepujais á vos mismo cada vez; pero ahora no podeis llegar más allá.

—En confianza, Jonás, replicó el artista con una sonrisa de triunfo: vos no conoceis vuestro oficio; en lugar de criticar mi obra, la levantais tan alto, que...

—¡Despreciar ese cuadro! dijo el mercader. Seria preciso estar ciego, ó ser un infame calumniador. Ademas, maestro, ¿no conoceis vos su valor tan bien como yo?

—Sí, dijo Rembrandt, con cierto matiz de fatuidad: estoy bastante contento del trabajo; y si no lo hubiera vendido...

—¡Está vendido! gritó el judío con voz desgarradora: ¡vendido! Pero eso... es imposible... ¿Os quereis burlar...? ¡Vendido...! ¿A quién?

—A un rico aficionado aleman. El precio se ha fijado antes.

—¿El precio se ha fijado antes? repitió el judío consternado; pero ¿qué precio?

—Mil ducados.

—¡Oh! ¡Estais loco! ¿Qué son mil ducados para tal cuadro? Nunca de vuestras manos saldrá otro mejor... ni tal vez tan bueno.

El rostro del pintor espresó la duda.

—Sí, prosiguió el judío; yo, yo os ofrezco mil quinientos.

—¡Imposible! dijo el otro con sentimiento.

—¡Dos mil!

—Es un negocio desgraciado, imposible volverme atras.

Su voz temblaba, porque amaba el dinero.

—¡Dos mil quinientos ducados! dijo el viejo dejándose caer sobre una silla, como espantado de su propia oferta.

Rembrandt lanzó sobre él una mirada penetrante.

—Es demasiado, Jonás, dijo; perderíais.

—¡Sí, sí! Me arruino, esclamó el judío: lo sé perfectamente... pero... ¿cómo dejar que vaya á otras manos ese magnífico cuadro?

Despues de unos instantes de silencio, añadió el judío:

—Sr. Rembrandt, he prometido entregar á un rico aficionado la primera obra que saliera de vuestro estudio; mi palabra está empeñada.

—Y la mia, dijo Rembrandt levantándose, pero visiblemente afectado; tambien la mia está

empeñada, y ademas he firmado un contrato.

El judío se levantó, y vino á coger la mano del artista.

—Maestro, dijo con un temblor de voz imposible de traducir; no os puedo ofrecer más. Tengo una hija, Sr. Rembrandt: ¿vos conoceis á mi Rebeca? Si no tuviera esa niña, aun os ofreceria más. Dos mil quinientos ducados es demasiado... Es una proposicion magnífica; pero una obra maestra nunca es cara. Veamos: ¿cuánto quereis? ¿Dos mil quinientos ducados no es bastante? Podemos entendernos.

Estas palabras, pronunciadas con una volubilidad sorprendente, denunciaban una viva emocion en el judío. Habia tanta turbacion y ansiedad en su mirada, que el artista se conmovió.

—Jonás, le dijo, enseñándole un pergamino; el contrato con mi firma está duplicado.

—Pues bien, que se haga la voluntad de Dios, dijo el judío con acento profundo. Volveré mañana para ver á vuestro comprador; y si quiere cederme la obra, le ofrezco la diferencia que sabeis.

—Será inútil cuanto hagais, porque el comprador del cuadro es el príncipe de Hesse-Cassel. Otra vez os será la fortuna más propicia, Jonás. Creed que me aflige el contratiempo; pierdo por él mil quinientos ducados, que para un pobre artista, para un padre de familia como yo, es una enormidad.

Y salieron los dos lanzando prolongados sus-

piros. El pintor y el judío estaban consternados.

Rembrandt acompañó á Jonás hasta el portal.

—A propósito, dijo el pintor: ¿cómo habeis entrado en mi casa? No os he oido.

—Vuestra hermana me ha dicho dónde estábais.

—Bien, bien, añadió Rembrandt apretando la mano al mercader.

Se separaron, y las once dieron en el reloj de la catedral.

Rembrandt atravesó un patio pequeño. La luna brillaba en el cielo, pálida y meditabunda. Siguió á Jonás con la vista, á traves de las calles tenebrosas, y cerró las dos puertas de su casa, sujetó la barra, soltó en el patio dos enormes alanos, y volvió á entrar en su morada, triste y sombrío.

¡Rembrandt el avaro, Rembrandt el usurero, habia perdido mil quinientos ducados!

II.

La ciudad de Amsterdam poseia entonces un establecimiento muy notable en su género: la taberna de los Franco-Veteranos.

Allí era donde los hijos de buenas familias completaban sus estudios; allí era donde aprendian á beber la *ale* y el *porter*, á jugar á las cartas y á los dados, á formular un *Godferdum* de manera conveniente. Pero ¡qué magnífica taberna!

No era uno de esos pobres chiribitiles donde la voz de los bebedores se quiebra en el muro ó se estrella en un techo bajo. No se veian en ella sillas, mesas, quinqués, miserables utensilios que no resisten una batalla entre la alegre juventud. ¡No! La taberna de los Franco-Veteranos era una bodega inmensa: sus bóvedas, de treinta pies de altura, hacian coro á la cancion báquica y repetian cuanto bajo ellas se hablaba.

Por una prevencion juiciosa de la señora Catalina, dueña del establecimiento, los asientos y las mesas eran de buena piedra, y su construccion resistia cualquier ataque.

La noche misma en que el Sr. Rembrandt cerró su puerta con tanto cuidado y soltó sus dogos en el patio, Tito, aquel bello jóven que tanto habia elogiado, se hallaba en la taberna de los Franco-Veteranos.

La hora era muy avanzada, y la taberna estaba casi desierta. Un solo grupo de bebedores aparecia alrededor de un gran tonel. Una lámpara, puesta en medio de ellos, rasgaba las tinieblas y dibujaba en el fondo rojizo los negros perfiles de los diferentes personajes.

Todas estas figuras espresaban la más viva atencion. El hijo de Rembrandt, sentado en primera línea, parecia muy turbado. Enfrente de él habia un gran petardista, con la mirada centellante de malignidad; una larga espada cruzaba sus piernas; en la mano tenia un gran sombrero con plumas.

Jugaban, y Tito perdia.

—¡Siete! dijo lanzando los dados sobre el tonel.

Todos los espectadores se encorvaron.

—¡Nueve! gritó el otro.

Un gran silencio siguió á estas palabras, y los dados se oyeron rodar.

—¡Diez! replicó Tito.

—¡Doce! esclamó su adversario.

Hubo una viva agitacion. Tito arrojó al suelo el vaso de los dados.

—¡Eh, camarada! le dijo el otro: tu palabra está empeñada por veinticinco ducados.

—¿Tienes miedo? dijo el jóven colérico.

—No, no; ya sé que tú pagas.

—¡Pardiez! dijo un grueso flamenco de nariz atomatada: ¡pardiez si paga! Este pobre Tito paga siempre. Ha pagado ayer, paga hoy, y pagará mañana. Tiene la costumbre de hacer quebrar la banca.

Todos soltaron la carcajada.

—Van Hopp, esclamó el jóven: me parece que te burlas de mí.

—Yo no me burlo de nadie... solo digo que haces bancarota.

—¡Y tú, tú, replicó Tito exasperado, tú eres muy avaro para arriesgar una dobla! Te desafío á que lo hagas.

—¡Es posible, amigo! Antes de jugar quiero ver el dinero, y tú no tienes una moneda en el bolsillo.

Estas palabras, pronunciadas con voz gangosa, escitaron en sumo grado el furor de Tito. Sin embargo, se contuvo.

—Espérame, Van Hopp, le dijo: ¿quieres ver el dinero sobre la mesa...? Lo verás. Y vos, señor Van Eick, vais á ser pagado al momento.

Y salió precipitadamente.

Todos los jugadores se sentaron alrededor de

un tonel y encendieron sus pipas esperando la vuelta del hijo de Rembrandt.

—¡Eh, Sra. Catalina! esclamó el adversario de Tito: un *moos*. Yo lo pago.

La tabernera depositó un jarro sobre el tonel. Los vasos se llenaron. Van Eick abrazó el robusto talle de Catalina, y ella le dejó hacer. ¡Tenia dinero!

Nubes de humo se levantaban entonces por encima de los bebedores. Todas aquellas abultadas fisonomías espresaban la quietud, el bienestar supremo que resulta del goce de la vida material. Ni una palabra, ni una mirada se cambiaba: el silencio duró más de un cuarto de hora. Por último, la pipa del grueso Van Hopp se apagó: la vació metódicamente, y dijo:

—¿Sabeis que no comprendo al maestro Rembrandt? No se puede negar que es un gran pintor y un hombre lleno de buen sentido; pero prodiga á su hijo el dinero con verdadera locura. ¡Esto es inconcebible!

Nuevo silencio.

Despues de algunos segundos, Van Hopp prosiguió:

—¡Es de todo punto inconcebible!

Un tercero dijo entonces:

—Tito ha perdido esta semana más de trescientos ducados. ¡Es preciso que el Sr. Rembrandt esté ciego para no ver que su hijo es un imbécil!

—¡Bah! dijo Van Eick con sonrisa cáustica; ese jóven está en camino de formarse. Con unas cuantas lecciones más, os aseguro que saldrá un mozo presentable. Su padre ha comprendido esto, y...

—Su padre, interrumpió Van Hopp; su padre es un avaro, y estoy seguro que no le da ni una moneda.

En este momento se abrió la puerta, y apareció Tito, mostrando con aire triunfante una gran bolsa llena de dinero.

—¡Eh, amigos! ¿Estais dispuestos?

Se aproximó á Van Eick, y le arrojó un puñado de oro.

—Ahí teneis lo vuestro. Y tú, Van Hopp, puesto que quieres ver el dinero sobre el tonel, hélo aquí. ¿Cuánto juegas?

—Todo lo que tengo sobre mí, respondió el flamenco.

Entonces se pusieron á la obra.

¡Por el alma de Satan, que es el poder infernal que dirige el juego! ¡El hace estremecer nuestros músculos, latir nuestro corazon, temblar nuestras entrañas! El miedo, la alegría, el triunfo, la desesperacion, el terror y el odio, todas las pasiones se resumen en el juego: todas están á sus órdenes.

¡El juego! ¡oh! ¡el juego! Reanimaria á un cadáver en su tumba: el esqueleto de un jugador manejaria una baraja; sus órbitas vacías lanzarian

relámpagos; la rabia le haria rechinar los dientes.

¡Ved esos rostros apáticos, inmóviles, esas miradas estúpidas, esos cuerpos muelles, sin nervios y sin fibras! ¡Ved cómo se mueven, se agitan, se retuercen y se contraen! Estos hombres no juegan ya; no son ya actores del drama: son simplemente jueces, y sin embargo la pasion los domina y los mantiene en su círculo de hierro.

Una hora despues, los ducados de Tito habian pasado al bolsillo de Van Hopp.

II.

Tito salió de la taberna tarareando una cancion; el pobre muchacho queria engañar á su despecho. Pero cuando estuvo en la calle, una horrible imprecacion se escapó de sus labios.

—¡Que quinientos mil demonios os cojan entre sus garras! esclamó volviéndose hácia la puerta. Cogió su gorra de terciopelo, en ademan de hacerla mil pedazos; pero la volvió á poner sobre su cabeza, y marchó lanzando una carcajada.

—¡Bah! dijo: ¿qué es el dinero? ¿Qué son diez, veinte, cuarenta ducados? ¡Una miseria, nada despues de todo! ¿Acaso Jonás no me ofrece su bolsillo? ¿Por ventura no puedo tomar de él lo que quiera? ¡Oh honrado y caballeroso judío! ¡Yo te respeto, Jonás, yo te venero! ¡Por el Dios de Israel que me haria circuncidar por casarme con tu bella hija Rebeca!

Entonces Tito se lanzó más de prisa por las calles desiertas. Una idea luminosa acababa sin duda de alumbrar su espíritu.

La noche estaba sombría, y el silencio era profundo como las tinieblas: muy pocas estrellas brillaban en el cielo á traves de las nubes, que se movian como esos resplandores fosforescentes que se desprenden del choque de las olas. El marchaba á lo largo de un canal, cuyas oscuras aguas reflejaban el cielo negro y amenazador: el hijo de Rembrandt se acordó de los grabados de su padre.

Por fin, al volver de la catedral, en cuyo reloj dieron las dos, se detuvo delante de una antigua casa, y levantó los ojos. Era una de esas viejas construcciones que datan de la Edad Media. El tejado era casi perpendicular á la calle, y las vigas, dispuestas con simetría, penetraban en el espesor de los muros. Detras se estendia un vasto jardin.

Tito se acercó á la pared, é hizo una señal: pocos minutos despues una ventanita se abrió.

—¿Sois vos, señor? preguntó una voz temblorosa.

—Sí, Esther; soy yo.

—Bien, bien, ya os conozco.

Una llave rechinó en la cerradura, y la puerta cedió al momento.

—¡Ah, Sr. Rembrandt! dijo la vieja: ¡ah! os habeis hecho esperar demasiado. La pobre Rebeca

creia no volveros á ver... ¡y lloraba amargamente!

Tito subió la escalera. Esther le siguió lentamente.

Esta buena mujer hacia medio siglo que servia á Jonás; y amaba tanto á la niña Rebeca, que no podia rehusarle nada. Por su físico, Esther se parecia á la Sibila de Cumas: pequeña, arrugada, cascada, con la cabeza vacilante, los ojos redondos y vivos; su boca habia desaparecido desde que la barba y la nariz de la vieja se habian juntado amigablemente.

Tito atravesó un largo corredor, abrió precipitadamente una puerta con almohadilladores, y se encontró en la habitacion de Rebeca.

Todo lo que nuestro lujo moderno tiene de suntuoso y de rico se desvanece ante el esplendor de aquel pequeño gabinete. Imaginaos una habitacion alta, estrecha, abovedada en ojiva; los lienzos altos cubiertos de brillantes pinturas; del centro de la bóveda descendia una cadena de plata que sostenia un candelabro de bronce; un tapiz de las Indias, con mil flores caprichosas, cubria el pavimento. Dos altas ventanas de estilo gótico, con sus mallas de cobre y sus vidrios de colores, reflejaban una luz suavísima.

Por último, sobre un elegante divan reposaba Rebeca.

¡Oh! ¡Tito! ¡Tito! ¡Dichoso mortal!

La hija de Jonás, verdadera perla de Oriente, de una pureza ideal, esperaba al hijo de Rem-

brandt. Con el codo apoyado en el borde del sofá, la cabeza descansando en su mano, los cabellos esparcidos sobre su blanco cuello, la pobre niña tenia el aspecto triste y abatido. Una lágrima se deslizaba bajo sus largos párpados.

¡El ingrato no venia!

Cuando Rembrandt se lanzó en la habitacion, seguido de la vieja, ella no pudo contener un grito de alegría.

—¿Eres tú, amigo mio? ¡Oh! ¡Qué dichosa soy! ¡No me habias olvidado!

El jóven se puso de rodillas á sus pies, y esclamó:

—¡Oh! ¡Qué bella eres!

Una hora corrió así. Los dos amantes no contaron los minutos. Hablaban en voz baja; tan baja, que no alteraban el silencio mismo. De pronto el martillo de la antigua catedral dejó oir sus vibraciones solemnes, que se prolongaban á lo lejos. Al mismo tiempo se abrió una puerta á la estremidad del vestíbulo; Tito se estremeció, y escuchó con atencion.

Pasos lentos se acercaban al gabinete: el jóven se lanzó al candelabro, y apagó las luces: la vieja Esther se colocó al lado de su jóven señora.

Se habian detenido delante de la puerta, y un rayo penetró por la cerradura, formando una estrella en la pared de enfrente. Muchos segundos corrieron: Tito contenia su respiracion. Por úl-

timo, la marcha del desconocido continuó en el corredor, el punto luminoso describió una curva ondulosa en la colgadura, y el ruido de los pasos se debilitó.

—¿Qué es esto? preguntó el jóven en voz baja.

—Es mi padre, contestó Rebeca, que se pasea por la noche.

Atraido por la fatal curiosidad, el hijo de Rembrandt entreabrió la puerta, y miró. Vió á lo lejos á Jonás envuelto en una larga capa; su brazo descarnado, sosteniendo una vela, salia como una caña á traves de los pliegues de su túnica, y la sombra inmensa del viejo se proyectaba en el corredor. Cuando llegó delante de una puerta de pino, la abrió y penetró por ella.

Esta aparicion tenia algo de estraño. Tito dijo á la niña:

—¿Qué hace tu padre á estas horas?

—No sé, contestó: era todavía muy niña cuando le oí por primera vez. Entonces temblé, y me acurruqué en un rincon, murmurando una oracion. Cada vez se detenia, como hoy, delante de mi puerta... despues sus pasos se perdian á lo lejos.

—¡Es raro! añadió Tito.

Súbita palidez se estendió sobre su rostro.

—¿Y no entra nunca? preguntó á Rebeca.

—No, jamás.

—¿Qué hay detras de aquella gran puerta de pino?

—Lo ignoro: él solo guarda la llave; nadie entra allí más que mi padre.

—¡Es sorprendente! dijo el jóven cada vez más agitado.

—Sin duda, amigo mio; pero ¿por qué inquietarse con aquello que no se puede profundizar? Ven: hablemos todavía de nuestro amor.

—Es preciso que me vaya; tu padre podria saber...

—¡No... no! No sabrá nada. Quédate: ¡te lo suplico!

Pero Tito tenia miedo; cogió su gorra, y, seguido como siempre de Esther, atravesó el vestíbulo y el jardin. Algunos minutos despues corria por las calles como si el diablo siguiera sus pasos.

IV.

Al dia siguiente el señor príncipe de Hesse-Cassel, para honrar á la pintura, tuvo á bien presentarse él mismo en casa de Rembrandt.

Este príncipe era un hombre vistoso: con solo mirar su retorcido mostacho, su sombrero con plumas blancas, su traje de terciopelo bordado, su espada con puño de oro, sus espuelas de plata, su andar imponente, su mirada magnífica, era preciso conocer en él uno de esos seres superiores, predestinados por su antigua nobleza y por la pureza de su sangre á gobernar los pueblos.

La naturaleza, equitativa, le habia puesto á la cabeza de un principado.

Rembrandt vino á recibirle á la puerta con traje de grueso paño azul, sombrero de fieltro á lo flamenco, y ese rostro vulgar que ya conoceis.

La carroza del príncipe se detuvo en la calle.

Un intendente, vestido de negro, delgado como

una caña, con la espalda encorvada, las mejillas pálidas y con arrugas, la mirada oblicua, la nariz apuntada y la boca sonriente; un intendente, he dicho, seguia al señor príncipe de Hesse-Cassel.

Cuando Rembrandt vió que traia en la mano un gran bolsillo lleno de ducados, tuvo singular placer.

—Maestro, dijo el príncipe: venimos en persona á llevarnos vuestro magnífico cuadro *El sacrificio de Abraham*. Es una obra digna de vos.

—Señor, respondió el pintor con una mirada cáustica: contra un mulo cargado de oro no hay fortaleza que resista.

—¡Ah! ¡ah! ¿Tomais á nuestro intendente por un cuadrúpedo?

—Hablo del saco, dijo Rembrandt: el animal no es más que un accesorio.

El intendente hizo un gesto.

—¡Diablo! Rembrandt, sois muy maligno, replicó el príncipe. Defendeos, Sr. Genodet.

—Señor, contestó el otro: jamás me permitiré tomar la palabra delante de V. A.

—Lo creo, pensó el artista: prefiere robarle sus escudos en silencio.

Ya habian llegado al estudio.

Para preparar el efecto de su cuadro, Rembrandt lo habia colgado en la pared, á una luz muy favorable; ademas le habia cubierto con una tela verde, pensando que seria mayor la sorpresa del príncipe cuando lo descubriera.

—Podeis colocaros aquí, señor, dijo; el cuadro está allí: voy á descubrirlo.

El príncipe de Hesse-Cassel, por una noble deferencia, tomó la posicion indicada. Entonces Rembrandt, lleno de ardor, quitó la tela... pero... ¡oh consternacion! El cuadro habia desaparecido.

El príncipe se creyó burlado.

En el primer momento, Rembrandt creyó haber perdido la cabeza: llevó las dos manos á su frente, y quedó estupefacto. Despues, como un insensato, se puso á correr alrededor de la habitacion, gritando, buscando y revolviéndolo todo:

—¡Mi cuadro! ¿Dónde está mi cuadro?

—Sr. Rembrandt, dijo el príncipe: ¿estais representando una comedia? Os advierto que yo no quiero ser público de ella.

Una sonrisa infernal plegó los labios del intendente.

Aquella sonrisa y aquellas palabras elevaron el furor del pintor al más alto grado.

—¡Comedia! esclamó: ¡comedia yo! No. ¡Me han robado! ¡Me han robado!

Sus gritos fueron tales, que Luisa y Tito corrieron á él espantados. Entonces se lanzó á ellos gritando:

—¿Sois vosotros? ¿Eres tú quien ha cogido mi cuadro?

Y agarró á Tito por el cuello.

—¿Qué cuadro? preguntó su hijo.

—¡Oh! ¡Tú has sido...! Nadie más que tú hay en la casa. Vamos: tú has querido burlarte de mí, ¿no es verdad? Te perdono; pero dime inmediatamente dónde está.

—¡Os juro, padre mío, que os habeis equivocado!

—¡Ah, miserable! ¿Lo niegas?

Y ya iba á pegarle, cuando Luisa se interpuso.

—¡Hermano mio, esclamó, ya sabes que es incapaz!

—¡Le defiendes! Entonces has sido tú.

—¡Yo! dijo la pobre mujer llorando.

El pintor cayó sobre una silla anonadado, sin añadir una palabra.

—¡Vámonos! dijo el príncipe con un gesto de desprecio: esta escena es grotesca, y sin duda se ha preparado en alguna taberna. ¡El cuadro se ha vendido! ¡Estoy avergonzado de haber puesto los pies en casa de semejante canalla!

Salió con paso majestuoso, y el intendente le siguió.

Algunos minutos despues el carruaje del príncipe corria por la calle de los Judíos.

V.

La desaparicion repentina, incomprensible, de su cuadro, sumió á Rembrandt en sombría desesperacion.

En mucho tiempo no pudo volver á trabajar. En la mesa paseaba por Luisa y por Tito una mirada de desconfianza, y no hablaba más que para quejarse de los traidores y de los ingratos.

—¡Sí, decia; cree uno tener hijo y hermana muy queridos, y se abandona á ellos por completo! Pues bien: estos son mis mayores enemigos. ¿De quién fiarse? El hombre honrado es presa de los malvados y de los ladrones. ¡Su propia familia lo esplota y lo asesina; su propia confianza se vuelve contra él!

La pobre Luisa callaba. ¿Qué responder á un desgraciado poseido de la duda?

Algunas veces Rembrandt, esclavo de un terror indecible, subia, bajaba, recorria cien ve-

ces todos los rincones de su casa como un verdadero insensato. A menudo tambien se le veia en el patio, paseando con paso lento y grave, con la cabeza inclinada, los brazos cruzados sobre el pecho, y murmurando palabras ininteligibles.

Cuando sus dogos corrian á él con la cabeza baja y sumisa, y meneando la cola con placer, «¡Atras! decia: tambien vosotros sois traidores. El ladron sin duda os alimenta, y lameis su mano como la mia.»

A las ocho de la noche, Rembrandt cerraba la puerta, sujetaba la barra, despedia á Tito y á Luisa, y despues, con un espadon en la mano, se emboscaba en el patio, hasta que el sueño venia á cerrar sus ojos, y entonces se retiraba maldiciendo la debilidad de su voluntad, que no podia vencer á su naturaleza.

A pesar de estos terrores, que rayaban en locura, Rembrandt, despues de algunas semanas, volvió á trabajar. Acababa de terminar ese admirable cuadro de *El Filósofo meditabundo*, impregnado de profunda melancolía y de verdadera tristeza.

Una noche, muchos golpes resonaron en la puerta del patio; el pintor salió, y preguntó quién era.

—Soy yo, Sr. Rembrandt, contestó la voz de Jonás: ¿por qué diablos cerrais tan temprano? Tengo que hablaros un momento.

Rembrandt abrió una ventanilla practicada en la puerta.

—Vamos, hablad, esclamó con tono duro.

El rostro del mercader apareció con sus mil arrugas y su piel curtida.

—Maestro, dijo: ¿no teneis un cuadro en venta? Un aficionado lo pide.

—Volved mañana, replicó el artista: acabo de terminar una obra de capricho.

—El aficionado se ha dirigido á mí, y ya comprendeis...

—Sí: ya comprendo. Necesitais el corretaje; en adelante haré yo los negocios por mí mismo.

Y cerrando la ventanilla, se retiró.

Así fue arrojado el pobre Jonás; porque el genio del pintor, poco amable por costumbre, se habia agriado más todavía.

Aunque por la noche no podia trabajar con luz artificial, Rembrandt salia rara vez de su estudio. Los vecinos veian todas las noches luz en esta habitacion, y á menudo una sombra cruzaba por detras de la gran cortina de seda encarnada.

¿Qué hace el pintor á estas horas, cuando el sueño profundo sustituye á la muerte, cuando el silencio reina en las desiertas calles, cuando los verdes ojos del gato se iluminan con una claridad interior, como si llevara luces en la cabeza? A esta hora siniestra Rembrandt vela. Levanta una pesada trampa en medio de su estudio, y baja algunos escalones. Una agitacion febril hace

estremecer sus músculos; relámpagos se escapan de sus ojos; mete sus brazos en una cavidad profunda, y mueve con esfuerzo un cofre de hierro. El gozo cambia su fisonomía; una sonrisa satánica se esparce por su largo rostro... Levanta la tapa, y mira. Rembrandt el avaro no puede pronunciar una palabra; la emocion le sofoca; sus manos se bañan en el oro, y esclama con estraordinaria sutileza: ¡oh! ¡oh! ¡oh! ¡hijos mios, reid, reid!.. ¡Mis pobres ángeles! ¡Oh!.. ¡oh!.. ¡oh!.. ¡Qué dichosos son! ¡Cómo cantan... ángeles mios!

Pronunciando estas insensatas palabras, el avaro agita y hace sonar sus ducados, que producen un ruido ronco y seco, porque tiene mucho oro: el cofre lleno.

Pero de repente el rostro de Rembrandt se descompone, las niñas de sus ojos se dilatan, estiende el cuello... entreabre la boca... el espanto se pinta en sus facciones, y aplica el oido.

Un pequeño ruido se deja oir en el vestíbulo, como si los peldaños de la escalera hubiesen gemido bajo un paso rápido.

Suavemente, muy suavemente, el avaro empuja el cofre al fondo de la cueva, y cierra la trampa. Entonces recobra su valor, se arroja sobre un puñal suspendido en la pared, y, como un tigre que sale de la jaula, se lanza al vestíbulo gritando:

—¡Ya te cogí, miserable!

En este momento una sombra aparece en lo

alto de la escalera, y desaparece como por encanto.

Rembrandt queda estupefacto; pero un pensamiento súbito viene á su imaginacion: corre al cuarto donde está su nuevo cuadro... Clava sus ojos en la pared... ¡El sitio y la escarpia quedaban solamente!

Luisa despierta sobresaltada, oyendo entonces un grito tal como ningun pecho humano lo ha arrancado de sus entrañas. La pobre mujer tiembla, un sudor frio se estiende por sus miembros: ¡ha reconocido la voz de su hermano!

¡Despues de este grito siniestro... único..., el silencio se torna imponente, terrible!

A pesar de su espanto, tuvo valor para levantarse y correr á la habitacion de Rembrandt.

El pintor, pegado á la pared, pálido, lívido, con los puños crispados, las piernas arqueadas, espumarajo en la boca... ojos abiertos, pero sin mirada, parecia horrible. Se le hubiera creido un cadáver de pie.

Luisa quiso hablar; pero ni un sonido vino á sus labios...; su lengua estaba helada por el terror, y para no caer tuvo que apoyarse.

Poco á poco Rembrandt volvió en sí: hizo un gesto, y despues lanzó un prolongado suspiro. Su vida se reanimó al mismo tiempo que su furor.

—¡Me han robado, me han robado! gritó.

—¡Hermano! dijo Luisa: ¡hermano!

Él la miró friamente.

—¿Eres tú? le dijo: ¿estás tú ahí?

—Sí; he venido...

—¿Y Tito?

—Duerme, hermano.

—¡Duerme! Vamos á verlo.

Rembrandt se dirigió á la habitacion de su hijo. Luisa le siguió.

—¡Tito! esclamó empujando la puerta.

Nadie respondió. Abrió la de la alcoba, y miró. La cama estaba vacía.

Levantó las almohadas, la ropa, lo revolvió todo. No podia convencerse de la evidencia; pero la duda tampoco era posible. Una sonrisa siniestra se estendió por los labios del pintor.

—¡Está bien! dijo con voz breve y concentrada: ¡ya conozco al ladron!

Luisa empezó á llorar amargamente.

VI.

Tito habia pasado la noche en la taberna de los *Franco-Veteranos*. A las cuatro de la mañana, cuando los primeros albores del dia blanqueaban las altas chimeneas, nuestro bravo jóven, un tanto alegre por la bebida, recorria tranquilamente la calle de los Judíos. Delante del patio de Rembrandt se detuvo é introdujo una llave falsa en la cerradura de la puerta. Esperaba ver como de costumbre los dos perros, sus cómplices, que corrian á él alegres. Grande fue su aturdimiento cuando una mano pesada y musculosa cayó sobre su cuello, y la voz de su padre gritó:

—¡Miserable, ya te cogí!

Fue arrastrado á la casa con tal rapidez, que no tuvo tiempo de ponerse de rodillas é implorar perdon.

Rembrandt y su hijo en medio del estudio se miraban cara á cara. Tito con las mejillas sonro-

sadas y el miedo en todo el cuerpo; Rembrandt pálido, con los ojos brillantes y la rabia en el corazon.

Durante algunos segundos quedó silencioso. El jóven sintió escalofrios en toda su espalda.

—¡Padre mio! esclamó: soy muy culpable; maltratadme, todo lo merezco.

—Mi cuadro, interrumpió el pintor con voz seca.

Tito comprendió que las buenas palabras estaban fuera de lugar: sus rodillas vacilaron, porque el Sr. Rembrandt tenia en la mano una estaca enorme, y su faz espresaba gran irritacion.

—¡Mis dos cuadros! continuó con tono más exaltado. Habla, ladron: ¿dónde los has puesto?

—Yo no los tengo, padre mio, contestó Tito, juntando las manos.

—¿De dónde vienes?

—Vengo... vengo... de la taberna.

—¡Ah! ¿Vienes de la taberna? dijo Rembrandt con una sonrisa amarga. Tú comes, tú bebes, tú juegas en la taberna: ¿no es verdad, miserable?

Nada contestó.

—¿No puedes contestar...? Comes, bebes, juegas; convienes en ello. ¿Quién te da el dinero?

Tito se estremeció.

—¿Quién te da el dinero? gritó Rembrandt. Habla, bribon, ó te aplasto.

Levantó la gran estaca, y el pobre Tito se

sintió temblar de horror; pero el pintor continuó, bajando el brazo:

—Ya sé de dónde tomas el dinero: tú eres quien roba mis cuadros para venderlos.

—Padre mio, yo no robo; pido prestado.

—¡Pides prestado! esclamó Rembrandt con nuevo furor: ¡pides prestado! ¿Y á quién?

Tito, espantado, contestó:

—Jonás me presta dinero.

—¡Jonás! ¡Un judío! ¡Un usurero! Él te presta... ¿Y cuánto? ¿cuánto?

El pobre muchacho no se atrevió á decirle todo, y ocultó la mitad de la suma.

—Quinientos ducados.

Apenas hubo pronunciado la palabra, cuando Rembrandt le dió tal estacazo en las espaldas, que el desdichado rodó por el pavimento, gritando como un condenado:

—¡Soy muerto!

Pero Rembrandt, implacable, le cogió con rudeza, y arrastrándole á una habitacion inmediata, que no tenia más que una ventana con reja,

—¡Miserable! le dijo: ¡si no declaras dónde están mis cuadros, vas á morir de hambre!

Y salió inmediatamente, cerrando la puerta con doble vuelta.

Tito, con la espalda dolorida, quedó solo en la habitacion, estrecha, oscura y sin otra perspectiva que la de ayunar mucho tiempo. ¡Singular

contraste con la taberna de los *Franco-Veteranos!*

Cuando Rembrandt volvió al vestíbulo, encontró á Luisa. La pobre mujer tenia los ojos encarnados de tanto llorar, y daba compasion verla.

El pintor la miró como un jabalí mira á un perro.

—¿Qué quereis? dijo.

—Hermano, ese desgraciado no sabia...

—Oid, señorita, replicó Rembrandt: ¡os prohibo criticar mis actos, ú os arrojo de la casa!

—No critico, hermano; pero digo...

—Nada teneis que decir, esclamó furioso; ocupaos de los quehaceres de casa.

Luisa se retiró temblando y muy llorosa.

Cuando llegó la hora del almuerzo, se lo advirtió su hermana.

—Yo no como, dijo.

—¿Y Tito?

—Ese miserable tampoco comerá.

—Ni yo tampoco, dijo Luisa retirándose.

Por la tarde pasó una cosa notable.

Tito tenia ya hambre canina; Rembrandt tambien, pero se obstinó en no comer. Tito se puso á gritar con todas sus fuerzas que tenia hambre. Entonces su padre, aproximándose á la puerta, le dijo:

—¿Dónde están mis cuadros?

—¡Tengo hambre! ¡Tengo hambre! fue la respuesta del hijo.

—¡Y yo tambien! murmuró el pintor en voz baja: ¡yo tambien tengo hambre! Lo que él sufre, lo sé yo tambien. Y se puso las manos en el estómago.

A las seis, Luisa anunció la comida.

—Yo no como, dijo Rembrandt: pero al pronunciar estas palabras se volvió hácia la cocina, aspirando el olor de un asado.

Luisa insistió.

—Ya te he dicho que no tengo hambre. Cierra esa puerta; el olor me incomoda.

—¿Y él? preguntó Luisa.

—¿El? Que me diga dónde están mis cuadros, y le perdonaré.

Rembrandt pronunció estas palabras con voz fuerte, para que su hijo las oyese. Pero, por toda respuesta, Tito daba de tiempo en tiempo una patada en la puerta, gritando:

—¡Tengo hambre!

—Tanto peor, dijo Rembrandt; él se obstina, yo tambien me obstinaré. Veremos quién de los dos cede.

A pesar de su cólera, el pintor queria sufrir el suplicio que imponia á su hijo.

VII.

Una agitacion estraña reinaba en casa de Jonás.

Rebeca habia esperado á Tito hasta muy tarde; pero él no habia ido, y la niña se habia acostado llorando.

Desde que Tito no iba, esperimentaba un malestar indefinible, opresiones de corazon, desvanecimientos, tristeza invencible: lloraba, se quejaba, y no podia cerrar los ojos. Estos síntomas anunciaban enfermedad próxima y peligrosa.

Cuanto más faltaba Tito, los síntomas tomaban proporciones más alarmantes; y al tercer dia, cuando por la mañana entró Esther, la encontró pálida, abatida; su frente abrasaba, y de sus labios solo salian suspiros y gemidos.

—¡Ah! dijo: ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡Tened piedad de mí! ¡Me voy á morir!

—¡Morir! esclamó Esther: ¡morir! ¡Oh! ¡No digas esas cosas, hija mia!

—Sí, sí, estoy muy mala: no sé lo que tengo, pero estoy muy mala.

Esther, espantada, se apresuró á advertírselo á Jonás, que inmediatamente se presentó.

Al ver á su hija, al oir sus quejidos, al contemplar sus bellos ojos anegados en lágrimas, un miedo terrible se apoderó del viejo.

Invocó al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.

—¡Oh mi pobre Rebeca! esclamó: ¡hija mia, mi tesoro! ¿Dónde tienes el mal? Dímelo. ¿Has cogido algun aire, has cometido alguna imprudencia? Habla, no me ocultes nada.

Por toda respuesta, la pobre niña agitaba sus brazos, inclinaba su hermosa cabeza con languidez, y gruesas lágrimas, brillantes como el rocío matinal, se rompian entre sus largos párpados.

Entonces Jonás, desesperado, se lanzó fuera de la casa, mientras que la vieja Esther preparaba una tisana calmante, emoliente y refrescante.

Algunos minutos despues volvió Jonás con el doctor Jerosónimus; el cual representaba un hombre de setenta á ochenta años, flaco, luciente y seco como un palo. Vestia una larga toga de seda verde; los doce signos del Zodíaco estaban representados en ella, bordados de encarnado, y todas las constelaciones, recamadas con plata, se destacaban sobre esta especie de capa. Ademas un gran gorro puntiagudo se levantaba perpen-

dicularmente sobre la cabeza del doctor; su gran barba, tambien puntiaguda, descendia hasta el estómago, y espejuelos de tamaño fabuloso reposaban sobre su nariz, pequeña y afilada. Jerosónimus miraba por encima de sus anteojos, y sus pequeños ojos negros lanzaban un rayo que llegaba á los pliegues más escondidos del corazon. Bajo su brazo traia una caja de sándalo incrustada de oro, verdadera farmacia ambulante. Por último, el paso de este personaje era severo, su facha imponente, su palabra sentenciosa.

Depositó sobre una mesa de mármol su magnífica caja, y la abrió. Entonces aparecieron multitud de cajitas, de sacos pequeños, de frascos de elíxires, de opiatas, de electuarios de mil colores diferentes.

Esto era muy bello, y á la vista de tal arsenal dispuesto contra todas las enfermedades, cada uno debia comprender que el Dr. Jerosónimus era un pozo, una cisterna, un abismo de ciencia.

—Este es el eléboro, dijo á Jonás enseñándoselo: el antídoto contra la locura. Yo mismo lo he cogido en la cima del Himalaya. Héaquí el maná, que durante cuarenta años ha nutrido á nuestros abuelos en el desierto; tiene todos los gustos imaginables. Un sacerdote de Jerusalen, á quien yo habia curado un hijo de la peste, me hizo ese regalo por reconocimiento. Despues de la salida de Egipto fue trasmitido en una botella cerrada de padre en hijo, y de varon en varon, por órden

de primogenitura. Hé aquí un elíxir que alarga la vida; lo he compuesto yo mismo con medula de antílope, hiel de girafa y sesos de esfinge. Esta es el agua que hace crecer los cabellos hasta los pies... Este es...

—¡Oh Sr. Jerosónimus! esclamó el mercader. Sois un hombre único, un genio sublime; solo vos podeis salvar á mi Rebeca. Dignaos mirar á esta pobre niña, que sufre dolores incalculables.

El Dr. Jerosónimus se acordó entonces del objeto de su visita, se volvió hácia el lecho donde reposaba Rebeca, y con paso lento, grave y majestuoso se adelantó hasta ella.

—La naturaleza, dijo, engendra males innumerables; pero la ciencia domina á la naturaleza y rompe sus decretos. Hija mia, dadme la mano.

Rebeca obedeció.

El doctor apoyó el pulgar sobre la vena, contó las pulsaciones, movió sus pequeños ojos negros, aparentó reflexionar, y despues, mirando á la enferma, dijo:

—La lengua.

Ella abrió la boca, y enseñó sus preciosos dientes blancos como las perlas.

Jerosónimus se inclinó; aseguró los anteojos en su nariz; miró al fondo del paladar; movió la cabeza, y dijo con voz pausada:

—¡Esto es grave!

Durante este tiempo, Esther y Jonás hacian mil gestos. Cuando dijo «¡Esto es grave!» el ju-

dío levantó sus brazos al cielo con muda desesperacion.

—¡Esto es grave! repitió Jerosónimus, pero todavía hay un remedio. ¡Uno solo! no hay más que uno. Afortunado habeis sido, Sr. Jonás, en dirigiros á mí. Cualquier otro no hubiera podido profundizar el misterio de esta enfermedad.

—¡Oh! esclamó el viejo: salvad á mi hija, y mi reconocimiento traspasará los límites de mi pobre fortuna.

El doctor paseó su mirada por el espléndido mueblaje de la habitacion, y se sonrió; despues preguntó:

—Bella niña, ¿qué notais?

A esta pregunta Rebeca empezó á llorar.

—Noto... dijo con su delgada y dulce voz; noto vahidos... ganas de llorar... opresion en el alma.

El rostro de Jerosónimus tomó un singular carácter de desconfianza. Fijó su mirada de gavilan en la jóven, y una sonrisa irónica plegó sus labios.

—Quisiera quedarme solo con la enferma, dijo.

El padre dudó, y él le enseñó un mechon de cabellos blancos, última vegetacion de su cráneo calvo y estéril.

Jonás y la vieja Esther salieron; pero quedándose detras de la puerta. Entonces el malicioso doctor se inclinó hácia Rebeca, y le dijo en tono confidencial:

—¿Cuánto tiempo hace que no ha venido aquel jóven?

—¿Qué jóven, señor?

—Aquel que os ama.

—¿Tito? dijo con tono temeroso. ¿Conoceis á Tito? Hace ya tres dias que no le veo.

—Eso me basta, contestó el doctor.

Y volviéndose hácia la puerta, la abrió.

—Podeis entrar, Jonás; tengo que daros una buena noticia. Vuestra hija está fuera de peligro, si vos quereis.

—¡Oh! ¡Dios sea loado! esclamó el mercader.

—Sí... alegraos... El Señor ha dicho á nuestro padre Abraham... «Tu posteridad será innumerable como las estrellas del cielo... como los granos de arena de las orillas del mar.»

Y al mismo tiempo le dijo al oido algunas palabras, y el judío dió un salto en el aire, como si le hubiesen aplicado un latigazo en las pantorrillas... Despues levantó el puño cerrado contra el doctor, esclamando:

—¡Mi hija enamorada! ¡Mientes!

—Ella misma acaba de decírmelo, contestó friamente Jerosónimus.

—¡Acaba de decíroslo! ¡Es imposible!

Jonás se lanzó al lecho de su hija, diciendo:

—¿No es verdad, hija mia, no es verdad que ha mentido?

—¿Quién? ¿Qué ha dicho el Sr. Jerosónimus?

—Ha dicho que tú le has confesado...

—Yo no le he confesado nada, padre mio, dijo Rebeca.

—¡Eh! ¡Si estaria yo seguro! esclamó Jonás. Ella no ha confesado nada.

—¡Cómo! replicó el doctor: ¿acaso no habeis convenido en que un jóven, un cierto Tito, era la causa de vuestra enfermedad?

—¡Dios mio! dijo la niña con un abandono encantador; ¿acaso Tito puede ser causa de mi mal...? ¡Ah! Sí; es verdad: yo estoy muy triste cuando no lo veo.

—¡Cuando no lo ve! gritó Jonás. ¿Lo ves...? ¿Lo has visto?

—Sí, señor, muy á menudo... por la noche... hablamos y reimos juntos.

—¡Oh! ¡Desgraciada, desgraciada! esclamó Jonás, desgarrando su túnica. Y tú, vieja infame, ¿por qué no me has advertido de lo que pasaba?

En su furor, zarandeó á Esther por los cabellos con gran violencia.

—¡Eh! gritó la vieja sibila con voz punzante. ¡Oh! ¿No me habíais vos mismo dicho que el hijo de Rembrandt era una buena colocacion?

—¡El hijo de Rembrandt! esclamó Jonás: ¡el hijo de Rembrandt...! ¡Reconozco el dedo de Dios!

Y al mismo tiempo corrió á la puerta, y como un loco se lanzó en la calle.

El doctor, Esther y Rebeca creyeron que el pobre hombre habia perdido la cabeza.

Jonás se dirigió á la calle de los Judíos.

Todo el mundo se detenia para verle correr; sus piernas, largas como zancos, se alargaban aun más; su gran nariz miraba al cielo; su sombrero puntiagudo le caia sobre la nuca; su túnica se hinchaba con el aire. Se le hubiera tomado por una cigüeña que ha caido á tierra y hace esfuerzos para levantarse; hasta las mangas flotantes, elevadas por sus huesosos brazos, le daban singular apariencia con esta ave.

Jonás vino á caer en el patio de Rembrandt.

VIII.

Rembrandt habia dicho á su hijo:

«Si no declaras dónde están mis cuadros, morirás de hambre.»

Esta terrible amenaza iba á cumplirse. Tres dias hacia que Tito no se habia alimentado. Tendido en el suelo, pálido, desfallecido, lívido como un cadáver, el pobre muchacho no daba ya golpes contra la puerta, ni podia tenerse sobre sus piernas.

Rembrandt, sentado en el pasillo, tan débil, tan abatido como Tito, pero con inflexible voluntad, y la vista iluminada por un fuego sombrío, repetia de tiempo en tiempo:

—¡Miserable! Dí dónde están mis cuadros, y te daré un pedazo de pan.

El eco del vestíbulo respondia á su voz seca. Entonces se levantaba, aplicaba el oido á la

puerta, miraba por el agujero de la llave, y murmuraba por lo bajo:

—¡No responde! ¡Tal vez haya muerto!

Involuntariamente su mano buscaba la llave para abrir... Pero se volvia á sentar, diciendo:

—¡Tambien yo ayuno! El es quien se empeña. ¡Oh...! ¡El hambre... el hambre...! ¡Cómo hace sufrir!

Rembrandt se restregaba contra la pared, cerraba los ojos y apretaba los labios.

—¡Miserable! ¡Si quisiera hablar, comeríamos! El ha robado mis cuadros... él los tiene... sí... Y no quiere devolvérmelos. ¡Bandido...! ¡Tomar quinientos ducados...! ¡Quinientos ducados...! Que perezca! ¡Quisiera que ya hubiese espirado!

Sin embargo, otros pensamientos venian al momento al avaro. Sus propios sufrimientos le daban idea de los de su hijo.

Lo que él más amaba, despues del oro, era á Tito; este afecto paternal era tan grande, que no habia podido imponer á su hijo la pena del hambre sin sufrirla él mismo. En estos momentos de enternecimiento, esclamaba:

—¡Tito! ¡Tito! ¡Confiesa! Yo te perdono. Comeremos juntos, beberemos *porter*... Lo olvidaré todo, Tito.

Pero no recibiendo respuesta, el furor del avaro se reanimaba.

Hácia el mediodía una especie de delirio se apoderó de él. Se levantó diciendo:

—Ya no espero más.

Entonces fue cuando se abrió la puerta, apareciendo en ella Jonás.

A la vista de este hombre, al que atribuia la falta de su hijo, el rostro de Rembrandt tomó una espresion terrible. Si no hubiera estado tan débil, que apenas podia andar, se hubiera lanzado al judío para estrangularlo.

Por su parte, Jonás no estaba menos furioso: su largo y amarillo rostro, bordado de arrugas, espresaba la indignacion y la desesperacion.

La enfermedad y el amor de su hija le habian puesto tan iracundo, que su carrera á traves de las calles, espuesto á las burlas de la multitud, no habia hecho más que irritarle doblemente.

Al ver á estos dos hombres, el uno alto, flaco, con el cuello alargado y la nariz desmesurada; el otro pequeño, harapiento, con los ojos amarillos, y lanzando relámpagos, se les hubiera tomado por una garza luchando con un gavilan.

—¡Sr. Rembrandt! esclamó Jonás: vuestro hijo es un miserable; ha engañado á mi hija, que se muere de amor por él... ¡Va á matar á un ángel de pureza y de inocencia!

—¡Y tú, dijo Rembrandt; tú, viejo canalla, tú has empujado á mi hijo por la senda del desórden; tú le has prestado dinero! ¡Que Satanás te estrangule con tu Rebeca, viejo ladron!

—No reclamo mi dinero, dijo el judío, aunque he adelantado á vuestro hijo mil ducados.

—¡Mil ducados! aulló Rembrandt. ¡Mentira! No le has prestado más que quinientos.

—Ante la justicia, contestó Jonás, presentaré mis títulos; pero ahora no se trata de eso.

El avaro se habia tornado lívido.

—¡Mil ducados...! dijo.

Y á pesar de su debilidad, quiso lanzarse sobre el judío; pero le faltaron las fuerzas, y cayó en la silla, repitiendo:

—¡Mil ducados!

—Renuncio á esa cantidad, replicó Jonás, si vuestro hijo consiente en abrazar la religion de Moisés y se casa con mi Rebeca.

—¡Qué! dijo Rembrandt. ¡Qué! ¡Mi hijo hacerse judío! ¡Estás loco, viejo infame!

—Mi hija se muere si no se casa con Tito, y...

Rembrandt dió tal grito de rabia, que el mismo mercader se estremeció.

—Sal, sal de aquí, usurero; sal, ó te hago pedazos.

La exasperacion le dió una fuerza increible: se lanzó sobre el judío para estrangularlo. Este, defendiéndose, se retiró hasta la puerta. Los dos aullaban, gritaban, se amenazaban, pronunciaban palabras entrecortadas, y se insultaban de tal suerte, que el barrio se conmovia.

Sin embargo, el viejo judío, atacado de frente, logró ganar la puerta, y desde allí, de pie sobre el quicio, levantó los dos brazos, y esclamó con voz solemne:

—¡Sr. Rembrandt! ¡Yo, pobre viejo, á quien vuestro hijo va á matar, y tal vez á deshonrar; yo, desgraciado, que no pido de vos más que una cosa justa, y á quien rechazais brutalmente sin consideracion á mi edad y á mis lágrimas; yo os maldigo! ¡Sí, yo os maldigo hasta la vigésima generacion! ¡Que seas pobre, escupido, despreciado! ¡Que Dalés se establezca en tu morada y te devore!

Al mismo tiempo atravesó el patio, cubriendo su cabeza con un pedazo de la túnica, porque el cucurucho habia perecido en la batalla.

Rembrandt, anonadado por el esfuerzo, con el espíritu turbado, corrió á la habitacion de Tito, y abrió. Este se habia levantado al ruido de la lucha. Su padre le tomó por la mano sin decirle una palabra. Le condujo á un armario, cortó la mitad de un pan, y se lo dió; en seguida le empujó hasta la puerta, y le puso en medio del arroyo, diciendo:

—¡No te presentes jamás ante mi vista! ¡Ni tú tienes padre... ni yo tengo hijo!

—¡Sr. Rembrandt! ¡Yo, pobre viejo, á quien vuestro hijo va á matar, y tal vez á deshonrar; yo, desgraciado, que no pido de vos más que una cosa justa, y á quien rechazais brutalmente sin consideracion á mi edad y á mis lágrimas; yo os maldigo! ¡Sí, yo os maldigo hasta la vigésima generacion! ¡Que seas pobre, escupido, despreciado! ¡Que Dalés se establezca en tu morada y te devore!

Al mismo tiempo atravesó el patio, cubriendo su cabeza con un pedazo de la túnica, porque el cucurucho habia perecido en la batalla.

Rembrandt, anonadado por el esfuerzo, con el espíritu turbado, corrió á la habitacion de Tito, y abrió. Este se habia levantado al ruido de la lucha. Su padre le tomó por la mano sin decirle una palabra. Le condujo á un armario, cortó la mitad de un pan, y se lo dió; en seguida le empujó hasta la puerta, y le puso en medio del arroyo, diciendo:

—¡No te presentes jamás ante mi vista! ¡Ni tú tienes padre... ni yo tengo hijo!

IX.

Tito no comprendió al principio toda la estension de su desgracia. Despues de haber andado un poco á lo largo de la calle, se sentó en un poyo, comiéndose el pan que le habia dado Rembrandt. Se aproximó despues á una fuente que habia en un rincon de la calle de los Judíos, y bebió con avidez. Entonces recobró las fuerzas, sus pálidas mejillas se colorearon con especial animacion, su pecho se dilató, y todas sus confusas ideas se despejaron.

La desaparicion del cuadro de Rembrandt, su cólera, el suplicio por que le habia hecho pasar, la aparicion de Jonás, las palabras que mediaron entre el judío y su padre, la lucha que á ellas siguió, todo se representó de pronto de una manera clara en la imaginacion de Tito, como el recuerdo de un sueño pasado. Se acordaba tambien de las palabras del pintor: «¡No te presentes

jamás ante mi vista! ¡Ni tú tienes padre... ni yo tengo hijo!»

Sin embargo, ¿dónde ir? ¿Qué hacer?

El canal pasaba cerca de allí. Tito cerró los ojos, se aproximó, y se puso en actitud de reflexionar; pero el agua estaba negra y cenagosa. Por último, se volvió diciendo:

—Si al menos fuera de *schidam* ó de *porter*... habria algun placer en ahogarse; pero en eso... se necesitaria no estar en su juicio.

Tito se dirigió instintivamente á la taberna de los *Franco-Veteranos*, y encontró numerosa concurrencia: Van Eick, Van Hopp y muchos otros. Todos le recibieron con grandes esclamaciones de alegría, invitándole á beber, á comer y á jugar. Le ofrecieron un vaso; él se sentó, y les refirió con gracia todo lo que le habia ocurrido.

Pero entonces se verificó una singular trasformacion en la actitud y en la fisonomía de sus alegres camaradas. Poco á poco se alejaron de él: su vaso estaba vacío, y á nadie le ocurrió la idea de volvérselo á llenar.

—¡Diablo! esclamó Van Eick con aire insolente: acabas de contarme historias ridículas; me debes un desquite, y me das un desengaño.

Tito tuvo que jurar, afirmar, gritar, y sin embargo todos se volvieron contra él.

—De todas maneras, esclamó Van Hopp, aun suponiendo que Tito diga la verdad, me parece muy poco delicado por su parte atreverse á

presentarse aquí sin dinero, y aceptar vasos de *porter* que no puede devolver.

—Es verdad, dijeron los demas: su conducta no es noble.

Al mismo tiempo Van Eick hizo un gesto, y la señora Catalina vino á quitar el vaso de la mano del jóven.

Los colores de la vergüenza y de la rabia subieron al rostro de Tito; sus mandíbulas se cerraron convulsivamente: el suplicio que le imponian era mil veces peor que el del hambre. Entonces se levantó, lanzando una mirada terrible á aquellos miserables.

—Sois unos cobardes, respondió; me insultais porque no tengo dinero.

—Así es, en efecto, dijo el grueso Van Hopp con una sonrisa estúpida; tienes rarísima penetracion, hijo mio. Pero si quieres seguir mi consejo, márchate cuanto antes, ó nos pondrás en la necesidad de empujarte como á un asno, para enseñarte á vivir.

Tito salió maldiciendo como un condenado. Ya llegaba lejos, y aun le perseguian las carcajadas de la taberna.

En esta ocasion al pobre muchacho le ocurrió seriamente la idea de tirarse al canal; pero otro pensamiento vino á reemplazarle de repente.

Caminaba sin objeto, con la cabeza baja, el oido atento, y murmurando:

—¡Sí, sí! Jonás tiene oro. Mi padre no quiere

verme más. ¡Si vuelvo y me perdona, pasaré una vida de condenado; nada de *porter*, nada de *schidam*, nada de cartas, nada de dados! Mejor quisiera profundizar el canal. ¡Por el alma de Satanás, que lo he de dejar á la suerte: á ella me abandono! Voy á echarme á los pies de Jonás, y le declaro que la luz del Monte Sinaí ha penetrado en mi corazon.

Pensando en estas cosas, habia llegado la noche, y, como por casualidad, Tito se encontró delante de la casa de Jonás. Le dió muchas veces vueltas, saltó la tapia del jardin, hizo la seña ordinaria; pero esta vez nadie respondió: la vieja Esther sin duda habia sido arrojada.

Durante más de tres horas Tito se paseó por los alrededores, levantando los ojos á la fachada, mirando al cielo y á la luna, que vertia sus pálidos rayos sobre el ramaje. El frio se hizo más vivo. Tito estaba desesperado.

Por último, le pareció ver una luz serpenteando por las ventanas. Esto, sin embargo, no era más que una suposicion, porque las persianas, bien cerradas, no podian dar paso ni á un rayo siquiera. A pesar de esto, se aproximó á la puerta, empujó, y quedó abierta.

Inmediatamente el afortunado Tito pensó que esta puerta no podia estar sino para darle á él entrada. Con gran alegría empezó á subir la escalera, en medio de la oscuridad, y se dirigió á la habitacion de su amada. Pero en el momento

en que llegaba al pasillo se abrió una puerta, y Jonás, en camisa, con una luz en la mano, se dirigia hácia él.

El primer movimiento del jóven fue huir; pero no tuvo tiempo, porque el viejo caminaba con una rapidez sorprendente. Tito se arrimó á la puerta, esperando que Jonás pasaria sin verlo; pero cuando llegó enfrente de él, el judío se detuvo y le miró fijamente, con los ojos muy abiertos, pero como los de un cadáver, sin movimiento ni inteligencia.

A su vista, el hijo de Rembrandt se estremeció con horror... los cabellos se erizaron en su cabeza, sus dientes rechinaron. Quiso dar un grito, pero la voz se estinguió en su pecho.

Un momento despues, Jonás, sin pronunciar una palabra, sin que una sola fibra, un solo músculo de su seco cuerpo se estremeciese, continuó su paseo nocturno.

Tito comprendió que allí habia misterio, é inmediatamente le ocurrió la idea de averiguar lo que hacia el judío. Siguiole paso á paso, con un valor ajeno á su carácter habitual, ó, mejor dicho, dominado por una fuerza desconocida. Marchaba tras el mercader como empujado por la misma corriente. Jonás temblaba. Sus largas y amarillas piernas desnudas, marcaban pasos inmensos: abrió la gran puerta de pino, y penetró en una pieza oscura.

Cuando Tito entró en esta habitacion, creyó

ver el interior de una catedral: tan grande, espaciosa y elevada era. La luz de Jonás no podia alumbrar toda la estension, y brillaba como un punto en la inmensidad. Al mismo tiempo, un fuerte olor á pintura llegó á la nariz del jóven, y bajo los artesonados de madera vió gran número de cuadros, dispuestos con simetría alrededor de la estancia.

Jonás se habia lanzado por una alta escala, y la subia como lo hubiera podido hacer un gato, no sirviéndose más que de una mano, y levantando con la otra la luz, que proyectaba en las profundidades de la habitacion una sombra gigantesca. Llegado á la cima de la escala, el viejo se puso de pie; los rayos de la luz se fijaron en un ángulo de la bóveda, donde estaba el cuadro de Rembrandt *El Sacrificio de Abraham*.

Tito, viendo al mercader en esta peligrosa posicion, con los riñones encorvados hácia atras, no pudo contener un grito de terror.

—¡Jonás! ¡Jonás! ¿Qué haceis? ¡Tened cuidado!

A esta voz, que se repitió en todo aquel salon, el mercader se volvió... Vaciló, y quiso agarrarse á la pared; pero sus uñas no encontraron donde hacer presa; perdió el equilibrio, dejó caer la vela, y Tito, sumido en las tinieblas, oyó un golpe, seguido de un triste gemido.

El hijo de Rembrandt se sintió petrificado; un sudor frio corria por todos sus miembros; sus piernas se doblaban. Sin embargo, volvió á dar

con la puerta; pero cayó allí desvanecido, donde permaneció mucho tiempo.....

.....

.....

.....

Pasaron algunos dias.

Las ventanas de Jonás no se volvieron á abrir: un silencio de muerte reinaba en su vasta morada.

La autoridad municipal de Amsterdam, enterada del hecho, ordenó un escrupuloso registro en la casa del judío. Entonces se descubrió el cadáver del mercader en medio de su magnífica galería de pinturas: ya estaba descompuesto.

¡Cosa notable! Gran número de obras sobresalientes componian la coleccion de Jonás, y fueron reconocidas por los artistas y aficionados á quienes habian pertenecido.

Todos declararon que estos cuadros les habian sido robados en diferentes épocas de manera misteriosa é inesplicable, y al poco tiempo les fueron devueltos.

Rembrandt encontró tambien su *Filósofo meditabundo* y *El Sacrificio de Abraham*. Se acordó de que la casa que habitaba le habia sido vendida por el mercader, y sospechó algun paso secreto comunicando con otra; pero todas sus pesquisas para hallarlo fueron inútiles. Sin embargo, la muerte de Jonás le tranquilizó para el porvenir.

Tito y Rebeca se habian retirado á Brujas, donde, bautizada la judía, se casó con el jóven hijo de Rembrandt, el cual tornose avaro como su padre: la acogida de sus buenos amigos Van Eick y Van Hopp, en la taberna de los *Franco-Veteranos*, le habia enseñado lo que valia el dinero.

LA ARAÑA-CANGREJO.

LA ARAÑA-CANGREJO.

Las aguas termales de Spinbronn, situadas en el Hundrück, á algunas leguas de Pirmesens, gozaban otras veces de gran reputacion. Todos los gotosos, todos los hombres gastados de Alemania, se daban allí cita: el aspecto salvaje del pais no los alejaba. Se hospedaban en las preciosas casitas del fondo del desfiladero; se bañaban en la cascada que cae en grandes copos de espuma desde la cima de la roca; bebian uno ó dos jarros de agua mineral por dia, y el doctor Daniel Hâselnoss, que distribuia los planes con gran peluca y traje marron, hacia un buen negocio.

Hoy las aguas de Spinbronn no figuran en las *Guias*: ya no se ve más en aquel pobre pueblo que miserables leñadores, y ¡cosa triste de decir! el Dr. Hâselnoss se ha marchado.

Todo esto ha sido consecuencia de una serie

de catástrofes muy raras, que el consejero Brêmer de Pirmesens me refirió noches pasadas.

—Ya sabeis, Sr. Frantz, me dijo, que el manantial de Spinbronn sale de una especie de caverna de cinco pies de ancho por doce de largo: el agua tiene sesenta y siete grados centígrados de calor... y es salina. En cuanto á la caverna, está completamente cubierta de yerbas, de hiedra y de maleza, no conociéndose su profundidad porque sus exhalaciones termales impiden penetrar en ella.

Sin embargo, cosa particular, se habia notado desde el último siglo que las aves de los alrededores, los tordos, las tórtolas, los gavilanes, penetraban á todo vuelo, sin saberse á qué influencia misteriosa podria atribuirse esta particularidad.

En 1801, en la estacion de las aguas, por una circunstancia todavía no esplicada, la fuente se hizo más abundante, y los bañistas que se paseaban debajo por el prado vieron caer de la cascada un esqueleto humano, blanco como la nieve.

Juzgad, Sr. Frantz, del espanto general: naturalmente se creyó que un asesinato se habia cometido años antes en Spinbronn, y que el cuerpo de la víctima habia sido arrojado en el nacimiento. Pero el esqueleto no pesaba más de doce libras, y Háselnoss aseguraba que debia haber permanecido en la arena más de tres siglos para quedar reducido á tal estado de disecacion.

Este razonamiento, muy plausible, no impidió que una multitud de bañistas, desolados por haber bebido el agua salina, partieran aquel mismo dia: los más enfermos se consolaron con la esplicación del doctor... Pero continuando el deshielo, todo lo que la caverna encerraba de limo, de detritus, de toda clase de residuos, fue arrastrado en los dias siguientes: un verdadero osario bajó de la montaña: esqueletos de animales de toda especie..., cuadrúpedos, aves, reptiles, todo lo que podia concebirse de más espantoso.

Háselnoss dió á luz inmediatamente un opúsculo, para demostrar que todos aquellos huesos provenian de un mundo antidiluviano; que eran huesos fósiles acumulados en una especie de depósito durante el diluvio universal, es decir, cuatro mil años antes de Jesucristo, y que por consiguiente podian considerarse como verdaderas piedras, que no debian preocupar á nadie. Apenas habia dado confianza este opúsculo á algunos gotosos, cuando una mañana el cadáver de una zorra, y despues el de un gavilan, con piel y plumas, cayeron de la cascada.

Ya era imposible sostener que aquellos restos eran anteriores al diluvio: el disgusto fue tan grande, que cada cuál se apresuró á hacer su maleta y á irse á tomar otras aguas.

—¡Qué infamia! esclamaban las señoras: ¡qué horror! Hé aquí de dónde provenia la virtud de las aguas minerales. ¡Ah! ¡Mejor fuera mo-

rir de mal de piedra que continuar con tal remedio!

Al cabo de ocho dias no quedaba ya en Spinbronn más que un grueso inglés, á la vez quiragro y podagro, que se hacia llamar sir Tomás Hasserbuch, comodoro..., y que traia gran aparato, segun la costumbre de los ingleses en pais estranjero.

Este personaje, de gran barriga y rostro atomatado, tenia las manos literalmente anudadas por la gota, y hubiera bebido caldo de esqueleto para curarse de su enfermedad. Se rió mucho de la desercion de los otros enfermos, y se instaló en la casa más bonita y cómoda de los alrededores, anunciando su designio de pasar el invierno en Spinbronn.

Aquí el consejero Brêmer tomó lentamente un polvo, como para reanimar sus recuerdos, y prosiguió:

Cinco ó seis años antes de la revolucion de 1789, un jóven médico de Pirmesens, llamado Cristian Weber, habia marchado á Santo Domingo con la esperanza de hacer fortuna. Habia, en efecto, reunido algunos centenares de miles de libras con el ejercicio de su profesion, cuando estalló la sublevacion de los negros.

No tengo necesidad de recordaros el bárbaro tratamiento que sufrieron nuestros desgraciados compatriotas en Haiti. El Dr. Weber tuvo la dicha de escapar al asesinato y salvar una parte de

su fortuna. Viajó entonces por la América del Sur, y especialmente por la Guyena francesa. En 1801 volvió á Pirmesens, y fue á establecerse en Spinbronn, donde el Dr. Häselnoss le cedió su casa y su difunta clientela.

Cristian Weber traia consigo una vieja negra, llamada Agata: era una criatura espantosa, con la nariz aplastada, los labios gruesos como el puño, la cabeza envuelta en un triple piso de pañuelos de muchos colores. Esta pobre vieja adoraba el encarnado: tenia el pelo ensortijado, y le caia por la espalda, y los montañeses del Hundrück venian á contemplarla de seis leguas á la redonda.

En cuanto al Dr. Weber, era un hombre alto, seco, invariablemente vestido con un levita azul celeste de cola de pescado, y unos calzones de piel de gamo. Llevaba un sombrero de paja flexible, y botas arrugadas de un amarillo claro.

Hablaba poco; su risa tenia algo de nerviosa, y sus ojos grises, habitualmente tranquilos y meditabundos, brillaban con una luz singular á la menor apariencia de contradiccion. Todas las mañanas daba un paseo por la montaña dejando marchar su caballo á la ventura, y silbando en un mismo tono no sé qué cancion negra. En fin, este ser original habia traido de Haiti cierta cantidad de cartones llenos de insectos raros, unos negros y mates, grandes como huevos,

otros pequeños y brillantes como lentejuelas. Parecia que atendia á esto mucho más que á los enfermos, y de tiempo en tiempo, volviendo de sus paseos, traia algunas mariposas clavadas en su sombrero.

Apenas se estableció en la gran casa de Hâselnoss, cuando pobló el corral de aves raras; gansos de Berlin, pintados, y un pavo blanco, que se paseaba ordinariamente sobre la pared del jardin, y compartia con la negra la admiracion de los montañeses.

Si entro en estos detalles, Sr. Frantz, es porque me recuerdan mis mejores años: el doctor Cristian era á la vez mi primo y mi tutor, y desde que volvió á Alemania me instaló en su casa de Spinbronn. La negra Agata me inspiró al principio cierto espanto, pues no podia acostumbrarme sino con gran trabajo á su fisonomía heteroclita; pero era tan buena mujer, confeccionaba los pasteles con tal habilidad, y entonaba con su voz gutural canciones tan raras, haciendo sonar sus dedos y levantando de tiempo en tiempo sus piernas á compás, que concluí por hacerme su amigo.

El Dr. Weber habia naturalmente contraido relaciones con sir Tomás Hasserburch, el cual representaba lo mejor y casi el todo de su clientela: no pasó mucho tiempo sin que yo notara que estos dos entes originales celebraban largos conciliábulos. Se argumentaba sobre asuntos

misteriosos, sobre la trasmision de los flúidos, y se entregaban á analizar ciertas señales estrañas que habian observado en sus viajes: sir Tomás en Oriente, y mi tutor en América. Esto escitaba mi curiosidad. Como acontece á los niños, yo estaba siempre atisbando aquello que más querian ocultar; pero desesperando al fin de descubrirlo, tomé el partido de interrogar á Agata, y la pobre vieja, despues de hacerme prometer que callaria, me aseguró que mi primo era brujo.

Por lo demas, el Dr. Weber ejercia una influencia particular sobre la negra, y esta mujer, ordinariamente tan alegre, y siempre dispuesta á divertir á todo el mundo, temblaba como la hoja en el árbol cuando por casualidad los ojos grises de su señor se paraban en ella.

Todo esto, Sr. Frantz, no parece tener relacion con las fuentes de Spinbronn... Pero escuchad... escuchad, y vereis por qué singular concurso de circunstancias está mi historia relacionada.

Ya os he dicho que las aves se lanzaban en la caverna, y tambien otros animales más grandes. Despues de la partida definitiva de los bañistas, algunos habitantes del pueblo se acordaron de que una jóven llamada Luisa Muller, que habitaba con su abuela, enferma, en una casita al pie del monte, habia desaparecido de repente hacia sobre unos cincuenta años. Salió una mañana á recoger yerba en el bosque, y no se habian

vuelto á tener más noticias de ella. Solamente tres ó cuatro dias despues los leñadores que bajaban de la montaña encontraron su hoz y su delantal á algunos pasos de la caverna.

Desde entonces fue evidente para todo el mundo que el esqueleto arrojado por la cascada, y sobre el cual Häselnoss habia dicho tan buenas frases, no era otro que el de Luisa Muller... ¡La pobre niña sin duda habia sido atraida al depósito de las aguas por la influencia misteriosa que subsistia allí constantemente para los seres más débiles!

¿Cuál era esta influencia? ¡Nadie lo sabia! Pero los habitantes de Spinbronn, supersticiosos como todos los montañeses, pretendieron que el diablo habitaba la caverna, y el terror se esparció por los alrededores.

A la mitad de uno de los dias del mes de Julio de 1802, mi primo ejecutaba una nueva clasificacion de los objetos que tenia clavados en los cartones. La víspera habia cogido muchos bastante curiosos. Yo estaba á su lado, teniendo en la mano una bujía encendida, y en la otra la aguja que enrojecia á la luz.

Sir Tomás, sentado, con la silla vuelta á la ventana y los pies en un taburete, nos miraba hacer, y fumaba un cigarro muy distraido.

Yo era gran amigo de sir Tomás Hasserburch y le acompañaba todos los dias al bosque en su coche. Tenia sumo placer oyéndome disparatar en inglés, y queria hacer de mí, segun decia, un verdadero *gentleman*.

Cuando hubo clasificado todas sus mariposas, el Dr. Weber abrió la caja de los grandes insectos, y dijo:

—He cogido ayer un magnífico *ciervo-volador*, el gran *encanus cervus* de las cordilleras del Hartz. Este tiene la particularidad de que la presa derecha se bifurca en cinco ramas... ¡Es un objeto raro!

Al mismo tiempo le presenté la aguja, y como él clavase al insecto antes de fijarlo en el carton, sir Tomás, hasta entonces impasible, se levantó, y acercándose, se puso á contemplar la *araña-cangrejo*, de la Guyena, con un sentimiento de horror que se pintaba claramente en su sanguíneo rostro.

—¡Hé aquí, esclamó, la obra más espantosa de la creacion; con solo verla ya estoy temblando!

En efecto: una palidez repentina se estendió por su rostro.

—¡Bah! dijo mi tutor; todo eso no es más que una preocupacion de la infancia. Le habreis oido

hablar á vuestra nodriza... le tendria miedo... y la impresion os ha quedado para siempre. Pero si estudiárais á la araña con un buen microscopio, os asombraríais de lo acabado de sus órganos, de su admirable disposicion, y hasta de su elegancia.

—No me agrada, interrumpió bruscamente el comodoro... ¡Puaf!

Y se volvió de espaldas.

—¡Oh! No sé por qué, añadió; pero la vista de una araña siempre me ha helado la sangre.

El Dr. Weber se puso á reir, y yo, que participaba del sentimiento de sir Tomás, esclamé:

—Sí, primo: deberíais sacar de la caja ese horrible animal; es antipático... y desdice de todos los demas.

—¡Tú sí que eres animal! me dijo con una mirada brillante: ¿quién te obliga á que la veas? Si no te gusta, vete á pasear á otra parte.

Evidentemente se habia alterado; y sir Tomás, que estaba en la ventana y contemplaba la montaña, volviéndose de repente, vino á cogerme de la mano, y me dijo con acento lleno de bondad:

—Frantz, vuestro tutor está con su araña... nosotros amamos más los árboles... el campo... Vamos á dar un paseo.

—Sí, id, esclamó el doctor; y volved á comer... á las seis.

Despues, levantando la voz:

—Sin rencor, sir Hasserburch.

El comodoro le saludó riéndose, y subimos en su coche, que esperaba, como de costumbre, en la puerta de la casa.

Sir Tomás quiso guiarle él mismo, y despidió al criado. Me hizo tomar asiento á su lado, y partimos para Rothalps.

Mientras que el coche subia lèntamente la cuesta arenosa, una tristeza invencible se apoderó de mi alma. Sir Tomás, por su parte, tambien estaba meditabundo. Se apercibió de mi tristeza, y dijo:

—Frantz, no os gustan las arañas, ni á mí tampoco. Pero, gracias al cielo, en este pais no son peligrosas. La *araña-cangrejo* que vuestro tutor guarda en la caja, viene de la Guyena francesa. Habita en las selvas pantanosas, constantemente llenas de vapores calientes y de exhalaciones abrasadoras: necesita para vivir esta temperatura. Su tela, ó, por mejor decir, su venda, envuelve un gran espacio, y allí coge las aves como las arañas cogen las moscas. Pero desechad de vuestro espíritu esas imágenes tristes, y bebed un trago de mi viejo borgoña.

Entonces, volviéndose, levantó la tapa de la segunda banqueta, y sacó de entre la paja una botella, vaciando parte del precioso líquido en un vaso de cuero.

Cuando lo hube bebido, volví á recobrar mi buen humor, y empecé á reirme de mi espanto.

El coche, arrastrado por un caballo pequeño,

de los Ardenes, flaco y nervioso, trepaba como una cabra por el sendero hasta la cima. Millares de insectos pululaban en los brezos. A nuestra derecha, á cien pasos poco más ó menos, se estendia sobre nosotros la línea sombría de las selvas de Rothalps, cuyas profundidades tenebrosas, llenas de maleza y de plantas locas, dejaban ver á lo lejos algunos espacios inundados de luz. A nuestra izquierda caia el manantial de Spinbronn, y cuanto más subiamos, más los copos plateados flotaban en el abismo, tiñéndose de azul, y más redoblaban su ruido de címbalos.

Yo estaba cautivado por este espectáculo. Sir Tomás, recostado en su asiento, con las rodillas á la altura de la barba, se abandonaba á sus sueños habituales, mientras que el caballo, trabajando con los pies é inclinando la cabeza hácia adelante, para hacer contrapeso al coche, nos suspendia, de cierta manera, en el costado de la roca. Bien pronto, sin embargo, llegamos á una pendiente menos rápida: el llano de los Corzos, rodeado de sombras temblorosas... Yo habia tenido siempre la cabeza vuelta y los ojos perdidos en la inmensa perspectiva. A la aparicion de las sombras me volví, y nos hallamos á cien pasos de la caverna de Spinbronn. Las matas que la rodeaban eran de un verde magnífico, y el raudal que, antes de caer de lo alto, se estendia sobre un lecho de arena y de guijarros negros, aparecia tan límpido, que se le hubiera creido helado si

los vapores pálidos no cubrieran la superficie.

El caballo se había parado para tomar aliento: sir Tomás, levantándose, paseó su mirada por el paisaje.

—¡Qué tranquilo está todo! dijo.

Despues hubo un instante de silencio.

—Si no estuviéseis aquí, Frantz, seria capaz de bañarme en el nacimiento.

—Pero, comodoro, le contesté: ¿por qué no os bañais? Yo puedo dar en tanto una vuelta por los alrededores. En lo alto de la montaña hay un trozo lleno de fresales. Voy á coger un ramo: dentro de una hora estaré aquí de vuelta.

—Perfectamente, Frantz: ha sido una buena idea. El Dr. Weber dice que bebo mucho borgoña. Es preciso combatir el vino con el agua mineral. Este hermoso baño me agrada.

Entonces echamos los dos pie á tierra, ató el caballo al tronco de un árbol, y me saludó con la mano, como para decirme:

—Podeis partir.

Le vi sentarse en el musgo y quitarse las botas. Y cuando ya me alejaba, se volvió gritando:

—¡Dentro de una hora, Frantz!

Estas fueron sus últimas palabras.

Una hora despues volví á la fuente. El caballo, el coche y los vestidos de sir Tomás se ofrecieron solos á mi vista. El sol caia. Las sombras se alargaban. Ni un ave cantaba en la enramada... Ni un insecto zumbaba en la maleza... ¡Silencio de muerte reinaba en aquella soledad! Este silencio me espantó. Subí á la roca que domina la caverna. Miré á derecha é izquierda... ¡Nadie! Llamé...

¡No respondieron! El ruido de mi voz, repetido por los ecos, me daba miedo. La noche venia lentamente. Una angustia indefinible me asaltó de repente; la historia de la niña que habia desaparecido vino á mi espíritu; bajé corriendo, pero, llegado enfrente de la caverna, me detuve, poseido de un terror inesplicable. Al echar una mirada en la sombra negra del nacimiento, descubrí dos puntos rojos, inmóviles... Despues se agitaron grandes líneas de una manera estraña en medio de las tinieblas, y á una profundidad donde tal vez no habia penetrado hasta entonces el ojo humano. El miedo daba á mi vista y á todos mis órganos una sutileza de percepcion desconocida. Durante algunos segundos oí distintamente el chirrido monotono de una cigarra, y el ladrido de un perro á lo lejos... muy á lo lejos... allá en el valle. Despues mi corazon, un instante oprimido por la emocion, empezó á latir con furia, y ¡nada oí despues!

Entonces, dando un grito horrible, huí, dejando el caballo y el coche. En menos de veinte minutos, saltando por las rocas y la maleza, me paré en la casa, y esclamé con voz ahogada:

—¡Corred...! ¡corred...! ¡Sir Hasserburch ha muerto! ¡Sir Hasserburch está en la caverna!

Pronunciadas estas palabras en presencia de mi tutor, la vieja Agata y dos ó tres convidados que aquella noche tenia el doctor, me desvanecí. Despues supe que por espacio de una hora estuve delirando.

Todo el pueblo habia partido en busca del comodoro. Cristian Weber los guiaba... A las diez de la noche volvia aquella multitud, conduciendo el coche, y sobre él la ropa de sir Hasserburch. Nada habian descubierto: era imposible dar diez pasos en la caverna sin asfixiarse.

Durante su ausencia, Agata y yo nos habíamos quedado sentados en un ángulo de la chimenea. Yo pronunciaba con terror palabras incoherentes; ella, con las manos cruzadas sobre las rodillas, los ojos muy abiertos, yendo de tiempo en tiempo á la ventana para ver lo que pasaba, porque se veian desde la casa las luces cruzar de un lado á otro del bosque. Voces roncas y lejanas se oian en la montaña.

Al aproximarse su señor, Agata se puso á temblar. El doctor entró bruscamente, pálido, con los labios apretados y la desesperacion pintada en su rostro. Unos veinte leñadores le se-

guian en tumulto, con sombreros de anchas alas y agitando las antorchas. Apenas entraron en la sala, los ojos brillantes de mi tutor parecian buscar alguna cosa... Vió á la negra, y sin cambiar con ella una palabra, la pobre mujer empezó á gritar:

—¡No! ¡no! ¡Yo no quiero!

—¡Y yo... yo quiero! replicó el doctor con acento duro.

Se hubiera dicho que la negra acababa de ser poseida por una potencia invencible. Se estremeció de pies á cabeza, y cuando Cristian Weber le señaló una silla, se sentó con la rigidez de un cadáver.

Todos los asistentes, testigos de este espectáculo espantoso, gentes honradas de costumbres primitivas, y llenos de piadosos sentimientos, se santiguaron; y yo, que no conocia entonces más que de nombre el terrible poder magnético de la voluntad, me puse á temblar, creyendo que Agata estaba muerta.

Cristian Weber se habia aproximado á la negra y le pasaba la mano por la frente con rapidez.

—¿Estais ya? dijo.

—Sí, señor.

—¿Y sir Tomás Hasserburch?

A estas palabras Agata se estremeció de nuevo.

—¿Lo veis?

—Sí, sí... dijo con voz ahogada. Lo veo.

—¿Dónde está?

—Allá arriba... En el fondo de la caverna... ¡Muerto!

—¡Muerto! dijo el doctor... ¿Cómo?

—La araña... ¡Oh! La araña-cangrejo... ¡Oh!

—Calmad vuestra agitacion, dijo el doctor muy pálido, y hablad claramente.

—La araña-cangrejo lo tiene por el cuello... Está allí en el fondo... bajo la roca... envuelto en la tela del animal... ¡Ah!

Cristian Weber paseó una mirada fria por los asistentes, que, inclinados hácia adelante y con los ojos fuera de la cabeza, escuchaban... Y yo le oí murmurar:

—¡Esto es horrible! ¡Horrible!

Despues prosiguió:

—¿Lo veis?

—Lo veo.

—Y la araña... ¿es grande?

—¡Oh, señor...! Nunca... nunca la he visto tan grande, ni en las riberas de Mocaris... ni en las tierras bajas de Konanama... ¡Es tan grande como mi cabeza!

Hubo un espacio de silencio. Todos los asistentes se miraron con el rostro lívido y los cabellos erizados; Cristian Weber permanecia tranquilo, y pasando muchas veces las manos por la frente de la negra, prosiguió:

—Agata, contadnos cómo ha muerto sir Hasserburch.

—Se bañaba en el remanso del nacimiento. La araña le veia por detras la espalda desnuda. Tenia hambre, pues hacia mucho tiempo que ayunaba: veia sus brazos desnudos sobre el agua. De repente salió como un relámpago y clavó sus uñas en el cuello del comodoro, que gritó: «¡Oh! ¡Oh! ¡Dios mio!» Ella le picó, y se fue. Sir Hasserburch se hundió en el agua, y murió. Entonces volvió la araña, lo rodeó con sus filamentos, y nadó dulcemente, dulcemente, hasta el fondo de la caverna. Cuando llegó allí el cadáver, ya estaba negro.

El doctor, volviéndose hácia mí, que no me sentia de puro espantado, pregunta:

—Frantz, ¿es verdad que se bañó el comodoro?

—Sí, primo.

—¿A qué hora?

—A las cuatro.

—¡A las cuatro...! Hacia mucho calor... ¿no es verdad?

—¡Oh, sí!

—Eso es, dijo dándose un golpe en la frente. El monstruo ha podido salir sin temor.

Pronunció algunas palabras ininteligibles, y mirando á los montañeses, añadió:

—Amigos, hé aquí de dónde proviene esa masa de despojos... de esqueletos... que ha sembrado el espanto entre los bañistas. ¡Hé aquí lo que á todos os ha arruinado... la araña-cangrejo! ¡Está allí, encerrada en su tela... y saboreando su pre-

sa en el fondo de la caverna! ¿Quién podrá contar el número de sus víctimas?

Y lleno de una especie de furor, salió gritando:

—¡Haces! ¡Haces de leña!

Diez minutos despues dos grandes carretas cargadas de leña subian lentamente por la cuesta. Una larga fila de leñadores, con los riñones encorvados y el hacha al hombro, las seguia, en medio de la noche sombría. Mi tutor y yo íbamos delante, llevando los caballos de la brida, y la melancólica luna alumbraba vagamente este fúnebre cortejo. De tiempo en tiempo crugian las ruedas y los carros, levantados por los tropiezos del camino, y volvian á caer haciendo un ruido sordo.

Al acercarnos á la caverna hizo alto la comitiva. Se encendieron las antorchas, y la multitud se adelantó hasta la boca. El agua límpida, corriendo sobre la arena, reflejaba la llama azulada de las resinosas antorchas, cuyos rayos alumbraban la cima de los negros abetos inclinados sobre la roca.

—Aquí se debe descargar, dijo entonces el doctor. Es preciso rellenar bien la entrada de la caverna.

Y no fue sin gran sentimiento de espanto por parte de cada uno como se pusieron á ejecutar sus órdenes. Los haces caian de lo alto de los carros. Algunos ganchos puestos sobre la aber-

tura del nacimiento impedian que fueran arrastrados por el agua.

A eso de la media noche la entrada de la caverna estaba literalmente cerrada. El agua, silbando por salir, se abria paso fugitiva por uno y otro lado. Los haces de leña estaban perfectamente secos. Entonces el Dr. Weber, apoderándose de una antorcha, les puso él mismo fuego. Y la llama, corriendo de rama en rama, y lanzando chasquidos de cólera, subió bien pronto hácia el cielo, enviando delante grandes nubes de humo.

Era un espectáculo estraño y salvaje ver aquellos grandes bosques de sombras temblorosas alumbrados de tal manera.

La caverna arrojaba humo negro, que no cesaba de salir y de renovarse. Los leñadores, sombríos é inmóviles, esperaban con los ojos fijos en la abertura; y yo mismo, aunque el miedo me hacia temblar de pies á cabeza, no podia separar mis miradas.

Ya hacia un cuarto de hora que esperábamos y el Dr. Weber empezaba á impacientarse, cuando un objeto negro... de largas y ganchudas patas apareció de repente en la sombra, y se precipitó á la salida.

Un grito general resonó alrededor de la hoguera; la araña, arrojada por las brasas, salió de su antro y se lanzó en medio de las llamas. Sus largas patas se replegaron... Era gruesa como

mi cabeza, y de un color rojo violado. ¡Parecia una vejiga llena de sangre!

Uno de los leñadores, temiendo que saliera de aquel círculo de fuego, le arrojó su hacha con tal acierto, que la sangre cubrió un instante las arenas á su alrededor. Bien pronto se reanimó la llama con más viveza y consumió al horrible insecto.....

.....

Tal es, Sr. Frantz, el estraño acontecimiento que destruyó la gran reputacion de que gozaban otras veces las aguas de Spinbronn. Puedo certificar de la exactitud de mi narracion; pero me seria imposible esplicárosla. De cualquier manera, permitid que os diga que no me parece un absurdo admitir que los insectos, sometidos á la temperatura elevada de ciertas aguas termales, que les proporcionan iguales condiciones de existencia y desenvolvimiento que los climas abrasadores de Africa y de la América del Sur, pueden desarrollar su tamaño de una manera fabulosa. ¡Ese es el mismo calor estremo que nos da razon de la exuberancia desconocida de la creacion antidiluviana!

Mi tutor, pensando que seria imposible, des-

pues de este acontecimiento, resucitar las aguas de Spinbronn, vendió la casa de Háselnoss, para volverse á América con su negra y sus colecciones. Yo entré en un colegio de Strasburgo, donde permanecí hasta 1809.

Los grandes acontecimientos de la época absorbian entonces la atencion de Alemania y de Francia, y el hecho que acabo de referiros pasó completamente desapercibido.

FIN.

ÍNDICE.

—

	Páginas.
Un bosquejo misterioso	8
El sueño de mi primo Elof	35
Crispinus, ó la historia interrumpida	59
La oreja del mochuelo	75
Los desposados de Grinderwald	95
Entre dos vinos	123
El reloj del preboste	131
Hans Storkus	171
El sacrificio de Abraham	191
La araña-cangrejo	253

ÍNDICE.

Páginas.

Un bosquejo misterioso..... 8
El sueño de mi primo Eloi..... 35
Chispinna, ó la historia interrumpida..... 59
La oreja del moscatelo..... 75
Los desposados de Grindelwald..... 93
Entre dos vinos..... 128
El reloj del prebosto..... 131
Hans Storkus..... 171
El sacrificio de Abraham..... 191
La araña-cangrejo..... 209